Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

Nº 83 · SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2002 · 6,61 €

España después del 11-S

Pablo Hispán,
Lourdes Martín

La educación a prueba

Ecuador de las victorias

Cartones de la inmigración americana en Madrid

Nuevas secciones

Claves de la Transición española

Historia del cine europeo

Literatura sapiencial

Retratos de mujeres

8 480020 354154 00083

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

PRESIDENTE Y EDITOR Antonio Fontán

DIRECTOR Rafael Llano

CONSEJO EDITORIAL Sucre Alcalá, Carlos Aragonés, José M. de Areilza Carvajal, Manuel Barranco Mateos, José María Beneyto, Juan Bolás, Emilio Bonelli García-Morente, Francisco Cabrillo, Miguel Ángel Cortés Martín, José Manuel Cruz Valdovinos, José de la Cuesta Rute, Miguel Durán Pastor, Luis Miguel Enciso Recio, Emilio Fernández-Galiano, Javier Fernández del Moral, José Mª Fluxá Ceva, Antonio Fontán Meana, Eugenio Fontán Oñate, Gregorio Fraile Bartolomé, Javier Gomá Lanzón, Rafael Gómez López-Egea, José Luis González Quirós, Guillermo Gortázar, Miguel Ángel Gozalo, Miguel Herrero de Miñón, Jesús Huerta de Soto, José Vicente de Juan, Alfonso López Perona, Isabel Martínez-Cubells, Julio Martínez Mesanza, José Mª Michavila, Alberto Miguel Arruti, Alberto Míguez, José Antonio Millán Alba, Diego Mora-Figueroa, Arturo Moreno Garcerán, Eugenio Nasarre, Luis Núñez Ladevéze, Andrés Ollero Tassara, Julio Pascual, Alfredo Pérez de Armiñán, Rafael Puyol, Isidoro Rasines, Dámaso Rico, Emilio del Río, Jaime Rodríguez-Arana, Rafael Rubio de Urquía, Antxón Sarasqueta, Ángel Sierra de Cózar, Jaime Siles, Marqués de Tamarón, Jesús Trillo-Figueroa, Ignacio Vicens y Hualde, Juan Pablo de Villanueva y Gustavo Villapalos.

SECRETARIA EJECUTIVA Pilar Soldevilla Fragero

DISEÑO / MAQUETACIÓN María José Subiela / Amparo Rodrigo

DISEÑO CUBIERTA ESQUIROZ + PAGOLA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

NUEVA REVISTA DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE
Javier Ferrero, 2. 28002 Madrid.
Tel.: 91 519 97 56
Fax: 91 415 12 54
E-mail: nuevarevista@tst.es

www.nuevarevista.net

EDITA Difusiones y Promociones Editoriales, S.L. (DIPROEDISA, S.L.)

DISTRIBUCIÓN Comercial Atheneum, S.A.
Rufino González, 26.
28037 Madrid. Tel.: 91 754 20 62

IMPRIME Raycar, S.A. Matilde Hernández, 27.
28019 Madrid.

Copyright: NUEVA REVISTA
ISSN: 1130-0426 Depósito legal: M-1537-1990

SUSCRIPCIONES

NUEVA REVISTA Tel.: 91 519 97 56
CEMPRO Tel.: 91 447 27 00

España: Un año, 36,06 euros;
dos años 60,10 euros
(incluido un 4% de IVA).
Resto de Europa: Un año, 48,08 euros;
dos años, 84,14 euros
Resto del mundo: Un año, 72,12 euros;
dos años 132,22 euros

(El importe de las suscripciones para el extranjero podrá hacerse efectivo mediante talón bancario con su equivalente en pesetas convertibles)

Esta revista es miembro de ARCE (Asociación de Revistas Culturales de España) y de FIRC (Federación Iberoamericana de Revistas Culturales)

Sumario

Nº 83 SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2002

POLÍTICA

CLAVES DE LA TRANSICIÓN (I) APUNTES PARA UNA HISTORIA POLÍTICA DE LAS AUTONOMÍAS ANTONIO FONTÁN **2** **CAUSAS Y CONSECUENCIAS** LA ILEGALIZACIÓN DE BATASUNA FELIPE SANTOS **31** **ESPAÑA Y EL 11-S** TRAS EL DERRIBO DE LAS DOBLES MORALES PABLO HISPÁN **38** **BUSH EN LA ENCRUCIJADA** LIDERAZGO OBLIGA LOURDES MARTÍN SALGADO **47**

SOCIEDAD

LA EDUCACIÓN A PRUEBA CAFÉ PARA TODOS, ADIÓS MERCEDES RUIZ PAZ **50** **INMIGRACIÓN AMERICANA** ECUADOR DE LAS VICTORIAS. CARTONES DE UN BARRIO POPULAR DE MADRID POR AMELIA RIBADENEIRA. FOTOS DE ANNA YURIENEN **68**

FEUILLETON

HISTORIA DEL CINE EUROPEO (I) ENTRE EL SUEÑO Y LA VIGILIA: EL CINE FRANCÉS, JACQUES CHEVALLIER **89** **CON EL DEBIDO RESPETO** EL DESGOBIERNO DE LOS MUSEOS JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS **97** **LUIS FEITO** UN CLÁSICO DE LO ABSTRACTO ALFONSO LÓPEZ PERONA **106**

LITERATURA

LITERATURA SAPIENCIAL (I) ¿ALGUNO DE USTEDES APETECE SABER? RAFAEL LLANO **114** **LA BUENA LITERATURA NUNCA MUERE** ELOGIO DE LA REEDICIÓN ADOLFO TORRECILLA **132** **RETRATOS DE MUJERES (I)** LA POBRE LIZA UN RELATO INÉDITO DE M. KARAMZÍN **148**

CLAVES DE LA TRANSICIÓN (I)

Apuntes para una historia política de las Autonomías

Desde que quedara diseñado en la Constitución española de 1978, y puesto progresivamente en práctica en los más de veinte años transcurridos desde entonces, el de las regiones autónomas ha demostrado ser solvente como modelo de organización territorial del Estado español. En las páginas que siguen, **Antonio Fontán** ensaya una explicación histórica e institucional de lo que se considera ya uno de los éxitos clave de la Transición a la democracia de la nación española.

El proceso de transformación política del Estado español y de su organización territorial se inicia con el discurso del Rey de 22 de noviembre de 1975 y culmina con la aprobación por las Cortes Generales de los cuatro últimos Estatutos de comunidades autónomas (Extremadura, Baleares, Madrid y Castilla y León), promulgados el 25 de febrero de 1983. Un septenio de reformas fundamentales, pues, en el que cabe distinguir tres etapas de desigual duración, cada una de las cuales se articuló, a su vez, en varios tramos o momentos muy precisos. Es como un drama histórico en tres actos, con final feliz.

El primero de estos tiempos, de corta duración, tuvo como protagonista a Don Juan Carlos, al que dieron la réplica con su aplauso o con su aceptación instituciones y pueblo, más su padre, el Conde de Barcelona, cabeza de la Dinastía histórica. El asentimiento de Don Juan le fue

explícitamente transmitido al nuevo Rey desde los primeros días, y se ratificó ceremonialmente cuando ya estaban convocadas las elecciones que entregarían el ejercicio del poder político y de la soberanía nacional a los parlamentarios que eligieran entre todos los españoles.

En aquellas difíciles jornadas, Don Juan Carlos realizó arriesgadamente, en primera persona y bajo su exclusiva responsabilidad, varios actos de indudable trascendencia política e histórica

En aquellas difíciles jornadas, Don Juan Carlos realizó arriesgadamente, en primera persona y bajo su exclusiva responsabilidad, varios actos de indudable trascendencia política e histórica. Siendo todavía Príncipe y Jefe de Estado en funciones, con su famoso viaje al Sahara Occidental, recondujo la más grave crisis internacional de España en esos días, cuando con la «marcha verde» y el oportunismo de nuestros vecinos del sur, nuestra patria estuvo al borde de una nueva guerra de África, que probablemente habría sido lo peor que nos podía ocurrir en unas circunstancias políticas tan delicadas como las de entonces.

También en esas críticas semanas, Don Juan Carlos se reunió con los altos mandos militares del Estado, sin que estuviera presente el Presidente del Gobierno. Éste presentó la dimisión y desconvocó el Consejo de Ministros que se debía celebrar el viernes siguiente. El Príncipe —y Jefe de Estado en funciones—, por medio de una personalidad de su Casa, pidió al presidente que retirara su dimisión. Pero al mismo tiempo ordenó al vicepresidente primero que celebrara el Consejo tal como estaba previsto. El jefe del Gobierno accedió a la petición de Don Juan Carlos y presidió la reunión habitual de sus ministros.

Seguidamente, al asumir la corona, Don Juan Carlos declaró ante las instituciones del Estado que lo que él ofrecía era ser el rey de todos los españoles. Lo cual significaba la promesa de empeñarse en restablecer la concordia nacional y comprometerse a presidirla.

Dos días después, altos dignatarios de casi todo el mundo le acompañaban en la solemne celebración de la Iglesia de San Jerónimo el

Real de Madrid. La presencia de jefes de Estado y destacados miembros de las Casas Reales de los países europeos y árabes, del vicepresidente de los Estados Unidos, de presidentes y ministros de diversos Gobiernos y otras embajadas extraordinarias para este acontecimiento, ponía de manifiesto el crédito político que se abría a la restaurada monarquía española en las principales naciones democráticas de todo el mundo y en otras también importantes, aunque de diferente cultura. Todo eso ocurría antes de que se cumplieran dos meses de las generalizadas protestas internacionales por las condenas a muerte y ejecución de cinco activistas de ETA y del FRAP, responsables de asesinatos de miembros de la policía.

El Rey también hizo política, porque en aquel momento la Corona no se podía quedar encerrada en la rigurosa práctica del principio de que en las monarquías modernas «los Reyes reinan pero no gobiernan». Don Juan Carlos, en aquel trance, tenía que ser un político profesional y casi diría yo un político de partido, un político del menos partidista de los partidos posibles, que era el de España y el de la democracia.

Los Reyes recorrieron España de punta a cabo recibiendo aplausos, pero sobre todo despertando simpatías y generando confianza. Don Juan Carlos, además, mantuvo un asiduo contacto, tan discreto como eficaz, con las realidades emergentes de la vida política española y con las personas, grupos y movimientos que pugnaban por asomar a la superficie, sin que la Corona excluyera a los de antes ni cerrara el paso a los que aparecían entonces.

Hay que mencionar por su especial alcance la acción exterior del Monarca, con sus viajes fuera de España, y muy señaladamente con la visita de Estado a Norteamérica y su asidua presencia en los medios de comunicación internacionales. Fueron docenas los periodistas y comunicadores de prestigio y con audiencia en los más diversos países, como también los parlamentarios y políticos —no sólo los jefes de Estado y de Gobierno— de las democracias, los que se entrevistaron con él.

UN REY DE TODOS LOS ESPAÑOLES La frase de Don Juan Carlos que proclamaba su propósito de ser el Rey de todos los españoles, había sido empleada un siglo antes por el artífice de la Restauración de Alfonso XII, don Antonio Cánovas del Castillo. No creo que Don Juan Carlos ni sus asesores tuvieran en la mente este precedente, que probablemente ni siquiera conocían. Cánovas, presidente del Consejo de Ministros de la anterior Restauración, la había acuñado en un debate del Senado, manifestando que él no había sido encargado de traer un rey de este partido o del otro, sino uno que lo fuera de todos los españoles. Ha sido el distinguido historiador de la España contemporánea, Carlos Seco Serrano, el primero que recordó esa definición política de Cánovas al cabo de más de cien años de que fuera pronunciada, y la aplicó a los conceptos inspiradores de la monarquía de Don Juan Carlos.

En tiempos de Cánovas, todos los españoles —los españoles políticos, quiero decir— eran los alfonsinos y los no alfonsinos, los republicanos del 73 y sus oponentes, los amadeístas del 71, los sublevados de la Gloriosa del 68 y los que en esa ocasión se mantuvieron leales a la Reina, los carlistas de dos guerras (una de ellas todavía en curso) y hasta los militantes de los grupos y sectores revolucionarios de la época.

Un siglo después, la expresión «todos los españoles» del discurso de Don Juan Carlos comprendía, en un sentido político, a los monárquicos y a los que no lo eran, a antifranquistas y franquistas, a nacionales y republicanos de la guerra civil y a sus herederos y sucesores ideológicos y políticos, a derechas e izquierdas, liberales, conservadores, socialistas, etc. Pero asimismo, de un modo particular, junto a los patriotas españoles de todos los partidos, a los nacionalistas catalanes y vascos —también otros, como los gallegos—, incluso a aquellos que, en el seno de sus partidos o movimientos nacionalistas, anteponían su propia identidad regional a la general de España y hasta a los que se declaraban independentistas. La monarquía democrática que postulaba el titular de la Corona no excluía a nadie.

El Rey no tardó en ganarse el respeto y la confianza de los españoles con sus firmes e inequívocas actuaciones, como quedó de manifiesto en sus apariciones públicas y en sus viajes por toda la nación. Él fue el

sembrador de la concordia entre los españoles y alcanzó un más que notable prestigio internacional.

En este primer periodo de la Transición, el Gobierno, presidido por Arias Navarro y compuesto por ministros en su mayoría nuevos y partidarios de la necesidad y de la urgencia de una transición, se esforzó en promoverla, aunque los avances fueron exiguos. El más llamativo fue la aprobación de una nueva Ley de Partidos Políticos, que defendió el entonces ministro Adolfo Suárez ante las Cortes españolas, que eran las del régimen anterior. Adolfo Suárez, ministro del Gobierno Arias, ganó también una difícil votación en el «Consejo Nacional del Movimiento», principal institución ideológica y política del régimen anterior. Al elegirle a él, el ministro de los partidos políticos, para cubrir una vacante, los «consejeros» aceptaban la necesidad de un cambio radical en el que el partido único, el llamado «Movimiento», antigua «Falange», habría de desaparecer.

Además de las acciones terroristas, principalmente de ETA, no faltaron problemas políticos y sociales que en algunos casos dieron lugar a graves disturbios. Entre ellos los sucesos de Vitoria, con varios muertos en enfrentamientos con las fuerzas del orden. Suárez en esos días estaba encargado del ministerio del Interior, que entonces todavía se llamaba de Gobernación. Su firme y prudente intervención consiguió restablecer la situación.

A pesar del impulso del Rey y de la voluntad reformista de parte de los ministros, el proceso de cambio político en que la Corona estaba empeñada no avanzaba al ritmo que necesitaba España. En la prensa nacional y en la extranjera se reflejaba claramente un creciente malestar ante el riesgo de inmovilismo. Particularmente representativa de esta situación fue una crónica publicada en *Newsweek* por el destacado comentarista internacional Arnaud de Borchgrave. Este periodista norteamericano, de aristocrática familia belga, publicó en el conocido semanario una crónica bien documentada e intencionada, en que se traslucía la insatisfacción del monarca con la inmovilidad política a que la gestión de la presidencia del Gobierno conducía al país. Ese artículo fue interpretado dentro y fuera de España como una versión del pensamiento de Don Juan Carlos. El estancamiento duró todavía casi dos meses, pero el 28 de

junio el Rey pidió su dimisión al presidente e inició los trámites legales para sustituirlo. Con habilidad y decisión, Don Juan Carlos hizo que el «Consejo del Reino» incluyera el nombre de Suárez en la terna que esta institución debía presentarle para que eligiera jefe del Gobierno.

Es más que verosímil que los tres aciertos de Suárez (Ley de partidos, elección en el Consejo Nacional e intervención en los sucesos de Vitoria) confirmaran al Rey en la idea, que él probablemente acariciaba desde antes, de que Suárez era el político del momento.

PERIODO TRANSITORIO Y PERIODO CONSTITUCIONAL

La segunda etapa de la transición se extiende entre el 4 de julio de 1976, cuando comienza el primer Gobierno de Suárez, y las elecciones democráticas de junio de 1977. En esos once meses se ultimó el proceso de amnistía, desapareció hasta la sombra de que pudiera haber presos políticos, se reconocieron los partidos y se acabaron los exilios: ni exiliados forzosos ni esos otros que todavía conservaban alguna especie de reparos para reintegrarse a la vida española. También se elaboró y promulgó la Ley para la Reforma Política, que era como un esbozo procedimental de «Constitución» democrática; se autorizaron y formaron los partidos políticos y se convocaron y realizaron unas elecciones generales de sufragio universal para el nuevo Parlamento. En ellas, todos los españoles pudieron votar y todos —partidos, coaliciones, asociaciones de electores— podían presentar candidaturas.

En este segundo acto de la transición entran en escena los parlamentarios del 77. Eran el *clímax* o la culminación de esa etapa de la transición política, pero antes se siguieron dos episodios importantes, sin los cuales difícilmente se hubiera logrado lo que ha venido después. El mérito principal fue del presidente Suárez y del primero de sus Gobiernos. Esos hechos fueron la Ley para la Reforma Política, aprobada en referéndum nacional el 15 de diciembre del 76, y el reconocimiento de todos los partidos para que pudieran acudir a las elecciones del 77.

La Ley para la Reforma Política, fue sometida a referéndum de la ciudadanía por la autoridad del Rey. Aquel plebiscito tuvo la particularidad

En este segundo acto de la Transición entran en escena los parlamentarios del 77. Eran el *clímax* o la culminación de esa etapa de la transición política, pero antes se siguieron dos episodios importantes, sin los cuales difícilmente se hubiera logrado lo que ha venido después: la Ley para la Reforma Política, aprobada en referéndum nacional el 15 de diciembre del 76, y el reconocimiento de todos los partidos para que pudieran acudir a las elecciones del 77

de que en él votaron los Reyes, cosa que no volvería a suceder hasta el referéndum de la Constitución. El texto de la Ley apenas llenaba página y media del Boletín Oficial del Estado del 3 de enero de 1977. Pero encerraba en escuetas frases, con *brevitas imperatoria*, la almendra de los principales capítulos de las partes dogmática y orgánica de lo que sería la Constitución de diciembre del 78.

Su artículo primero contiene unas cuantas definiciones en las que se afirma que España es una democracia, que la supremacía corresponde a la Ley, que ésta es expresión de la voluntad del pueblo, que este pueblo es soberano y que los derechos fundamentales de la persona son inviolables y vinculan a todos los órganos del Estado.

A la sección orgánica corresponden otros preceptos redactados con la misma escueta sobriedad: que las leyes las hacen las Cortes, que el Rey las sanciona y promulga, que el parlamento es bicameral, que los diputados se elegirán por sufragio universal y los senadores por análogo procedimiento, en representación de las entidades territoriales.

El segundo episodio previo a la convocatoria de elecciones generales conforme a esa Ley para la Reforma Política fue la adopción, por el Gobierno Suárez, de las resoluciones políticas y legales necesarias para que todos los españoles y todos los partidos sin excepción pudieran votar y todos también pudieran presentar candidaturas, aunque fueran ciudadanos o partidos de nombre y observancia comunista. Una parcial modificación de los estatutos del Partido Comunista Español permitió

que el Gobierno lo legalizara, disponiendo su inclusión en el Registro Oficial, con lo que podría presentar candidaturas a las elecciones.

Por fin, al final de ese segundo acto o periodo de la transición se llega al Parlamento. Empiezan el tiempo y las responsabilidades de los parlamentarios: desde los españoles y españolas que integraron aquellas primeras Cortes Generales hasta sus actuales continuadores de un cuarto de siglo después, más los de las otras seis legislaturas que mediaron entre la constituyente y la actual.

En ese periodo constitucional se hizo, entre otras muchas cosas, la trascendente operación política de diseñar y activar una nueva organización territorial del Estado con la creación de las comunidades autónomas. Para entender el alcance de esta reforma, es preciso referirse brevemente a sus precedentes legislativos en la II República.

Después de las elecciones de junio de 1977 se iniciaba el tercero de los periodos de ese laborioso y fecundo proceso de la transición política española, el «constitucional», que se desarrolla a lo largo de dos parlamentos sucesivos, el Constituyente (1977-1979) y la llamada Primera Legislatura (1979-1982).

El periodo «constitucional» es el del «consenso» de los principales partidos en asuntos básicos de Estado. Se elaboró y aprobó la Constitución, se desarrolló la vida parlamentaria con gobierno y oposición, debates y competencia de partidos y reinaron las libertades públicas, sin reservas ni limitaciones. Hubo problemas, desórdenes y actos terroristas (ETA, GRAPO y algún residuo de otros grupos, y motines en las cárceles) más el intento de golpe de Estado del 23 de febrero del 81. Pero el Estado se mantuvo firme, sin ninguna clase de vuelta atrás.

En ese periodo constitucional se hizo, entre otras muchas cosas, la trascendente operación política de diseñar y activar una nueva organización territorial del Estado con la creación de las comunidades autónomas. Para entender el alcance de esta reforma, es preciso referirse brevemente a sus precedentes legislativos en la II República.

LA CONSTITUCIÓN DE 1931 Y LA DEL 78 El antecedente constitucional *más próximo* del Título Octavo, y disposiciones concordantes de la actual Carta Magna española, se encuentra en la Constitución republicana de 1931.

Los artículos 8 y 11 de la Constitución de la II República vienen a decir lo mismo que los que llevan los números 2, 137 y 143 de la de 1978.

En la del 31 (art. 8) se lee que el «Estado estará integrado por municipios, mancomunidades de provincias y por las regiones que se constituyan en régimen de autonomía».

El 2 de 1978 dice que «la Constitución garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades (palabra nueva) y regiones que la integran». Y el texto del 137 de la misma Constitución es el siguiente: «El Estado se organiza territorialmente en municipios, en provincias y en las comunidades autónomas que se constituyan. Todas estas entidades gozan de autonomía para la gestión de sus respectivos intereses».

Los artículos 11 de 1931 y 143 de 1978 se parecen todavía más el uno al otro. «Si una o varias provincias limítrofes, con características históricas, culturales y económicas comunes —escribieron los constituyentes republicanos del 31 y casi repitieron los del 78— acordaran organizarse en región autónoma para formar un núcleo político-administrativo dentro del Estado español, presentarán su Estatuto con arreglo a lo establecido en el artículo 12». (Ese artículo 12 de 1931, meramente procedimental, decía que habían de hacer la propuesta «la mayoría de los ayuntamientos de la posible región o por lo menos los de aquellos municipios que comprendiesen las dos terceras partes del censo electoral», que tendrían que aceptarla las dos terceras partes de los electores inscritos en el censo y, finalmente, que habría de ser aprobada por las Cortes).

¿Cuáles fueron las razones políticas que determinaron la voluntad regionalizadora de los constituyentes republicanos de 1931?

En aquel momento político y en los particulares condicionamientos de la mayoría de republicanos y socialistas de aquel Parlamento, convergían tres condicionantes:

1) Unas realidades históricas, culturales e ideológicas específicas y una demanda social que se hallaban vivas en determinadas regiones

españolas (Cataluña, País Vasco, quizá también, aunque menos, en Galicia).

2) Los compromisos políticos adquiridos por los principales dirigentes republicanos de aquella mayoría en el llamado pacto de San Sebastián.

3) El hecho parlamentario de la presencia en el Congreso de los Diputados de partidos o agrupaciones de signo nacionalista, que en buena parte se integraban en la mayoría republicano-socialista y estuvieron presentes en los Consejos de Ministros.

Estos elementos concurrían de una forma especialmente acusada en Cataluña, donde el nacionalismo era una fuerza política, si no mayoritaria sí muy importante y electoralmente decisiva. (Quizá en vez de «el nacionalismo» habría que decir «los nacionalismos» que, aunque eran varios y diversos, coincidían en perseguir alguna forma de autogobierno).

REPUBLICANISMO CATALÁN DEL 31 Un golpe de mano de los sectores de izquierda del nacionalismo catalán, que empezaron a llamarse Esquerra Republicana de Cataluña, había dado lugar a una situación revolucionaria y de desobediencia civil en el momento de la implantación de la República, el 14 de abril de 1931.

El antiguo coronel del Ejército español, Françesc Maciá, reconocido líder del más radical nacionalismo catalán de entonces, se había apresurado a instalarse en un edificio oficial y proclamar desde la balconada el establecimiento de «la República catalana» dentro del Estado federal español (que no existía).

El Gobierno provisional de la República hubo de enviar a Cataluña una comisión de los recién nombrados ministros para negociar con Maciá y su gente, y buscar una salida a la situación. (El Gobierno provisional de la República se componía de republicanos y socialistas de partidos —o proyectos de partido— de vocación nacional, más un nacionalista de Acciò Catalana, Luis Nicolau d'Olwer, que era un destacado historiador y humanista).

Formaron la «comisión» el socialista y ministro de Justicia Fernando de los Ríos, catedrático de Derecho Político, y el radical-socialista catalán y ministro de Instrucción Pública, Marcelino Domingo.

Cuentan las historias, aunque no estoy seguro de que conste documentadamente para la «Historia», que los que habían proclamado la República catalana se mostraban intransigentes y, como se diría hoy, «maximalistas». Sólo cedieron cuando los representantes del Gobierno de Madrid amenazaron a Maciá y su equipo con retirar de Cataluña la Guardia Civil, si no se avenían a un acuerdo que respetara la autoridad del Gobierno provisional de la República. Lo que cuentan esas historias es que el ministro de Hacienda, el socialista Indalecio Prieto, en una conversación telefónica, recomendó a De los Ríos que así se lo dijera tajantemente a sus interlocutores catalanistas: «Fernando, dígales usted, que si no aceptan nos traemos la Guardia Civil». Bien sabían ellos, pensaría Prieto, que la Guardia Civil era la única fuerza de policía capaz de responder del orden público en la más agitada y revuelta región del territorio nacional que era entonces Cataluña, y sobre todo Barcelona.

El segundo de los condicionamientos que llevaron a los Constituyentes del 31 a diseñar esa posible estructura de un Estado regional o regionalizado era el llamado pacto de San Sebastián. En esa ciudad, dirigentes republicanos y socialistas, reunidos con representantes de los partidos y entidades catalanistas, habían acordado que la república, sin llegar a ser federal (un proyecto político y un nombre que habían fracasado en 1873), daría entrada legal en su seno a las pretensiones del más amplio autogobierno regional de Cataluña.

Por último, en las elecciones a Cortes Constituyentes de 1931, obtuvieron escaños en Cataluña y en el País Vasco políticos nacionalistas que no dejaban de aspirar a una utópica soberanía, y que exigían para sus regiones la más amplia autonomía. El más numeroso de esos grupos parlamentarios era el de los nacionalistas catalanes de la *Esquerra*. En sus planteamientos ideológicos coincidían con las afirmaciones republicanas y de izquierda de los partidos de esa significación del arco parlamentario. Pero eran una minoría propia, que llevaba como primer punto de su programa político la definición nacionalista de Cataluña en términos mucho más intransigentes que otros partidos políticos de la misma región y que las fuerzas sociales de centro y derecha que formaban la Lliga regionalista, o la apoyaban.

Esquerra estaba asociada a la mayoría gubernamental de las Cortes de Madrid y al «consenso» político constituyente que habían logrado alcanzar los republicanos históricos y otros partidos de izquierda, los socialistas y los nuevos republicanos de derecha que se reunían en torno a Alcalá Zamora y Miguel Maura, presidente y ministro de la Gobernación del Gobierno provisional de 1931.

Los nacionalistas vascos también estuvieron presentes en el Parlamento, aunque en mucho menor número que los catalanes. Tenían una ideología de vocación independentista —aunque *ad kalendas graecas*—, pero eran miembros de un partido católico confesional, el PNV, que no podía apoyar los programas laicistas y antirreligiosos del Gobierno y de la mayoría parlamentaria de las primeras Cortes de la República. Además, en el País Vasco, habían sido elegidos diputados, casi en el mismo número, candidatos socialistas y tradicionalistas que no compartían la ideología del «nacionalismo»: sumados los diputados de estos dos grupos eran más numerosos que los del Partido Nacionalista. En alguna de las provincias vascas los nacionalistas se habían presentado a las elecciones, o habían hecho campaña electoral, junto con los tradicionalistas. Con ellos formaron la minoría vasco-navarra, con mucha voz pero pocos votos, en el Congreso de los Diputados, donde eran un grupo parlamentario de oposición.

Los nacionalistas catalanes de Esquerra, con la colaboración de un partido también nacionalista, democrático y cristiano (cuya herencia reclama la actual Unió), y de Acció Catalana, a cambio de aceptar la soberanía y la supremacía del Gobierno de Madrid, obtuvieron una especie de autonomía provisional, que se parece algo a lo que fueron en los años 1977 y 1978 las «preautonomías». El gobierno de Madrid aceptó el principio de la disolución de las diputaciones provinciales (que estaban regidas por comisiones gestoras a causa del vacío legal determinado por la falta de elecciones), pero se mantuvo a todos los efectos prácticos administrativos y de servicios el sistema provincial.

Al órgano provisional de gobierno autónomo, más administrativo que político, se le designó, igual que se haría en septiembre del 77, con el histórico nombre de Generalidad —«Generalitat»— de Cataluña. Se dice que esta denominación fue una sugerencia del culto profesor de Derecho

Político que era don Fernando de los Ríos. Lo que había querido ser «gobierno provisional de la república catalana dentro del Estado federal español», pasó a ser la Generalidad de Cataluña que, además de otras funciones administrativas y de coordinar la gestión de las cuatro Diputaciones provinciales, se encargaría de elaborar el proyecto de un futuro Estatuto de Cataluña, en el seno de la Constitución general de la República, que redactasen y aprobasen las Cortes de Madrid.

Poco después, en julio de ese mismo año 1931, tras esas negociaciones y el restablecimiento provisional de la Generalidad de Cataluña, la Diputación provisional de dicha Generalidad preparó un proyecto de Estatuto, que se sometió a un «plebiscito» corporativo de los Ayuntamientos catalanes y fue declarado el documento oficial que, «como expresión legal de la voluntad de Cataluña», sería enviado al Gobierno provisional de la República, para ser sometido a la sanción de las Cortes Constituyentes. Estas tardaron más de un año en examinar, enmendar y aprobar el proyecto remitido desde Barcelona. El Estatuto finalmente sancionado por las Cortes Constituyentes diféría del proyecto catalán en cuestiones capitales, tanto de orden conceptual y dogmático como en otras de carácter orgánico. Fue promulgado y entró en vigor por una ley de 15 de septiembre de 1932.

La autonomía regional de Cataluña y el Estatuto que la gobernaría —con algunos graves incidentes de camino en su curso— constituirían el hecho político y la ley básica de la única autonomía territorial establecida por la República antes de la guerra civil.

La del País Vasco fue acordada en plena contienda, cuando una parte importante de aquel territorio —si no más de la mitad— y de la población estaban en la llamada zona «nacional». El Gobierno vasco provisional que se formó a continuación del Estatuto de octubre del 36 sólo ejerció su poder sobre la provincia de Vizcaya, no entera, y algunas localidades más durante nueve meses, hasta junio de 1937. No se le transfirieron competencias, como preveía el Estatuto, aislado como estaba su territorio del resto de la España republicana. El presidente Aguirre y sus consejeros se hicieron cargo directamente y por su cuenta de los servicios del Estado o de la Diputación de Vizcaya que había en esa provincia.

Pero ésta no es la historia que yo quiero relatar aquí. Si bien pienso que el recuerdo de esos hechos políticos constitucionales republicanos, que hoy día parecen tan antiguos, ilustra acerca del proceso de establecimiento del Estado de las autonomías de la actual monarquía española.

RESTABLECIMIENTO DE LA GENERALITAT La «regionalización» que intentaron o se propusieron los Constituyentes republicanos de 1931 fue un fracaso espléndoroso. No hubo más autonomía que la de Cataluña, impulsada por los motivos antes enumerados: una ideología nacionalista y una identidad cultural (lengua, literatura, derecho, tradiciones); un compromiso político de la mayoría republicano-socialista del Congreso de los Diputados con los políticos nacionalistas; y un grupo parlamentario propio en la Cámara.

Ciertamente había también en Cataluña una amplia demanda social de autonomía política. Se quería una Cataluña catalana, que se gobernara por sí misma en la medida de lo posible: «Cataluña libre dentro de la «Espanya grande» (Cambó y la Lliga Regionalista); «república catalana» en el Estado federal (Esquerra y Maciá); o una Cataluña independiente y soberana (Estat Català con su estrella solitaria). Además, desde 1914 hasta 1925, había existido la Mancomunidad catalana, constituida «con carácter indefinido» por la asociación de las diputaciones de las cuatro provincias de Barcelona, Gerona, Lérida y Tarragona. Su creación, con un gabinete conservador en Madrid, había sido la respuesta del Gobierno de la nación a esa aspiración histórica y a las constantes peticiones de políticos, instituciones sociales, culturales, económicas, etc., de todo el Principado y de sectores importantes de la opinión pública catalana en general.

Pero en la guerra civil del 36 la Generalitat y su Estatuto cayeron del lado de los vencidos y su abolición era más un postulado que un propósito político de los «nacionales» vencedores. Todavía en plena contienda, cuando casi todo el territorio catalán estaba aún en zona republicana, una ley dictada en Burgos el 5 de abril de 1938 derogó el Estatuto del 32 y dispuso que las cuatro provincias fueran «gobernadas en pie de igualdad con sus hermanas del resto de España».

La Generalitat catalana siguió existiendo en la zona republicana hasta el final de la guerra civil, y después, «virtualmente», en el exilio, sin considerarse nunca disuelta, aunque no tuviera más reconocimiento que el oficial que le otorgaba el Gobierno, también exiliado, de la República. Conservó un cierto cuerpo formal de gobierno y siguió teniendo como presidente a su último titular republicano, Luis Companys, que fue hecho prisionero en Francia por los alemanes, enviado por ellos a España y condenado a muerte y ejecutado en Barcelona en 1940. A la muerte de Companys, se hizo cargo de la titularidad de la Generalitat otro destacado político de Esquerra, que había sido presidente del Parlamento Catalán, Josep Irla, que ya había participado activamente en el gobierno y en la asamblea de la Generalidad del que fue, de hecho o de derecho, presidente en los días de la República. La presidencia de Irla, un veterano del nacionalismo, fue más bien de escasa significación y efímera. Falleció en el exilio, pero antes había dimitido de su cargo, nombrando previamente primer consejero y delegado suyo al miembro del Gobierno catalán, también exiliado y también de Esquerra, Josep Tarradellas, cuya designación fue avalada por un significativo grupo de parlamentarios catalanes reunidos en el exilio.

Desde 1954 a 1956 Tarradellas sería reconocido como presidente de la Generalitat por los exiliados y, de un modo progresivo, por los antiguos partidos y los grupos políticos de oposición al régimen de Franco, que se estaban reconstruyendo o creando en el interior de España.

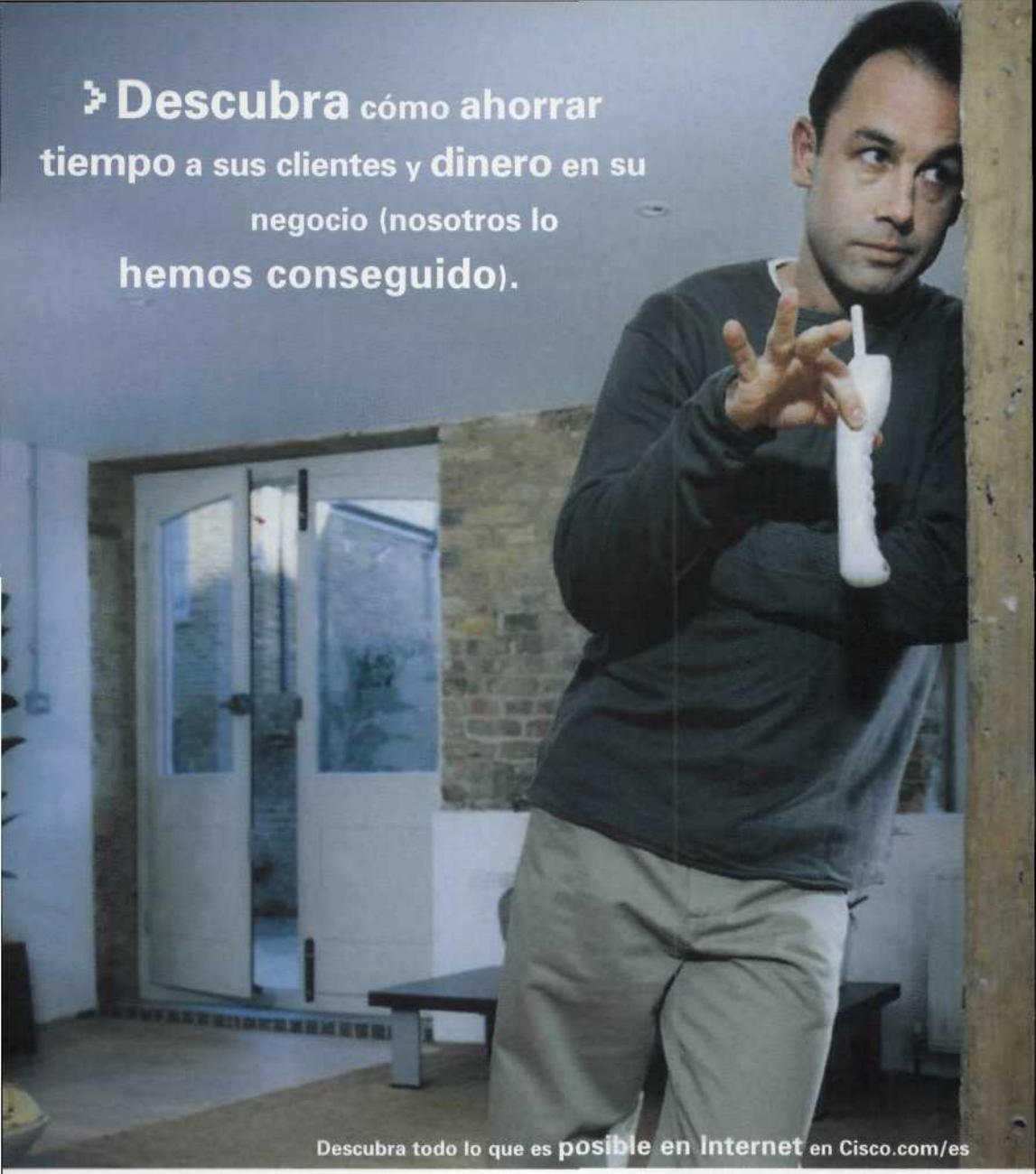
En sus años de «Presidencia de la Generalidad» fuera de España Tarradellas había extendido sus relaciones con los demócratas catalanes antiguos y nuevos, así como con personalidades e instituciones sociales del Principado, presentándose siempre como el «legítimo titular de la Generalitat» (que para el discurso nacionalista o autonomista significaba «presidente» o cabeza de Cataluña).

Tarradellas era un político de largo recorrido, tenaz, astuto y experimentado, que había aprendido a evitar incompatibilidades entre su patriotismo territorial de nacionalista catalán y el patriotismo general de España. Cuando llegó el momento final de Franco y se instauró la monarquía, Tarradellas estaba claramente decidido a jugar la carta catalana

Los clientes de Ibercaja.

Ellos hacen posible que podamos contribuir a proteger la naturaleza y conservar el medio ambiente.

ibercaja
Obra Social y Cultural



A nadie le gusta esperar. Si quien espera es un cliente con un pedido, usted tiene un problema. Aquí es donde Cisco puede ayudarle. Contamos con el conocimiento y la experiencia necesaria para ofrecer soluciones en Internet que permiten a los clientes acceder a la información cuando la precisan y formular pedidos dónde y cuándo más les conviene. En pocas palabras, significa que usted puede agilizar su centro de atención de llamadas, mejorar el servicio y ahorrar dinero. Los resultados, pueden ser espectaculares. Gracias a Cisco, una compañía aérea internacional ha conseguido reducir su coste de venta en un 50%. Descubra cómo Cisco puede ayudarle en su negocio, visite Cisco.com/es

CISCO SYSTEMS

EMPOWERING THE INTERNET GENERATION™

©2001 Cisco Systems, Inc. All rights reserved.

sin revanchismos ni reivindicaciones imposibles e irreales. La «Generalidad», que él había llegado de alguna manera a personificar, era una obligada referencia para buena parte de la opinión nacionalista o simplemente democrática de Cataluña. Hacia la Generalitat y su presidente dirigían sus miradas los políticos catalanes, mientras que no los perdían de vista los responsables de la gestión pública nacional.

Celebradas las elecciones de junio del 77, se intensificaron y aceleraron los contactos que previamente habían existido ya entre representantes o amigos del Gobierno y Tarradellas, hasta convertirse en verdaderas negociaciones. Aportaron su apoyo y su mediación amigos del «President» con buenas relaciones en Madrid, como el abogado y financiero barcelonés, radicado en la capital de España, Manuel Ortínez, que había estado al frente del Instituto Español de Moneda Extranjera pocos años antes; y el periodista Carlos Sentís, que acababa de ser elegido diputado por Barcelona encabezando la candidatura de la UCD.

Tarradellas viajó a Madrid en el mismo mes de junio, poco después de las elecciones que ganó la UCD del entonces presidente del Gobierno Adolfo Suárez. Se entrevistó entre otros políticos con el ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, que había sido gobernador civil de Barcelona, y con el presidente Suárez, que tras su victoria electoral seguiría como jefe del Gobierno, que ahora era ya por fin un ministerio democrático y parlamentario.

Finalmente, Tarradellas fue recibido en audiencia por el Rey en la mañana del 27 de junio. Le acompañó en su visita a La Zarzuela Carlos Sentís. Parece que el veterano político de Esquerra republicana, muy poseído de su papel presidencial, estaba preocupado por el protocolo con que iba a ser recibido por Don Juan Carlos. Su primera sorpresa fue que al salir a su encuentro el jefe de la Casa del Rey, el marqués de Mondéjar, le dio la bienvenida en catalán, llamándole «señor Presidente». El Rey, a su vez, al saludarle marcó un amistoso tono de cordialidad, hablándole de «usted» y diciéndole simplemente «don José».

En sus *Memorias*, Tarradellas cuenta que trataron de Cataluña, de la Generalidad y de su historia y le llamó la atención la información que tenía Don Juan Carlos, que hizo referencia al problema que podía representar

el modo cómo se produjo la sucesión de Josep Irla tras su dimisión. A Tarradellas le extrañó que Don Juan Carlos supiera tantos detalles de asuntos internos de la Generalidad del exilio y le hablara de Irla, que había sido un político escasamente conocido fuera de los ambientes catalanes.

El restablecimiento de una autonomía política para Cataluña era una aspiración proclamada o aceptada por los parlamentarios de los diferentes partidos o coaliciones elegidos en los comicios de junio, y una demanda social ampliamente compartida en la opinión pública catalana.

«Generalitat» había sido el nombre histórico recobrado para la institución en el ordenamiento legal autonómico de Cataluña, que fue el de la República. Pero con eso resultaba que la Generalidad de Cataluña y su Estatuto traían su causa de la Constitución republicana de 1931, que nadie pensaba restablecer y había sido abolida por la historia, más que por disposiciones de ningún gobierno.

En el verano de ese mismo 1977 prosiguieron las negociaciones en que intervenían el «President» de la Generalidad, la Asamblea de Parlamentarios de Cataluña, integrada por los diputados y senadores recién elegidos, otros amigos de Tarradellas, y por parte del Gobierno, el ministro Martín Villa y el diputado Sánchez Terán, buen conocedor de las cuestiones catalanas, que luego sería por dos veces ministro con Adolfo Suárez.

Al fin, se llegó a una fórmula imaginativa que permitía salvar las dificultades. Así, a poco de empezar el que he llamado «tercer periodo» constitucional o momento constituyente de la transición, tras unas laboriosas y no muy largas conversaciones entre la Corona, el Gobierno de Suárez y el propio Tarradellas, se acordó el «restablecimiento provisional de la Generalidad de Cataluña».

A la renovada Generalidad se le asignarían las funciones de organizar su régimen interior, integrar las acciones de las cuatro Diputaciones catalanas y gestionar y administrar las funciones y servicios que le transfirieran la Administración del Estado y las propias Diputaciones. Su presidente sería nombrado por Real Decreto a propuesta del presidente del Gobierno, y ejercería también la presidencia de la Diputación de Barcelona, lo cual le dotaba de una cierta infraestructura burocrática y ponía en sus manos la gestión y la responsabilidad de un presupuesto.

Un Real Decreto Ley de 29 de septiembre de 1977 dispuso el «restablecimiento provisional» de la Generalidad de Cataluña, y otro Real Decreto de la misma fecha nombraba, a propuesta del presidente del Gobierno, presidente de la provisionalmente restablecida Generalidad al «honorable Josep Tarradellas Joan». Con estas disposiciones se daba principio al largo y complejo proceso político que conduciría a la nueva organización territorial del Estado.

No se cerraba el paso a futuros desarrollos y se hacía posible el retorno a Barcelona y a la plaza de San Jaime como presidente de la Generalitat al que lo había sido en el exilio durante casi veinticinco años.

PRECEDENTES AUTONOMISTAS DEL PAÍS VASCO En el caso vasco, en el que existía una cierta demanda social, los nacionalistas —fundamentalmente PNV— fracasaron sin embargo durante toda la República (1931-1936), en parte por el planteamiento que en un principio se quiso hacer y en parte también por otras razones políticas.

En junio de 1931 se celebró en Estella (Lizarra) una asamblea de municipios vascos y navarros para la que se redactó un proyecto de Estatuto que hablaba del País Vasco incluyendo dentro de él a Navarra. Proyecto y Asamblea resultaron un formidable fracaso. Los municipios navarros y la opinión pública de esa región no lo aceptaban de ninguna manera.

En 1932 las Comisiones gestoras de las diputaciones vascas y de Navarra elaboraron otro proyecto de Estatuto para el país Vasco-Navarro que tampoco tuvo seguimiento. En octubre de 1933 (precisamente el día 29) se anuncia un plebiscito sobre el estatuto de «la región vasca», sin Navarra ya. El proyecto que se iba a someter a esa votación es de 5 de noviembre de ese año. Entre tanto, se disolvieron las Cortes, se celebraron las elecciones del 18 de noviembre y empezó el segundo bienio —centro o centro derecha— de la República. Da la impresión de que el estatuto fue guardado en la nevera de los proyectos frustrados.

Por fin, el 6 de octubre de 1936, en plena guerra civil, con la mayor parte del País Vasco ocupado por las tropas «nacionales», las «Cortes» republicanas —o la parte de ellas que todavía podía reunirse— aprobaron un

Estatuto del País Vasco que recogía, en sus ocho páginas, artículos y disposiciones de las veintidós del texto de 1933.

Los proyectos autonomistas del País Vasco no tuvieron seguimiento por diversas razones. Una de ellas fue que los nacionalistas vascos (PNV) querían incluir a Navarra en su región, y manifiestamente Navarra no quería. No había demanda social para tal cosa en Navarra y allí, además, el principal partido era el tradicionalista, con el que, en orden al mantenimiento de la identidad navarra, concordaban los demócratas de Acción Navarra (que pronto serían CEDA), los monárquicos alfonsinos, los independientes y hasta los socialistas y republicanos de la región. El PNV tenía simpatizantes, pero escasos y muy poca implantación. Su más destacada personalidad, Manuel Irujo, salía elegido diputado por Guipúzcoa.

Pero también había una falta de sintonía ideológica y política de los nacionalistas vascos con los republicanos y socialistas de Madrid y su mayoría parlamentaria (1931-1933): más por lo que tenían de laicista y anticlerical y de revolucionario (los socialistas de Bilbao), que por republicano. Sólo en la Guerra Civil se llegó al acuerdo PNV y Gobierno republicano.

LA PREAUTONOMÍA VASCA DE 1978

A los pocos meses del restablecimiento provisional de la Generalidad de Cataluña, un nuevo Real Decreto-Ley de 4 de enero de 1978 instituía el Consejo General del País Vasco. En el encabezamiento del preámbulo se invocaba la aspiración del pueblo vasco «a poseer instituciones propias de autogobierno, dentro de la unidad de España».

Igualmente se declaraba que la mayoría de las fuerzas parlamentarias habían reconocido la conveniencia de proceder urgentemente a la creación del Consejo General del País Vasco. Los grandes partidos nacionales —socialistas y UCD— reunían dieciocho parlamentarios, Alianza Popular tenía un diputado, el PNV trece entre los miembros de las dos cámaras, y otros nacionalistas tres escaños. El partido más votado había sido el socialista, por lo que en el momento de constituirse el Consejo se le atribuiría la presidencia.

Se decía también que la Declaración programática del Gobierno de la nación ya había previsto la institucionalización de las Autonomías y la posibilidad de acudir a fórmulas de transición desde la legalidad vigente, hasta que se promulgara la Constitución en que ya trabajaban las Cámaras.

Los razonamientos preambulares que justificaban la creación del Consejo se repetirían después, casi en los mismos términos, en los Decretos de creación de los otros entes preautonómicos.

Había algo singular en el caso del País Vasco. Los nacionalistas, con el apoyo en esa ocasión de los socialistas, con quienes habían compartido las candidaturas para el Senado (Senadores para la Democracia), lograron que se incluyese a Navarra entre las provincias o territorios históricos que podrían integrarse en el Consejo. Si bien, con esa misma fecha, se publicaba otro Real Decreto-Ley que señalaba que el órgano competente para decidir sobre el ingreso de Navarra en la nueva institución sería la Diputación Foral, lo cual tranquilizaba a los navarros, que no querían perder su identidad histórica de siempre. Los siete Diputados forales, recogiendo un sentir mayoritario de la región, serían con toda seguridad contrarios a esa incorporación, como así fue.

El Consejo del País Vasco estaría compuesto por tres representantes de las Juntas Generales de cada territorio histórico y un número igual de parlamentarios por cada uno de ellos. Hasta que tuvieran lugar las elecciones locales —y se constituyeran las Juntas Generales— habría cinco consejeros por cada provincia, designados por los parlamentarios «teniendo en cuenta el resultado de las elecciones de 15 de junio de 1977» en cada una de las circunscripciones territoriales. O sea, dieciocho después de los comicios municipales y quince antes, puesto que Navarra no se incorporó al Consejo en ningún momento.

El Decreto vasco fue el primer documento oficial en que aparecía la expresión «preautonomía». En el título de la disposición se leía «Real Decreto Ley por el que se aprueba el régimen preautomómico del País Vasco».

El Consejo General del País Vasco estuvo presidido en sus primeros tiempos por el socialista Ramón Rubial y, después de las elecciones locales, por el nacionalista Carlos Garaicoechea.

La institución del Consejo General del País Vasco tendría, según su norma fundacional, carácter provisional hasta la entrada en vigor del régimen definitivo de Autonomía. En conformidad con la tradición provincialista del País Vasco la ejecución de los acuerdos del Consejo correspondería en cada territorio a la Diputación Foral correspondiente.

Una vez aprobado el Estatuto de autonomía del País Vasco, en diciembre de 1979 y celebradas las elecciones al Parlamento de la comunidad autónoma, el Gobierno vasco que de ellas resultara sucedería al Consejo que, entretanto, habría podido adoptar el nombre de Gobierno Provisional del País Vasco.

PRECEDENTES AUTONOMISTAS EN EL CASO DE GALICIA

La historia del movimiento autonomista gallego se caracteriza, según algunos estudiosos, por la abundancia y prolijidad de los documentos que se elaboraron, así como por la coincidencia y superposición temporal de algunos de ellos. Hay un proyecto de constitución del Estado galaico de 1887 que, aún declarándose «autónomo o soberano», prometía «vivir perpetua e indisolublemente enlazado a los demás Estados hermanos de la Nación española» (se supone que en una república federal). Es interesante un manifiesto de 1918, tras el que se empieza a hablar del «nacionalismo gallego». Existen más documentos y programas hasta que, por fin, ya en la República, una asamblea regional de Municipios aprueba en 1932 un Estatuto de Autonomía que sería sometido a «plebiscito» cuatro años después, el 28 de junio de 1936, de acuerdo con las normas de un decreto de la presidencia de la República de mayo de 1933.

Su texto fue entregado al presidente del Congreso de los Diputados el 15 de julio de ese año 1936 y no pudo ser tramitado entonces por evidentes «causas de fuerza mayor». Tomaría «estado parlamentario» en las «Cortes republicanas» reunidas en Montserrat el 1 de febrero de 1938, más que mediada ya la guerra civil. Todo el proceso quedó ahí.

UN NUEVO GOBIERNO AUTÓNOMO GALLEGO Estos antecedentes permitieron que en el Parlamento español de la primera Legislatura —la de 1979-1982—, acogiéndose a la segunda disposición transitoria de la Constitución, se elaborara y aprobara un Estatuto para Galicia, conforme a lo que prescribe el artículo 151, 2 de la Carta Magna. Es decir, más o menos igual que se había hecho con los Estatutos de Cataluña y del País Vasco en diciembre de 1979. El de Galicia es de abril de 1981.

En la disputa, que resulta tan anticuada ya, entre las autonomías del 143 y las del 151, la de Galicia se pudo amparar legalmente en el segundo párrafo de este último artículo, sin necesidad de referendos previos como ocurriría con Andalucía. El régimen preautonómico de Galicia había sido aprobado por Real Decreto-Ley de 16 de marzo de 1978, un día antes que los de Aragón, Canarias y Valencia (País Valenciano se le llamó entonces), cuyos Decretos fundacionales llevan fecha del día 17.

En tiempos de la República, habían existido otros proyectos de regionalización, que aspiraban acogerse a la Constitución del 31. En 1931, Baleares y Valencia (los blasquistas); y desde 1932 y 1933 en Andalucía, Canarias, Galicia y Navarra, se habían intentado e incluso se llegaron a redactar documentos autonomistas y proyectos de estatutos que no tuvieron seguimiento político ni parlamentario.

En junio de 1936 hubo aún otros intentos. Algunos de ellos en Aragón. Unos prestigiosos profesores y políticos de Zaragoza, aragonesistas y encendidos patriotas españoles, redactaron un proyecto de Estatuto para su región, suscrito por personas eminentes como el helenista Miral, el historiador Jiménez Soler, el jurista Palá y el químico de Gregorio Rocasolano. Quizá era la réplica a otro anteproyecto de la misma fecha y de signo distinto acordado en un congreso en Caspe.

LOS REGÍMENES PREAUTONÓMICOS Entre marzo y octubre de 1978 once Reales Decretos-Leyes aprobarían los regímenes «preautonómicos» de otras tantas futuras comunidades autónomas, con lo que, al ser sancionada por el Rey y promulgarse la Constitución el 29 de diciembre, estaba casi totalmente

diseñado lo que sería el mapa de la nueva organización territorial del Estado previsto en el capítulo 3 del Título VIII de la Carta Magna.

A estas catorce entidades se agregarían más tarde las comunidades uniprovinciales de Cantabria, La Rioja y Madrid, que no conocieron la «preautonomía». Las dos primeras habían sido, en principio, incluidas en Castilla y León, y a Madrid se le había reconocido la posibilidad de incorporarse a la comunidad Castellano-Manchega, si así lo acordaba la mayoría de sus parlamentarios. Pero eso no ocurrió.

En una disposición transitoria del Real Decreto-Ley de Castilla y León se establecía la cautela de que la incorporación de cada una de las provincias que se enumeraba en él habría de ser decidida por mayoría de dos tercios de sus parlamentarios. Esta prevención respondía a que en algunas de las provincias incluidas en Castilla y León se advertían, o se habían manifestado ya, ciertas reservas sobre su integración en esa comunidad pluriprovincial. Eran los casos de las provincias de Santander y Logroño, que luego se constituirían en comunidades uniprovinciales. Lo mismo había ocurrido con la provincia de Segovia, que fue incorporada a la comunidad castellano-leonesa por una Ley Orgánica aprobada por el Parlamento nacional al mismo tiempo que el Estatuto de Autonomía de la comunidad, el 2 de marzo de 1983.

Creo que la voz «preautonomía» no se había empleado nunca antes en castellano. Pero era una palabra transparente que todo el mundo entendía, y muy especialmente en el ambiente político de aquel 1978. Se había empleado por primera vez en documentos oficiales en el Real Decreto del País Vasco. Luego, en casi todos los otros Reales Decretos de creación de cada una de esas futuras comunidades autónomas, el artículo primero empezaba diciendo «el régimen de preautonomía» (o «el régimen preautonómico») de tal región o de tal territorio.

En las exposiciones de motivos o preámbulos de los decretos de creación de las preautonomías se incluyen tres clases de razones justificatorias: las reiteradas aspiraciones de los pueblos en cuestión a contar con instituciones propias; la voluntad expresada por la totalidad —en algún caso por la mayoría— de las fuerzas parlamentarias de 1977 y la Declaración programática del Gobierno de ese año en que manifestaba su

propósito de establecer un régimen o sistema de autonomías regionales. En todos los casos se atribuía un especial protagonismo para la constitución de la correspondiente preautonomía a los parlamentarios, que eran entonces los únicos representantes del pueblo elegidos por sufragio universal, y a ellos o a sus delegados se les encargaba de integrar y coordinar las actuaciones y funciones de las diputaciones provinciales (en las autonomías pluriprovinciales) sin perjuicio de las facultades privativas de ellas. Hubo también en ese mismo año preautonomías uniprovinciales, como las de Murcia y Asturias, en los que se preveía que el órgano de nueva creación absorbería las funciones y responsabilidades de la diputación provincial.

ESTATUTOS DE AUTONOMÍA Comúnmente en el lenguaje político castellano se reserva la voz «Constitución» para la ley fundamental de un Estado soberano e independiente. Por eso, cuando se ha tratado de designar con un nombre específico a la ley básica de una comunidad subestatal, se ha acudido al término «Estatuto» que todo el mundo entiende, porque se suele aplicar al conjunto de normas que regulan el funcionamiento de una entidad. Decir «Constitución», como acordaron algunos grupos radicales catalanes en 1928 en La Habana, bajo la presidencia de Maciá, era una manifestación abierta de separatismo. Ya decían los autores de ese extenso documento que ellos eran «les delegacions del Separatisme Català de dintre i fora de Catalunya». También se empleó «Constitución» en algún proyecto catalán más y otro gallego del siglo XIX, que aceptaban un acuerdo federalista de mínimos con los demás pueblos de España. Pero ya en el siglo XX, y de modo oficial desde la constitución republicana de 1931, a la ley superior de las comunidades subestatales se les llama Estatutos.

Las comunidades autónomas actuales de España se constituyeron como tales y recibieron sus Estatutos por sendas Leyes Orgánicas, elaboradas y aprobadas según lo preceptuado en el Título VIII de la Constitución. Cataluña, País Vasco y Galicia pudieron acogerse a la excepción que la disposición transitoria segunda había establecido para las comunidades que hubieran plebiscitado su autonomía en algún momento

anterior, como habían hecho las tres regiones mencionadas durante la República.

Los Estatutos de dieciséis comunidades autónomas fueron aprobados por sendas Leyes Orgánicas de las Cortes Generales entre el 18 de diciembre de 1979 (País Vasco y Cataluña) y 25 de febrero de 1983 (Extremadura, Baleares, Madrid y Castilla y León). Del 81 son los Estatutos de Galicia, Asturias y Cantabria; del 82 los de La Rioja, Murcia, Valencia, Castilla-Mancha y Canarias. Del 82 es también la Ley Orgánica de mejoramiento del Fuero de Navarra, que en esa comunidad foral tiene funciones análogas a las de los Estatutos. Con la sanción de las cuatro leyes estatutarias del 83 quedaba cerrado el mapa de las Autonomías. Luego vendrían a agregarse a ese conjunto los Estatutos especiales de Ceuta y de Melilla.

Los cuatro Estatutos del 83 habían sido elaborados en la legislatura anterior (1979-1982). Ese acuerdo fue asumido por el Parlamento elegido en octubre de este último año, en el que obtuvieron la victoria por mayoría absoluta los socialistas, que durante los cinco años anteriores habían actuado como el principal partido de la oposición.

Creo que fue el profesor Sánchez Agesta, senador real en el Parlamento constituyente, quien primero empleó la expresión «Estado de las Autonomías», explicando con ella científica y taxonómicamente la diferencia entre esta peculiar estructura del Estado español y las «federales», «regionales», etc. de otras latitudes. En unos casos —los Estados federales— son asociaciones de soberanías previas, o desarrollo del sistema así implantado (Confederación Helvétca, Estados Unidos). En otros, los «regionales», suelen quedarse en una distribución de funciones administrativas.

El Estado de las Autonomías no trocea la soberanía nacional. En él la distribución de competencias entre Gobierno de la nación y las comunidades autónomas no se hace por «vía de delegación», como si fuera una mera remodelación del anterior sistema provincial, con sus diputaciones y los órganos insulares análogos. En los asuntos de su competencia, y dentro de su territorio, las instituciones de las comunidades autónomas poseen un verdadero poder político y administrativo, con capacidad de legislar en un sistema parlamentario de sufragio universal, análogo en elección y funcionamiento al común del Estado.

Hay, naturalmente asuntos que son competencia directa del Gobierno nacional y de su parlamento, como la política exterior (comprendida la Unión Europea), la defensa, la hacienda y la economía nacional, la justicia y la fe pública, la seguridad, las políticas sociales y de empleo, la investigación o la parte de I+D que tiene un carácter general, las infraestructuras —salvo las meramente regionales—, las telecomunicaciones etc. Más la legislación básica sobre esas y otras materias como sanidad, educación, agricultura, industria, medio ambiente, etc.

Como consecuencia del establecimiento de las comunidades autónomas han pasado a depender de ellas, en gran número, los funcionarios del Estado, sin que haya tenido que perderse el carácter nacional de la función pública. Por ejemplo, las universidades están transferidas a las comunidades autónomas, pero las normas básicas que rigen su estructura y funcionamiento están establecidas por el Parlamento nacional, como ocurre con la selección del profesorado funcionarial y permanente de las universidades públicas, que se ha de realizar mediante concursos nacionales con tribunales o jurados de carácter también nacional. Con las competencias que están actualmente transferidas a todas ellas, no sólo han pasado a estar adscritos a las comunidades miles de empleados de la función pública, sino que entre las Autonomías y los Entes Locales realizan y administran la mitad del gasto público del Estado.

VALORACIÓN DE LA ACTUAL ORGANIZACIÓN TERRITORIAL

El autor de esos comentarios no comparte la idea que algunos políticos o estudiosos mantienen sobre la necesidad del cambio o reforma del Título VIII de la Constitución. La nueva organización territorial del Estado que a su amparo se ha generado es ya un hecho que ha sido asumido por la opinión pública y por el común de la ciudadanía. Hace unos años se pensaba que iba a generar odiosas desigualdades y privilegios para ciertos territorios. La ampliación de las transferencias de competencias a todas ellas, fuera cual fuera el artículo constitucional que sirvió de marco a su nacimiento, ha desmentido esas prevenciones. No han desaparecido las provincias, aunque sus organismos públicos y sus autoridades tengan unas funciones distintas a las

de antes. Los ciudadanos en general saben muy bien cuál es su provincia y cuál su comunidad autónoma y las relaciones que han de mantener con los servicios públicos de una y de otra.

No querría el autor de este ensayo ponerle fin sin evocar con respeto y estimación la memoria del humanista y político granadino Javier de Burgos (1778-1848), ministro de Fomento en el primer Gobierno del reinado de Isabel II. En noviembre de 1833 Javier de Burgos asumió la responsabilidad de la reforma de la distribución del territorio de España en provincias. Se hizo con tanto acierto, o tan buena fortuna, que esa organización provincial está todavía vigente, sin que se haya introducido en ella más modificación importante que la partición en dos de la que fue única provincia de Canarias.

En el decreto de 1833 las provincias aparecían agrupadas en las regiones históricas, con sus nombres tradicionales, pero sin atribuir a estas «regiones» ninguna significación administrativa o política, ni siquiera darles el título de «región». Eran las regiones que mi generación aprendió en su geografía de España de la escuela primaria: Galicia, Asturias, León, País Vasco, Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía, etc.

La división provincial de 1833 estuvo precedida, desde casi medio siglo antes, por otros ensayos y estudios geográficos, históricos y censales. Apoyándose en ellos, la distribución política y administrativa que se conoce con el nombre del ministro De Burgos siguió criterios de racionalidad y respeto a la historia y a la cultura de los diversos territorios. Se buscó, por ejemplo, que fuera posible llegar a la capital desde cualquier localidad de la provincia en el espacio de un día, con los medios de transporte de entonces. Pero toda la división de los espacios estuvo presidida por el sentido histórico del cumplido humanista granadino que había traducido a Horacio, probablemente durante los años —cinco— que estuvo exiliado por «colaboracionista» con el gobierno de los afrancesados de José Bonaparte.

No es el menor mérito de la distribución territorial de Javier de Burgos que el mapa de las comunidades autónomas haya respetado literalmente y con general aceptación los límites de las provincias que se habían fijado en un decreto de siglo y medio antes. ◆ ANTONIO FONTÁN

La ilegalización de Batasuna

por **FELIPE SANTOS**

El pasado 29 de junio entró en vigor la nueva Ley de Partidos Políticos. Una ley que nació de las reuniones del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, firmado entre las dos principales formaciones políticas del arco parlamentario: PP y PSOE. Ambas consiguieron atraerse el voto de Coalición Canaria y CIU, y conformar una mayoría que permitió a la nueva ley salir a la luz con un alto grado de consenso.

La redacción del articulado de la ley apuntó directamente a Batasuna, formación que desde sus anteriores siglas (Herri Batasuna y Euskal Herritarrok) ya vino desafiando al orden constitucional y democrático al amparar y apoyar la, para ellos, «lucha armada» de ETA, que no es otra cosa que la eliminación del rival político por el asesinato y la amenaza permanente. La democracia española se acabó de dotar de una ley que podría permitirle ilegalizar una organización presente en la vida política desde la Transición. ¿Por qué ahora y no antes?

Siempre existió, y aún existe, el convencimiento de que el mundo de ETA necesitaba tener una expresión política que permitiera, con el tiempo, su integración en la vida democrática y, de esta manera, dejar las armas. Incluso, algunos confiaron en que la propia formación política hiciese de interlocutora en un posible proceso de paz. Esto es lo que se ha conocido como el *modelo irlandés* que, como su propio nombre indica, de momento sólo ha servido para Irlanda.

Tanto en las conversaciones de Argel como después de la tregua de 1998, ETA siempre ha dejado muy claro que no tiene interlocutores interpuestos y siempre ha negociado directamente. Su brazo político tan sólo

es eso, un elemento más de toda la estrategia que dirige la organización terrorista: desde organizaciones sindicales hasta medios de comunicación y organizaciones juveniles. Todo un entramado dirigido al *agitprop* de los fines de la acción terrorista. Tras la firma del Pacto de Estella, el nacionalismo moderado esperaba que, aceptando los fines políticos de ETA, ésta dejara de matar y permitiera a Euskal Herritarrok (en aquel momento) incorporarse de pleno a la vida democrática. El espejismo de Otegi como el nuevo Gerry Adams duró exactamente lo que ETA tardó en obligarle a dar marcha atrás en sus muchas manifestaciones. El 3 de diciembre de 1999, ETA ponía fin a la tregua, y el 21 de enero de 2000, mataba en Madrid al teniente coronel Pedro Antonio Blanco. Y Arnaldo Otegi volvía a ser el de siempre.

La frustración que provocó, tanto en el País Vasco como en el resto de España, que ETA volviera a las armas empezó a dibujar lo que hoy se ha propuesto desde las instituciones y desde las instancias judiciales: que un partido político no puede vivir de espaldas a los principios y a las normas constitucionales que le permiten existir como tal.

El 4 de agosto estallaba un coche bomba frente a la casa cuartel de la Guardia Civil en Santa Pola (Alicante). ETA volvía a atentar en una de las localidades más turísticas de España, sólo que esta vez la explosión se llevaba por delante la vida de una niña de seis años, hija de un guardia civil, que jugaba en su habitación, y la de un jubilado que esperaba el autobús en la parada de enfrente. La indignación volvió a palparse en las calles de la ciudad el día de los funerales y toda la atención se centró en la reacción de los portavoces de Batasuna, con la nueva Ley de Partidos ya en vigor. Como era de esperar, no hubo condena del atentado, que se volvió a interpretar (a justificar, en definitiva) como una consecuencia del «conflicto político que vive Euskal Herria» y que el presidente del Gobierno era el «responsable en primera persona», ya que en su mano está el solucionarlo, «(construyendo) una alternativa sin vencedores ni vencidos».

El debate, pues, estaba y está servido. ¿Sirve o no sirve una supuesta ilegalización para la lucha antiterrorista? ¿No es un riesgo que el Congreso de los Diputados inste un proceso que puede ser interrumpido en cualquiera

de sus instancias judiciales: Tribunal Supremo, Tribunal Constitucional y Tribunal de los Derechos Humanos de Estrasburgo? ¿Cuál será la reacción de los ciudadanos del País Vasco? ¿Contribuirá esta medida a ahondar aún más las diferencias de percepción entre ellos y el resto de España?

Que la ilegalización de Batasuna no va solucionar el problema de forma definitiva, es evidente. Lo ha reconocido el propio Gobierno y es bueno que así lo haga, para que no se generen falsas expectativas. Pero no todo debería evaluarse en términos estrictamente de utilidad. El proceso abierto tiene mucho de reivindicación ética de la democracia ante el atropello terrorista. Carlos Martínez Gorriarán decía en *Abc* que «la justicia democrática no es solamente algo que administran los magistrados sobre la base de las leyes parlamentarias, sino también una acción constante por la equidad y la libertad generales que debe concernir a todos los ciudadanos».

La lucha contra el terrorismo es demasiado compleja como para que existan fórmulas mágicas que, en un momento dado, surtan un efecto fulminante. La ilegalización no es la panacea, pero tampoco es inocua: el 13 de agosto, ETA salió en defensa de su brazo político, justificó el atentado de Santa Pola y amenazó a todos los grupos políticos que votaran a favor en el pleno que tendría lugar trece días más tarde. Más que perder un interlocutor (ya vimos que ETA siempre negocia directamente) es posible que con la ilegalización de Batasuna se gane margen de negociación. Según expertos en seguridad, este tipo de conflictos siempre acaba en una mesa de negociación: bien para rendirse, bien para negociar de igual a igual, o bien para aceptar la rendición del contrario. Que ETA pierda su brazo político y que cualquier intento de volver a engendrar un partido político esté amenazado con la ilegalización mientras se complemente con la estrategia terrorista, puede convertirse en un elemento de desgaste importante a largo plazo. Como ha dicho Kepa Aulestia estos días en *La Vanguardia*, «la responsabilidad última de la continuidad de la izquierda abertzale corresponde a ella misma».

A la iniciativa votada por el Congreso de los Diputados el pasado 26 de agosto se le sumó el mismo día un auto del juez Garzón por el que suspendía las actividades de Batasuna por un periodo de tres años

al hallar fuertes conexiones de este partido y algunos delitos terroristas. Las posteriores providencias emitidas por el juez limitando la capacidad de manifestarse de este partido político, han desatado las críticas sobre las acciones del juez de la Audiencia Nacional. Sea como fuere, la instancia del Gobierno ante el Tribunal Supremo por encargo del Congreso y la acción judicial llevada a cabo por Garzón se complementan en un acoso sin precedentes contra todo el mundo legal que apoya y ampara a ETA. Es evidente que existen riesgos de que algún recurso salga adelante y que el proceso sufra vaivenes. Ello dependerá de la pericia con que se hayan conducido las instancias ministeriales y judiciales. Pero desaconsejar que el Congreso sea quien impulse al ilegalización de un partido por miedo al éxito del proceso supondría pasar por alto el valor intrínseco de una iniciativa votada por el 88% del Parlamento, es decir, de la institución donde están representados todos los ciudadanos.

Tampoco hay que olvidar que no es la única ley europea. Además de la última ilegalización decretada en Francia, la del partido al que pertenecía el terrorista que atentó contra Jacques Chirac, está la propia Constitución alemana; la única carta magna que prevé la posibilidad de prohibir partidos «que, por los objetivos o la actitud de sus partidarios, intentan atentar contra el orden fundamental, liberal y democrático, o invertirlo o comprometer la existencia de la República Federal de Alemania».

La buena noticia es que, desde los procesos abiertos contra Batasuna comenzaron su curso, la llamada a la movilización por sus líderes apenas ha surtido efecto. Quizás es la consecuencia de una sociedad que, además de hastiada por una situación que dura casi más de treinta años, sigue viviendo al margen de la política. Cuando se declaró la tregua en 1998, había una opinión generalizada que recorría las calles del País Vasco: «Ahora, que lo solucionen los políticos». Bien es verdad que esto se producía después de las movilizaciones sin precedentes que tuvieron lugar desde el secuestro de Julio Iglesias Zamora y que alcanzaron su momento álgido con el asesinato del concejal de Ermua, Miguel Angel Blanco. Pero la polarización política que se abre con la deriva

Por fin una tarjeta a tu medida

Con la nueva Tarjeta **hop!** si lo quieres, lo tienes.
Es gratuita. Cada mes podrás elegir qué cuota quieres pagar, incluso no pagar nada una vez cada seis meses. Y de la forma más cómoda posible, por Internet o por teléfono. Con cargo a la tarjeta **hop!** también puedes realizar aportaciones al Plan de Ahorro Juvenil de Eurovida, o a los Planes de Pensiones Europopular, aprovechando sus ventajas fiscales. Además, podrás utilizarla en cajeros. ¿Quieres conocer todas sus ventajas? Solicítala ya en:

902 36 12 36
www.bancopopular-e.com

o en cualquier oficina de:

BANCO POPULAR ESPAÑOL
BANCO DE CASTILLA
BANCO DE GALICIA
BANCO DE ANDALUCIA
BANCO DE CREDITO BALEAR
BANCO DE VASCONIA

EL FUTURO ELLOS VISA
VISA

CASTILLA Y LEÓN

EN NUEVA YORK 2002-2003

LAS EDADES DEL HOMBRE
Catedral de San Juan el Divino
26 Septiembre 2002
24 Noviembre 2002

LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS
Universidad de Nueva York
Septiembre, Octubre y Noviembre 2002

ATAPUERCA
Museo de Historia Natural
9 de Enero 2003
15 de Abril 2003

ARTE CONTEMPORÁNEO
Ace Galery
24 de Febrero 2003
27 de Marzo 2003

TESOROS
DE CASTILLA Y LEÓN
UNA ESTACIÓN CULTURAL EN NUEVA YORK

Junta de Castilla y León

soberanista del PNV al abrazar la estrategia de Estella, la tregua que se rompe unos meses antes de las generales del 2000 y la tensión que estalla definitivamente en las autonómicas de 2001 entre el bloque nacionalista y el no nacionalista, sume a la sociedad vasca, de nuevo, en una patente apatía.

Las diversas encuestas publicadas sobre los efectos de la medida instada contra Batasuna revelan, una vez más, la profunda sima que se abre entre las opiniones recabadas en el País Vasco y las del resto de España. Es una mala noticia, por supuesto, pero perfectamente entendible si nos atenemos a sus condicionantes. En el País Vasco, es difícil encontrar posiciones que respalden una política de abierto enfrentamiento con el mundo de ETA. Más cerca o más lejos, un gran número de familias conoce o le afecta directa o indirectamente la situación de algún pariente, familiar o amigo que está encarcelado por motivos terroristas. La presencia del conflicto dentro de las propias familias amenaza, en ocasiones, con dividirlas. Por eso, por el hecho de que la familia, o la cuadrilla de amigos son formas fundamentales de estructuración social, donde los elementos emocionales están por encima de los racionales, se tiende a evitar lo que es motivo de conflicto o lo que puede avivarlo. De ahí aquello que decía María San Gil, teniente de alcalde de San Sebastián y presidenta del PP vasco: «en el País Vasco, por encima de todo está la vida cotidiana. Aquí te haces autista de los problemas del mundo». Para los más interesados, es muy recomendable la reflexión que ofrece sobre las consecuencias de la violencia en el entorno familiar y social la excelente película *American History X*, sobre los grupos neonazis en Estados Unidos.

No estamos ante un proceso fácil ni breve. Entretanto, es posible que la izquierda abertzale busque una forma de reorganizarse que le permita presentarse a las elecciones locales de mayo. Le van muchas alcaldías en ello. Veremos, sobre todo, si el artículo 9.4 de la nueva Ley de Partidos se lo impide o no. Será entonces cuando podremos hacer un primer balance. ◆ FELIPE SANTOS

Tras el derrumbe de las dobles morales

Numerosos y profundos han sido en todo el mundo los efectos políticos de los atentados terroristas ocurridos ahora hace un año en Nueva York. La posición de España en el panorama internacional ha cambiado también a consecuencia de ellos. Porque si ha aumentado su responsabilidad como socio cada vez más próximo a la sensibilidad y problemas de la Administración Bush, sostiene **Pablo Hispán**, los retos que ha de afrontar en su entorno geográfico más próximo son, por otra parte, progresivamente complejos.

Cuando, el martes 11 de septiembre, los españoles contemplamos por televisión cómo se derrumbaba uno de los símbolos más característicos del capitalismo, las Torres Gemelas, y tuvimos noticia de que el Pentágono también había sido atacado, supimos inmediatamente que, después de suceso tan insólito y espectacular, el mundo nunca seguiría siendo como hasta entonces.

A diferencia de otras muchas ocasiones, el acontecimiento sorprendió a España en una posición nueva en la esfera mundial: plenamente integrada en el concierto internacional, a punto de asumir la presidencia rotatoria de la Unión Europea, miembro de la estructura de la Alianza Atlántica y apenas tres meses después de que el presidente de Estados Unidos hubiese iniciado en España, por primera vez en la historia, su primera gira oficial por Europa.

Resulta interesante considerar el contenido de esta primera visita de Bush para analizar los cambios políticos inducidos por el 11-S. Además de la sintonía ideológica y personal que se produjo entre los dos presidentes, Bush y Aznar reconocieron que el terrorismo había sido el tema fundamental de la reunión. Al mismo tiempo, Aznar manifestó su apoyo expreso al proyecto del Escudo Antimisiles, anunciado por Bush sólo unas semanas antes, y que constituía un cambio notable en la política de seguridad mantenida por Estados Unidos desde el final de la II Guerra Mundial.

Contrariamente a lo que algunos pensadores y dirigentes de la oposición señalaron en España, tales declaraciones ni eran huecas ni fueron realizadas desde planteamientos ultra conservadores. Algunos de los principales analistas y asesores de la Administración Bush, como Richard Haass o Robert Kaplan, observaron ya entonces que, en el futuro, el peligro para Estados Unidos no procedería tanto de naciones con ejércitos convencionales cuanto, sobre todo, de grupos terroristas que, gracias al progreso tecnológico, habrían podido acceder a armas de destrucción masiva. La disuasión nuclear era una fórmula útil sólo ante el riesgo de guerra entre Estados con ejércitos convencionales y con un abundante –y localizable– arsenal nuclear, de acuerdo con el modo de garantizar la paz establecido en 1972 por el tratado ABM.

Concluida la gira de junio, Bush pudo comprobar que España representaba uno de sus más firmes apoyos para realizar el cambio de rumbo en la política internacional y de defensa. No en vano, el hecho de que el terrorismo fuese el primer punto de la agenda del presidente de Estados Unidos suponía un importante avance para España, un país donde el terrorismo resulta el tema principal de preocupación de los españoles, según las encuestas realizadas por el CIS cada mes.

El atentado contra las Torres Gemelas puso en evidencia que el análisis de los asesores de Bush era, por desgracia, acertado. A partir de entonces, la Administración Bush se puso a trabajar tanto para afianzar el liderazgo del presidente como para despertar en la opinión pública norteamericana la conciencia de la vulnerabilidad de la nación.

A PARTIR DEL 11 DE SEPTIEMBRE Contrariamente a lo que cabría pensar, los españoles no podemos considerarnos espectadores pasivos del terrible atentado. Las investigaciones policiales descubrieron pronto que una parte importante de la trama terrorista se había urdido en España. Poco después, una de las redes de colaboradores de Bin Laden fue descubierta operando en territorio nacional. Aunque España no parece que sea, en principio, objetivo prioritario del terrorismo fundamentalista, sí resulta evidente que nuestro territorio es utilizado como base de operaciones, y ello nos ha otorgado un alto nivel de protagonismo, responsabilidad y colaboración en la lucha contra dichos movimientos.

Las investigaciones no tardaron en poner al régimen talibán en el centro de las sospechas, por su pasividad, y en localizar a Bin Laden en Afganistán. El hecho de que se desplazase al centro de Asia (Afganistán, India, Pakistán) el área geoestratégica de máximo interés para Estados Unidos, no supuso que España desempeñase un papel secundario desde entonces ni que los efectos políticos de los atentados dejasen de ser manifiestos. Aunque en la primera fase de la misión de la OTAN en Afganistán no intervinieron tropas españolas, sí se encuentran ahora allí, con el objetivo de restablecer el tejido social e institucional del país.

Unos meses después 11-S, España debía asumir la presidencia rotatoria de la Unión Europea. Desde 1996, la colaboración internacional había sido uno de los ejes de la política antiterrorista de los Gobiernos de Aznar. Así, la actuación conjunta con Francia y el apoyo del Parlamento Europeo se están revelando instrumentos eficaces para lograr la derrota política y policial de ETA.

Era evidente que los atentados contra Estados Unidos constituían una oportunidad inigualable para dar a la colaboración y a la lucha antiterrorista un lugar preeminente en al agenda comunitaria, sin levantar susceptibilidades. Al término de los seis meses de intensa labor política, la presidencia española puede observar con satisfacción muchos avances en este terreno: una coordinación más efectiva en la lucha contra el terrorismo, la definición de terrorismo a nivel europeo, la

puesta en marcha de la Euroorden a partir del 1 de enero de 2003, la inclusión de nuevos nombres en la lista de organizaciones terroristas, la creación de instrumentos de presión sobre las mismas (bloqueo de cuentas corrientes), etc.

De modo permanente, se ha insistido en la amenaza que supone el terrorismo para cualquier sociedad, entre otras cosas porque, en la era de la globalización, una categoría como la de "problemas internos" ha quedado notablemente difuminada. Cualquier problema que ocurra en el seno de una nación puede transmitirse al resto. Si esto era evidente en el terreno económico, en lo referente al terrorismo también lo es. Los fenómenos independentistas en Bretaña y en Córcega, que ya han dejado su sello asesino, no están desligados, por ejemplo, de lo que ocurre en el País Vasco.

En la era de la globalización, una categoría como la de «problemas internos» ha quedado notablemente difuminada. Cualquier problema que ocurra en el seno de una nación puede transmitirse al resto. Si esto era evidente en el terreno económico, en lo referente al terrorismo también lo es

El Gobierno español también ha sabido aprovechar el contexto internacional para promover, conjuntamente con el resto de la oposición democrática, una Ley de Partidos Políticos en la que se permite la ilegalización de organizaciones políticas que den cobertura institucional a movimientos xenófobos, racistas o terroristas.

Contra la opinión de quienes pretender detectar un debilitamiento del Estado (Innerarity) o la propia percepción por parte de algunos intelectuales que entienden la globalización como un fenómeno que disuelve el concepto de soberanía (Nye, Haass, etc.), la Ley de Partidos no ha hecho sino reforzar y otorgar un nuevo protagonismo al Estado a la hora de dar respuesta a fenómenos que suponen un ataque directo al orden democrático y de libertades.

IBEROAMÉRICA El 11-S ha servido asimismo para estrechar aún más las relaciones con la Administración Bush. Lo que en junio de 2001 fue un gesto significativo, pero *a priori* intrascendente, ha cobrado un significado determinante a consecuencia de los acontecimientos posteriores. Éstos han hecho de España y Estados Unidos dos naciones que comparten su condición de víctimas y que se sienten amenazadas por el terrorismo. Esto ha hecho que sus intereses sean aún más coincidentes. La invitación personal de Bush a Aznar a Camp David da cuenta de ello. Por encima de la opción, real o no, de una supuesta integración de España en el selecto club del G-8, cuyos socios quizá consideran prioritaria la incorporación de China, las posibilidades que se han abierto gracias a la similar percepción de la actualidad por parte de los presidentes Aznar y Bush, hacen que España pueda desempeñar un papel más importante en diversos escenarios internacionales.

La sintonía con Estados Unidos a la hora de abordar la amenaza del terrorismo se ha aprovechado también para analizar conjuntamente la realidad Iberoamericana. Hasta hace una década, la hegemonía política y económica en el continente americano de Estados Unidos era absoluta. La apuesta internacional, tanto por parte de las grandes empresas españolas (Telefónica, Repsol, Endesa, Iberdrola, Ferrovial, Endesa, BBVA, SCH...) como de pequeños empresarios, ha hecho que España fuera, en 2001, el primer inversor de la región. Las empresas españolas se han transformado así en competidoras directas de numerosas empresas norteamericanas.

Junto a esto, la inestabilidad política en la zona se ha incrementado notablemente a lo largo de 2002. La crisis económica y política de Argentina ha comenzado a afectar a Brasil y a Uruguay. Además, en Brasil se incrementa la incertidumbre, al estar en medio de un proceso electoral que puede dar la victoria al líder comunista del Partido de los Trabajadores, Luiz Inacio Lula da Silva. El aumento del riesgo-país y la salida de capitales, ya en marcha, ha obligado a devaluar el real, medida que en modo alguno ayudará a la economía argentina. La crisis del cono Sur, pues, no tiene visos de solución a medio plazo.

De todos modos, fue durante el golpe de Estado en Venezuela cuando las embajadas de Estados Unidos y España estuvieron más coordinadas.

Aunque Chávez no ha sido un gobernante del gusto de ninguno de los dos países, el hecho de que el empresario Pedro Carmona anunciase medidas manifiestamente antidemocráticas y regresivas le privó de cualquier apoyo internacional.

Aún así, será en Colombia donde se ponga de manifiesto el renovado espíritu de la nueva época. La llegada de Álvaro Uribe va a suponer un fortalecimiento en la lucha contra la guerrilla de la FARC. Una guerrilla que, además, obtiene del tráfico de drogas su principal fuente de financiación. El reciente impulso que la Administración Bush ha dado al *Plan Colombia* y las cada vez más evidentes conexiones internacionales entre las distintas organizaciones terroristas, obligan a España a buscar una mayor implicación en el conflicto. En este sentido, el hecho de que en Bolivia el partido de los cocaleros haya logrado un notable avance electoral y que la política de los cultivos sustitutivos esté sufriendo una importante regresión, supone un nuevo reto tanto para España como para Estados Unidos.

Por otro lado, aunque es sobradamente reconocida la capacidad y la incesante acción política del Secretario para Asuntos Hemisféricos, Otto Reich, hoy en día la política iberoamericana de Estados Unidos ocupa un segundo lugar respecto a Oriente Medio y Afganistán. En esas circunstancias, no es previsible que vaya a quedar en un segundo plano la Doctrina Monroe por parte de las autoridades americanas: para los asuntos militares y de alta seguridad el protagonismo de Estados Unidos seguirá siendo exclusivo. La gran implicación de España en el fortalecimiento de la democracia en Latinoamérica, con el creciente grado de colaboración de Fundaciones españolas con Fundaciones norteamericanas, tales como el National Democratic Institute (NDI) o el International Republican Institute (IRI); la perseverancia de los inversores; la actividad de los dirigentes políticos españoles y su sensibilidad en las organizaciones multilaterales, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio; y el hecho mismo de que España esté situada como el puente natural de Latinoamérica con la UE, son razones todas que proporcionan mayor robustez a la posición de nuestro país.

MARRUECOS

No obstante este panorama optimista, hay que señalar que no todas las circunstancias internacionales juegan a favor de España. El contencioso con Marruecos es un inconveniente notable para la política exterior y la propia relación con Estados Unidos. El rey Mohamed VI decidió retirar a su Embajador en España y ha llevado a cabo una continua política de provocaciones, al mismo tiempo que estrechaba lazos con Estados Unidos. El hecho de que el Plan Baker para el Sahara recogiese la mayoría de sus pretensiones muestra a las claras la excelente relación con los mandatarios americanos. Marruecos, que siempre ha sido el aliado de Estados Unidos más sólido en el mundo árabe, ha sabido mantener una posición pública de enfrentamiento al islamismo radical dentro de sus fronteras, al tiempo que financiaba y amparaba las acciones de grupos fundamentalistas en Argelia. La posible existencia de yacimientos energéticos en la zona hace aún más enrevesada la cuestión.

Con habilidad, Marruecos está aprovechando la oportunidad que juega su posición geopolítica para abrir nuevamente los contenciosos pendientes con España. La retirada del embajador o la invasión de la isla del Perejil no son sino aspectos parciales del problema central que supone que España sea la pieza en torno a la que gravite el nacionalismo marroquí, factor principal, cuando no único, de unión entre el pueblo y sus tiránicos monarcas.

El problema latente que representa la situación del antiguo protectorado español del Sahara y la presencia de las ciudades autónomas españolas de Ceuta y Melilla, junto con los islotes desperdigados a lo largo de la costa, no permiten vislumbrar un fácil final a las reivindicaciones alauitas.

España se ha convertido en la pieza en torno a la que gravita el nacionalismo marroquí, factor principal, cuando no único, de unión entre el pueblo y sus tiránicos monarcas

Este contencioso va a impedir, o al menos alterar en alto grado, la relación normal de España con el Magreb. La cuenca sur del Mediterráneo constituye, junto con Iberoamérica,

el ámbito natural en el que se debe hacer patente el nuevo rol que juega España dentro del contexto internacional. Es necesaria una mayor presencia española en todos los ámbitos, para tratar de incrementar la relación política, económica y cultural de nuestro país con Argelia, Túnez, Libia y por supuesto Marruecos. Son sociedades y mercados en desarrollo, en los que el contacto y la mutua relación sólo pueden traer consecuencias beneficiosas para la zona.

Aunque sea menos efectista, es sin duda mucho más beneficioso para los intereses españoles que el mayor protagonismo y peso internacional se ponga al servicio de una solución estable a los problemas entre Marruecos, Argelia, Sahara y Mauritania, que en espectaculares conferencias de paz para Oriente Medio, en las que las aportaciones políticas de España son muy escasas. En cambio, el logro de la estabilidad económica y política en el Magreb sería a todas luces una apuesta beneficiosa y podría traer la efectiva apertura de nuevos mercados. Aunque es evidente que Francia juega también un papel de primera magnitud, las reticencias existentes aún, por su pasado de potencia colonial de la zona, confieren a España una posición singular.

INMIGRACIÓN-SEGURIDAD

Junto a ello, se hace urgente la búsqueda de una solución al problema de la inmigración. El 11-S ha supuesto un aldabonazo para las sociedades europeas y, aunque los problemas de inseguridad estuviesen presentes desde hacía tiempo, no es mera coincidencia que los ciudadanos europeos hayan obligado a sus respectivos dirigentes políticos a situarlos en el primer lugar de su agenda política. Esta circunstancia puso de manifiesto los reflejos de la presidencia española, al introducir el asunto en la Cumbre de Sevilla.

Los atentados de Nueva York y Washington han hecho que las diferentes sociedades empujen a los Ejecutivos a asumir la seguridad como uno de los referentes principales de la labor de gobierno. En el resto de Europa, esta circunstancia se ha visto acompañada por la amenaza de un incremento del peso político de la ultraderecha, ligada a unas erróneas, desfasadas y miopes políticas de inmigración.

Después de varios siglos confiando en "manos invisibles" que nos devolverían un supuesto equilibrio perdido, parece que va llegando la hora de recurrir a las manos visibles de los ciudadanos para reconstruir las grietas que han aparecido en nuestro modelo cultural

Junto al binomio inmigración-seguridad, el modo en que se produce la convivencia en las sociedades occidentales con los recién llegados adquiere una importancia capital. El modelo multicultural, es decir, la convivencia en una misma sociedad entre distintas culturas absolutamente independientes, ha mostrado su fracaso real. Las sociedades occidentales, entre ellas la española, se reconocen como el producto de un mestizaje que ha durado siglos, y la integración de los ciudadanos es la única manera de lograr un verdadero avance. Aunque quizá no sea políticamente correcto hablar de las culturas en términos de la escala métrico decimal, parece que la democracia, el respeto a los derechos humanos, la libertad religiosa y la igualdad entre hombres y mujeres suponen unos valores imprescindibles para todos los ciudadanos, cualquiera que sea su procedencia, y deben ser la base sobre la que se establezca la convivencia.

La caída del Muro de Berlín puso de manifiesto, entre otras cosas, que la economía y la política no son los motores únicos de la historia, sino que la cultura es la verdadera piedra filosofal del progreso. En Occidente, al mismo tiempo que se han registrado avances importantes, aquí citados, y que constituyen uno de los pilares de nuestro progreso, se observa un cierto cansancio o anemia, una cierta incapacidad social y cultural para reaccionar ante el empuje de *los bárbaros del Norte de África y Oriente Medio*. Después de varios siglos confiando en «manos invisibles» que nos devuelvan un supuesto equilibrio perdido, parece que va llegando la hora de recurrir a las manos visibles de los ciudadanos para reconstruir las grietas que han aparecido en nuestro modelo cultural. Ese es el escenario y esos los retos a los que nos enfrentamos los españoles un año después de unos atentados que, aunque suene a tópico, nos conmocionaron. PABLO HISPÁN

Liderazgo obliga

por **LOURDES MARTÍN SALGADO**

«El liderazgo tiene sus obligaciones». Esta observación servía recientemente al secretario general de la ONU, Kofi Annan, para enmarcar la amarga crítica vertida recientemente contra actitudes y acciones de los Estados Unidos en la escena internacional. Según Annan, a los estadounidenses se les puede llenar la boca hablando de globalización, pero ésta conlleva la cooperación internacional, y en ese terreno se están «quedando cortos». El Premio Nobel refería como ejemplo el rechazo de aquel país a firmar el protocolo de Kyoto para luchar contra el cambio climático, o su negativa a adherirse a la Corte Penal Internacional, puesta en marcha con el apoyo de 77 países, incluidos los de la Unión Europea.

Pero ¿cuáles son exactamente esas obligaciones connaturales al liderazgo? Y ¿realmente están siendo incumplidas por Estados Unidos?

El liderazgo puede ejercerlo quien tiene la autoridad, es decir, quien tiene la posición de fuerza —los medios— y cree que a los demás no les queda sino seguirle. A este respecto, sin duda los Estados Unidos son líderes, toda vez que cuentan con un presupuesto de defensa equivalente a la suma de lo que gastan los ocho Estados que le siguen en el ranking de presupuestos nacionales de Defensa. Si a este poderío militar se suma su poder económico y el político, es claro que Estados Unidos podrá eventualmente cumplir sus deseos actuando unilateralmente.

Durante los últimos meses, han proliferado en Washington los artículos de análisis, principalmente con sello de los *think tanks* conservadores, que apuntan a la debilidad como principal razón por la que los Estados europeos defienden la multilateralidad. La conclusión inmediata que sigue a este análisis es que si Europa quiere tener voz propia en el

concierto internacional, más vale que lo haga con todas las consecuencias, armándose para ello. En otras palabras: si Europa quiere liderazgo, que se procure la autoridad, que se procure los medios. Y no faltan europeos que creen que, en esto, los estadounidenses están en lo cierto.

Existe, sin embargo, otro tipo de liderazgo, que es el que en nuestros días más se echa de menos, y es el que se obtiene a través de la persuasión. En este terreno, el objetivo es conseguir que otros quieran lo que tú quieres, porque merece ser querido. Es un poder «blando», que presupone que quienes comparten los desafíos y las amenazas están unidos por los fines y no deben verse separados por los medios.

Los ojos del mundo se dirigen lógicamente a quien lidera el país que es líder. Si hubiera que elegir entre todas las democracias avanzadas aquélla en la que más importa la personalidad del individuo que la jefatura más alta del Estado, esa sería con toda probabilidad la de los Estados Unidos. No únicamente por el diseño institucional de su sistema presidencial. De hecho, hasta la década de los treinta, era el Congreso el que marcaba la dirección política del país. Franklin D. Roosevelt, el New Deal y la II Guerra Mundial marcan sin embargo un cambio que llega hasta nuestros días.

El presidente norteamericano lidera porque es jefe de Estado y del Ejecutivo, es la fuente principal de iniciativa legislativa, tiene poder de veto y derecho de indulto, elabora y presenta el Presupuesto de su país, es Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas mejor preparadas del mundo y director supremo de sus operaciones, y concluye con su firma tratados internacionales. Su poder, dentro y fuera de las fronteras estadounidenses, no ha dejado de crecer desde el comienzo de la República. Y tiene que persuadir a un mundo que, no se cansan ellos de decirlo, está cada vez más globalizado. Todo eso, por supuesto, sin dejar de persuadir a sus conciudadanos. De hecho, hoy los políticos estadounidenses, y sin duda el presidente George W. Bush, están inmersos en una campaña que acabará el 5 de noviembre con las elecciones del Congreso. Y, pese a que aún no ha transcurrido un año desde el 11-S, todo indica que la economía vuelve a ser, por delante de la seguridad nacional, el gran tema de debate político.

Los asesores de Bush llevan varias semanas buscando nuevos temas, «pequeñas» cuestiones que permitan dar respuestas inmediatas y no sólo

discutir los problemas, que es con frecuencia el género que ocupa la política exterior. Al fin y al cabo, Bush *senior* ya perdió unas elecciones por aparecer ante los electores como una persona «alejada» de sus intereses. Y aunque el nombre del presidente no esté oficialmente en las papeletas, las elecciones a mitad de mandato son siempre interpretadas como un «referéndum» para reafirmar o debilitar al ocupante de la Casa Blanca.

El liderazgo interno, sin duda, también tiene sus obligaciones. Como punto de partida, el líder tiene que dar la impresión de que está en el puesto de mando, de que tiene y mantiene el control, de que se hace cargo de la situación. El pasado mes de julio, una encuesta de *The New York Times* / CBS mostraba que los ciudadanos persuadidos de que el presidente era la persona que mandaba en la Casa Blanca (un 45% de los encuestados) igualaban a aquellos otros convencidos que eran otras personas las que gobernaban. Y esos «otros» no son sino las grandes corporaciones, las grandes empresas, en un momento en el que, tras los grandes escándalos que han sucedido al de Enron como fichas de dominó, tienen ciertamente una crisis de credibilidad. Bush ya ganó las elecciones como el presidente de las grandes empresas, contra un oponente cuyo mensaje era ciertamente más populista. Pero entonces las grandes empresas no eran las grandes culpables. En suma, el hombre al mando del Ejército más poderoso del mundo no es percibido por muchos de sus conciudadanos como una persona al frente de su propia casa.

Este es el contexto, no demasiado halagüeño, en el que Bush debe decidir si ejercer su liderazgo internacional por imposición o a través de la persuasión. Nadie puede negarle la capacidad de actuar unilateralmente. Pero es cierto también que los asuntos en juego son multilaterales. La lucha contra el terrorismo, sin ninguna duda.

Por eso el liderazgo de hecho debería estar inmerso en un liderazgo persuasivo. El líder no debe actuar únicamente en su interés, ni dejar que así parezca. Debe negarse a sí mismo el derecho de hacer siempre lo que quiera, aunque pueda. Debe tener en cuenta a los demás y escuchar a los discrepantes. Ser capaz de poner a todos a trabajar en objetivos que son de todos. Son ésas las obligaciones del liderazgo. ◆ LOURDES MARTÍN SALGADO

LA EDUCACIÓN A PRUEBA

Café para todos, adiós

Próxima ya la eventual aprobación de la Ley de Calidad, los profesores, doctores y gestores del mundo educativo que han colaborado en la publicación, objeto de este comentario, brindan criterios claros para evaluar los pros y contras del actual sistema educativo español y avanzan algunas soluciones para resolver sus desajustes. *La educación en España*, que coordina el rector Puyol, está llamado, por su ambiciosa perspectiva y sus sólidos resultados, a situarse, según **Mercedes Ruiz Paz**, entre los libros de gran calado en la esfera del análisis y la reflexión sobre las tareas educativas.

Si hablamos, para empezar, de la Enseñanza Secundaria, el primer conflicto al que nos enfrentamos es el de la aparente imposibilidad de ponerse de acuerdo sobre el tipo de enseñanza y formación que este nivel ha de impartir: ¿educación comprensiva o educación diversificada?

HISTORIA RECIENTE DE LA EDUCACIÓN BÁSICA

La Ley General del año 70 hacía efectiva una Educación General Básica (EGB), obligatoria y gratuita hasta los 14 años. A partir de ahí, el alumno podía cursar el Bachillerato Unificado Polivalente (BUP) o la Formación Profesional (FP). La incorporación de la totalidad de los alumnos al sistema escolar se hizo a través del modelo comprensivo que, básicamente, trataba de proporcionar el mismo tipo de enseñanza, al mismo ritmo y en las mismas aulas a todos los alumnos.

El modelo estaba directamente importado de la *Comprehensive School* inglesa, que el laborismo impuso hace ahora treinta años y que era el que se defendía entonces como el único con pedigrí democrático, igualitarista y antielitista —lo mismo para todos—. Al final de la EGB española, existía una doble titulación: el Graduado Escolar para los que superaban los niveles exigidos en EGB; y el Certificado de Escolaridad, para los que no.

En la década de los 80, el furor igualitarista se disparó y la doble titulación se consideró entonces un elemento que marginaba a un sector de alumnos. Para corregir ese *desvío* surgió una nueva ley educativa, la LOGSE, que instauraba la promoción automática (todos los alumnos aprueban independientemente de sus resultados) y ofrecía (o más bien regalaba) la titulación única. Esta fue una decisión política y no una necesidad académica.

Con la LOGSE se amplió la Educación Secundaria Obligatoria (ESO) hasta los 16 años, lo que supuso un importante logro social. De un país que enseña durante más tiempo a sus jóvenes se espera una población más culta, sensible y mejor formada. Pero en el momento de elegir el tipo de modelo de educación para la Secundaria Obligatoria (12 a 16 años) se impuso de nuevo el modelo comprensivo. Este modelo ofrece buenos resultados en Primaria, donde justamente no se precisan opciones diferenciadas, pues todos los alumnos están igualmente comprometidos a adquirir los fundamentos y herramientas básicas; pero fracasa con un alumnado personalmente más maduro y, por ello, más selectivo en sus gustos y con unos intereses y aptitudes también más diferenciados. Hasta completar la ESO, todos los alumnos se ven obligados a permanecer en un único itinerario, sin elecciones ulteriores más

LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA. LOS DESAFÍOS DE LAS NUEVAS NECESIDADES

DIRIGIDO POR RAFAEL PUYOL

Price-Waterhouse Coopers
Madrid, 2002
230 páginas

ENTREVISTA A LA ENSEÑANZA

A cargo de Carmen Leal

Grupo Unisón Ediciones
Madrid 2002, 274 páginas

La editora, catedrática de Lengua y Literatura española en un instituto de Barcelona, realizó entre enero de 2000 y diciembre de 2001 una serie de entrevistas a catedráticos, historiadores, lingüistas, filósofos, artistas, escritores, periodistas, científicos y algunos especialistas extranjeros, sobre la situación de la Enseñanza Media en España. Esas entrevistas fueron publicadas en la revista digital www.docencia.com y, junto con otras añadidas posteriormente (como la realizada a la ministra de Educación y Ciencia en mayo de 2002, que cierra este volumen), aparecen editadas bajo un mismo título en un momento que no podía ser más oportuno. Entre los méritos de Carmen Leal, además de la elección de los entrevistados, está la variedad de registros que emplea con cada uno de ellos y la capacidad de adaptarse a lo que sabe puede ser la aportación más valiosa del entrevistado en materia de educación. Cada entrevista se abre con un perfil profesional y bibliográfico de las dos docenas largas de entrevistados, que resultan muy oportunos para el aprovechamiento de lo que viene a continuación. Un libro oportuno y de calidad; imprescindible.

acordes con sus preferencias individuales. El mismo sistema crea así una bomba de relojería que estalla en forma de violencia, objeción escolar o simplemente de desmotivación y aburrimiento. Se dota a la Secundaria de suficientes recursos, pero se obtienen deficientes resultados, que gravitarán inevitablemente sobre los estudios de bachillerato o formación profesional posteriores.

Tres nuevas formas de ir a BBVA

BBVA net

BBVA móvil

Canal BBVA

Ahora acceder a BBVA es todavía más cómodo y sencillo. Desde su ordenador, su teléfono móvil WAP o su televisor, puede hoy en día realizar sus gestiones bancarias ganando en comodidad.

Conocer el estado de sus cuentas, invertir su dinero en bolsa, realizar cualquier tipo de consulta sobre sus tarjetas de crédito, Planes de Pensiones o Fondos de Inversión, hacer transferencias, traspasos, etc., son operaciones que puede realizar, con el único requisito de ser titular de una Tarjeta BBVA.

Puede elegir entre varias opciones, operativas a través de:

- Su ordenador y a través de internet, accediendo a BBVA net.
- Un teléfono móvil con tecnología WAP, utilizando nuestro servicio BBVA Móvil.
- Canal BBVA, que le permite acceder a toda la información a través del mando a distancia de su televisor. Basta con estar abonado a una Plataforma Digital y conectar su descodificador.

Si desea ampliar información, llame a Línea BBVA 902 22 44 66, o visite nuestra página web www.bbva.es

BBVA

Banco Bilbao Vizcaya Argentaria

CENTRO CULTURAL DE LA VILLA DE MADRID

Una producción de JUANJO SEOANE para Rosas de Otoño, S.L.

CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR

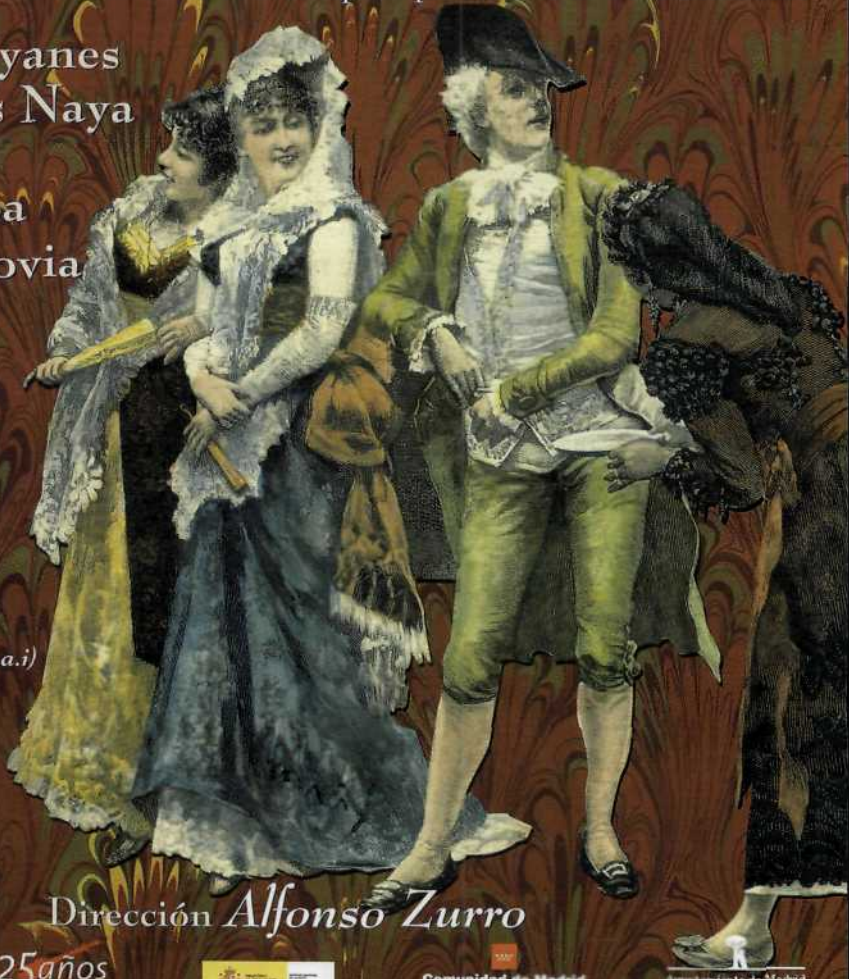
de PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA adaptada por ADOLFO MARSILLACH

Mª José Goyanes
Juan Carlos Naya

Con

Alfredo Alba
Marisa Segovia

Manuel de Aguilar
Yolanda Diego
María Felices
Antonio Mayans
Isidro García
Jorge Seoane



Figurines
León Revuelta

Iluminación
Juan Gómez Cornejo (a.a.i)

Escenografía
Alfonso Barajas

Gerente
José Ángel García

Producción Ejecutiva
Mª Dolores Font

Dirección *Alfonso Zurro*

CENTRO CULTURAL DE LA VILLA
Sala Guirau

25 años

Comunidad de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LA HORA DE LA DIVERSIDAD

Esta situación ha de ser reconducida. Una posibilidad, de la que la futura Ley de Calidad se hace eco, es comenzar una vía de diversificación a partir de los 14 años, que ofrezca al alumno diferentes opciones. Junto a asignaturas comunes, se crearán dos itinerarios a partir de los 14-15 años: el Tecnológico y el Científico-Humanista; y otros tres a partir de los 15-16 años: Tecnológico, Científico y Humanista. Es un modo de entender y aceptar que personas con diferentes intereses y aptitudes tienen cabida en la enseñanza.

Fue un logro de la LOGSE que la Secundaria pasara a considerarse básica para todo ciudadano. Pero se produjo un equívoco peligroso: se supuso que recibir enseñanza reglada hasta los 16 años significaba que la única enseñanza posible, o inclusive recomendable, era una educación comprensiva de carácter general y básico. A causa de este equívoco, a la postre, los institutos se convirtieron, a la postre, en una extensión de los colegios de Primaria, prácticamente. Se ha producido una infantilización general del alumnado y, quizá por ello, se ha exigido al profesorado de Secundaria que cambie su papel docente por uno nuevo, con más peso en materias como la pedagogía, la psicología o las teorías de la motivación. El nuevo orden ha impuesto un cambio en el perfil del profesorado, que no ha beneficiado a los alumnos y que a menudo ha hecho disminuir el nivel de enseñanza.

> «El propósito de determinadas campañas por parte del nacionalismo, como la de los presos de ETA y todo el sentimentalismo, el falso humanitarismo que ha logrado despertar entre la población, no es otro sino el de humillar al Estado y recortar los ámbitos de libertad. El propósito es destruir poco a poco el entramado constitucional en el País Vasco. El nacionalismo en el País Vasco es ante todo un fenómeno de odio a la ley. Lo que realmente no soportan los nacionalistas es que exista una ley que hace iguales a todos los ciudadanos del Estado. Aunque la gran incongruencia del nacionalismo, ya detectada por Unamuno, es que existan ciudadanos de primera y de segunda categoría si todos pagan los mismos impuestos»
>
> Jon Juaristi, *Entrevista a la enseñanza*, p. 30

«Los nacionalismos tienden a romper dos cosas. Primero, el proceso de continuidad que hay en la Historia de España. No les interesa que aparezca una secuencia de España desde los romanos hasta hoy, por poner un ejemplo. Se enseña la Historia de una manera discontinua para ocultar la evidencia de que la Historia de España es de continuidad hacia la construcción del Estado de la nación española. Segundo: niegan la Geografía porque la geografía da idea de globalidad. Hay que negar la evidencia. Esto se lleva a todos los terrenos, desde la televisión hasta los partes metereológicos»

César Alonso de los Ríos, *Entrevista a la enseñanza*, p. 37

El carácter comprensivo consolidado por la ESO, la extrema heterogeneidad de las aulas y las amplias diferencias de nivel e intereses entre los alumnos obligaron a establecer la llamada *diversificación curricular* o preparación de un plan de estudios a la carta para cada uno de aquellos alumnos que, por baja capacidad, nulo interés o pésimo comportamiento, no alcanzaba los objetivos mínimos del curso. Cada uno llevaría adelante su propio programa adaptado y sería evaluado por a sí mismo y no respecto a un baremo externo. Como consecuencia de no haber diversificado a tiempo, pues, hemos llegado a un sistema que hace difícil la homologación, por falta de un baremo común aplicable a todo el alumnado: hemos llegado a un sistema cuya capacidad de evaluar se ha hecho menos fiable.

TURBULENCIAS AUTONOMISTAS

No es éste, sin embargo, el único motivo por el que la Enseñanza Secundaria resulta de difícil homologación. El papel de las administraciones autonómicas a este respecto ha sido decisivo. En el gran debate sobre qué debe transmitirse a las nuevas generaciones, la sociedad civil y sus expertos, profesores e investigadores han sido injustamente relegados y el debate se ha trasladado, en forma de polémica, a la arena política. La LOGSE, según reza su preámbulo, se hizo para abrir el sistema educativo a la nueva estructura autonómica del Estado, atendiendo a una concepción educativa más descentralizada. A la vista de lo que ha sucedido después, cabe pensar que no todas las administraciones autonómicas han actuado honestamente

en materia educativa, ni con sus propios ciudadanos ni con el resto del país.

Los nacionalismos localistas han desarrollado una actividad desestabilizadora en lo político que se ha incorporado a la escuela bajo la especie de una preparación frágil y deficiente. Su tendencia a la exclusión y a la ruptura de la cohesión social ha llegado a la educación en forma de conflicto para acordar el conocimiento común que debe ser transmitido a todos los alumnos. La tensión entre el Estado y las comunidades autónomas respecto a las materias comunes que debían figurar en el plan de estudios, lo mismo que el contenido de esas materias, ha terminado en ocasiones por llegar al Tribunal Constitucional.

En el libro que aquí comentamos, *La educación en España*, se encarece el logro de la armonía por vía al respeto de los principios constitucionales. Pero, a la vista de la situación alcanzada, no parece posible llegar a tiempo para poner por obra este consejo. En la actualidad y en la práctica, no existe un sistema educativo común con alguna que otra diferente característica en cada comunidad autonómica, sino más bien diecisiete subsistemas diferentes, que los respectivos nacionalismos blindan tenazmente

Hay libros de texto de Educación Secundaria Obligatoria (de 12 a 16 años) en los que «el derecho de autodeterminación de los pueblos» es presentado como la forma de llegar a una «plena democracia». ¿Qué opina de ello?

«Los pueblos se autodeterminan cuando hacen una Constitución, que, en definitiva, no es otra cosa que una Carta en la que se establecen los derechos, deberes y garantías de los ciudadanos y la organización del gobierno de la cual quieren dotarse. Es ahí donde está la autodeterminación originaria, que es refrendada de forma continua mientras el Estado existe. La secesión de una parte del territorio de un Estado es algo distinto, que es legítimo obtener siempre que sea por medios democráticos: utilizando las libertades públicas y a través de los cauces democráticos. En la escuela hay que explicar bien las cosas y saber que «el derecho de autodeterminación de los pueblos» que figura en la Carta de las Naciones Unidas es un derecho de naturaleza internacional, al que se acogieron los países que querían descolonizarse»

Francesc de Carreras, *Entrevista a la enseñanza*, p. 49

«En el Parlamento Europeo, existe una preocupación por el descenso vertiginoso del nivel de la enseñanza en toda la Unión. En países europeos que no son el nuestro, también se padece este problema, aunque no es tan grave como en España. La enseñanza en los Liceos en Francia, que era legendaria, o de los Gimnasios en Alemania ha experimentado un descenso. Creo que este tipo de *fenómeno tan preocupante deriva de* una cierta concepción de la izquierda sobre la educación que, como en otros aspectos de la vida, huye del nivel de exigencia, del rigor, de todo l oque sea sacrificio. Se busca la facilidad, la complacencia, y eso al final se paga caro. Si queremos que la Unión Europea sea una primera potencia económica, técnica y científica en el mundo, habremos de reforzar nuestros sistemas educativos»

Aleix Vidal-Quadras, *Entrevista a la enseñanza*, p. 45

frente a lo que consideran injerencias del exterior.

¿Era este el modelo de escuela al que aspirábamos cuando en España no había un régimen democrático? Algunos creemos que no.

CONEXIÓN SECUNDARIA-UNIVERSIDAD

Son bastantes las posibles soluciones que los colaboradores de este libro apuntan para la Enseñanza Secundaria. Algunas están en conexión con la ulterior incorporación de los bachilleres a la universidad. Se queja el profesorado universitario del inferior nivel con que llegan los alumnos a sus aulas, pues adolecen agudamente de método, de madurez y de conceptos y procedimientos consolidados.

Señalan asimismo algunos desajustes de programación de no poca importancia. La UP de Cataluña, por ejemplo, ha observado la llegada a su facultad de Físicas de alumnos que en su vida han estudiado Química, una optativa del Bachillerato que nunca se vieron ni precisados ni invitados a escoger. El sentido común aconseja hacer obligatorias determinadas materias en función de los estudios que se cursarán posteriormente.

En opinión del profesorado de Secundaria, son precisos cambios en el plan de estudios, en los métodos y contenidos y en la exigencia educativa, a la vista del futuro ingreso en la universidad. Un reajuste de las horas dedicadas a unas u otras disciplinas puede evitar problemas en una universidad

que, ahora, se encuentra en la situación paradójica de tener que preparar ella misma el buen alumnado al que aspira. Así, en el curso 1999-2000, la facultad de Matemática de la universidad Complutense de Madrid ponía en marcha un «Curso Cero» para conseguir que los alumnos alcanzasen el nivel necesario para cursar el primer curso con unas mínimas garantías de éxito. La UP de Valencia informa en junio al nuevo alumno del nivel que se le exigirá en octubre, para que trate de alcanzarlo durante el verano. Otras facultades dedican 5 meses a colocar a los alumnos en el nivel mínimo exigible.

Cuando estos años pasados se ha hecho tanta publicidad acerca del número cada vez mayor de alumnos que aprobaban la prueba de acceso a la universidad, no se ha dicho que cabía hacer otra lectura de esa estadística: que el grado de dificultad de la prueba era progresivamente menor. El tiempo y la realidad han confirmado que esta segunda interpretación no andaba descaminada.

No sólo el bajo nivel de preparación es un inconveniente en el momento de acceder a la universidad. El mundo universitario se queja de la escasa información con que los alumnos realizan la elección de sus estudios.

«Somos un país emergente, que económicamente ha tenido su oportunidad y la ha sabido aprovechar tanto en lo económico como en lo político. Pero ha generado un patrón humano y ético: el del «nuevo rico». Es necesario primero tener conciencia de esta realidad que nos afecta a todos, porque todos formamos parte de ella, y después hay que corregirla. Las verdaderas culturas, los países que de forma más sólida tienen un papel preponderante en nuestro mundo, saben combinar la necesidad de tener una cultura económica con una cultura humanística y una verdadera y sólida formación en el ámbito tecnológico y científico. A mí me da la impresión de que aquí vivimos con una mentalidad milagrera con relación a la economía, que nos deja desguarnecidos ante el patrón el personaje afortunado que de pronto se encuentra con una situación económica preponderante. Creo que es urgente salir del síndrome del nuevo rico y crear una cultura más sólida y más arraigada en valores que den más cuenta de la totalidad de la experiencia humana»

Eugenio Trías, *Entrevista a la enseñanza*, pp. 87-88

«Conozco a padres de alumnos de Enseñanza Secundaria que reconocen que no pueden meter en cintura a sus hijos, pero que cuando el profesor toma cualquier medida coactiva van con una tranca a esperar al profesor. Es decir, que la capacidad de coacción que ellos no pueden ejercer sobre sus hijos, la van a ejercer sobre el profesor. Eso, evidentemente, no puede ser, porque lo que se crea es mayor situación de violencia. Esa permisividad, y en el País Vasco tenemos una vasta experiencia, la impunidad, es un caldo de cultivo de la violencia. Estos chicos que a los veintitrés años ponen una bomba o pegan un tiro en la nuca a un jubilado, si a los quince o dieciséis hubieran encontrado mano dura, poca comprensión y poco apoyo en los primeros desmanes que cometieron, no se hubieran convertido en asesinos. La tolerancia y la simpatía con las que se les dejó funcionar a los 15 y 16 ha terminado por convertirles a los 22 en unos desgraciados de por vida. Esto es lo que yo creo»

Fernando Savater, *Entrevista a la enseñanza*, p. 99

Tal vez la recuperación de una figura parecida al desaparecido «coordinador de COU» pudiese paliar el problema. Se propone como una vía importante de coordinación con la universidad por su capacidad para asesorar a los alumnos y por conocer los requisitos de entrada a la universidad. En la actualidad, un porcentaje significativo de alumnos abandona o cambia de carrera al final del primer curso, lo que sin duda ha de atribuirse a la mencionada falta de información.

Hay otras fórmulas de colaboración posibles y, al mismo tiempo, enriquecedoras para la propia universidad, a la que se refieren los autores del libro. Una de ellas consiste en la posibilidad de promoción del profesorado de instituto a la universidad. No ha existido una política eficaz de formación del profesorado de Secundaria. Esta formación ha oscilado entre los cursillos universitarios y otros impartidos por unos centros específicos para la formación y «reciclado» del profesorado, orientados sobre todo a hacer proselitismo de la ideología pedagógica hegemónica. No ha existido, en consecuencia, una política clara de promoción del profesorado de Secundaria que, sin embargo, ha visto cómo los maestros accedían por la puerta falsa a los institutos bajo el pretexto

—legalizado— de acompañar a los alumnos de 1º y 2º de ESO en su estrenada incorporación a los centros de Secundaria.

OTROS PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD

Hay que añadir, por justicia, que no es éste el único motivo por el que se han bloqueado las vías de promoción para estos profesionales de la enseñanza. El rector Puyol llama la atención sobre sistema universitario mismo que, arropado por una legislación permisiva, se ha blindado frente al exterior, en lo que a personal docente se refiere. Es la endogamia universitaria según la cual, por ejemplo, al tribunal de oposición de un profesor Titular han de incorporarse dos miembros del departamento al que pertenece el propio opositor. Sin duda, ello dificulta, por no decir que imposibilita, la entrada de otros candidatos y pone de manifiesto que no siempre entran en la universidad los candidatos mejores.

En la actualidad, debido a este procedimiento y a la masiva incorporación como funcionarios de los profesores no numerarios en el año 80, las posibilidades de entrada han quedado prácticamente bloqueadas hasta dentro de diez o quince años. Rafael Puyol

«Como a menudo se ha señalado, es misión del sistema educativo, entre otras, formar ciudadanos imbuidos de los valores liberales y democráticos que inspiran nuestra Constitución. Ciudadanos que posean, asimismo, una actitud crítica y tolerante para adaptarse a la intensidad del cambio y de la movilidad que caracterizan nuestras sociedades abiertas. Yo creo que esto es incompatible con planteamientos comunitarios cerrados y exclusivistas, que alienten la desconfianza y la marginación. Asimismo, resultaría inaceptable que, en un tipo de sociedad como el que he descrito, el sistema educativo, en lugar de medio y estímulo para la movilidad y el conocimiento amplio del mundo en el que nos movemos, fuera, por el contrario, una barrera entre nuestras Comunidades Autónomas. [...] Me parece que si el Estado y las Comunidades Autónomas ejercen con sensatez y espíritu de cooperación sus respectivas competencias en materia educativa, la pluralidad y la cohesión, que a todos nos interesan, pueden convivir a largo plazo, en beneficio de todos los alumnos»

Pilar del Castillo, *Entrevista a la enseñanza*, p. 267

«Los itinerarios formativos en los dos últimos años de la Secundaria Obligatoria tienen por principal objetivo ir convirtiendo la enseñanza en parte de un proyecto de futuro de cada alumno, que éste tiene que ir construyendo poco a poco, a medida que conoce mejor sus aspiraciones de futuro y sus propias cualidades. Al mismo tiempo, los itinerarios representan una forma más racional y mejor adaptada de organizar la formación de diferentes grupos de alumnos, unidos por la afinidad de sus intereses, y a los que los profesores podrán atender mucho mejor que con la extrema heterogeneidad de la situación anterior. Cada alumno tendrá la ayuda de los profesores del centro y de sus padres para efectuar su elección, la cual, sea cual sea, no lo olvidemos, tiene un contenido dominante de enseñanzas comunes, como corresponde a las edades entre los 14 y los 16 años. Ahora bien, nosotros somos coherentes con la idea básica de que, en última instancia, la decisión es del alumno y le corresponde a él decidir»

Pilar del Castillo, *Entrevista a la enseñanza*, p. 271

estima que la solución a este problema pasaría por *desfuncionarizar* (sic) la universidad. No es preciso que todo el profesorado sea funcionario con plaza vitalicia. Otras universidades reservan un porcentaje de plazas para el profesorado fijo y ponen en funcionamiento fórmulas ágiles de contratación y colaboración con aquellos profesores y expertos de altísimo nivel, cuyos cursos aumentan sensiblemente la calidad de la enseñanza y el prestigio de la universidad que los contrata.

Un problema similar reconoce Mercedes Doval en lo que a movilidad se refiere. Ésta es valorada como buena para los alumnos pero no así para el profesorado, pues siempre se favorece al candidato interno.

¿Cómo lograr una universidad más abierta que no pierda por ello calidad? Se trata de un reto decisivo para el mundo de los estudios superiores. Conviene remontarse a los antecedentes —el *baby boom* educativo al que se refiere el rector Puyol—.

La explosión demográfica de los años 70 en España hizo que la educación diera prioridad a la cantidad en vez de a la calidad. Se democratizó el acceso a la enseñanza y la masificación de la institución académica acabó con la elite. A punto de superar esa masificación, la universidad es

ya una institución muy cambiada. Fueron varias las causas de la masificación: mayor prestigio social de la universidad frente a la formación profesional; la idea de que los estudios universitarios proporcionaban un estatus socioeconómico más elevado, y que ofrecían un camino directo al empleo, por ejemplo. Todos recordamos la «titulitis». Nadie debía quedarse fuera por motivos económicos, lo cual es absolutamente indiscutible; pero en lugar de hacer posible la entrada de todos los candidatos en función del talento y no de la economía, la universidad, merced a un concreto designio político, se abrió masivamente a sabiendas de que perdería en calidad.

Como el sistema no estaba preparado, la universidad se vio obligada a improvisar para poder acoger el enorme caudal humano que se le venía encima. El paisaje después de la batalla, cuando miles de titulados universitarios sobran y ocupan puestos laborales previstos para personas con un nivel de estudios inferior, es tenebroso. Dudar hoy de la rentabilidad social de la universidad, de su plan de estudios, de sus titulaciones y de su función investigadora, no es improcedente. Los autores de este libro pueden ayudar a disipar algunas de estas dudas, más que razonables.

> «La formación de nuestros alumnos en las dimensiones históricas, artísticas, filosóficas y antropológicas del hecho religioso constituye un componente esencial de su formación. Creo también que la importancia de este tipo de conocimientos se acrecentará en el tipo de sociedad religiosa y culturalmente más plural hacia la que caminamos. En un país rigurosamente laico como Francia han comprendido hasta qué punto la ignorancia en esta materia es empobrecedora y han actuado recientemente en consecuencia. De modo que con el desarrollo de la Ley de Calidad se pondrá en marcha una enseñanza lo más completa y rigurosa posible de esta materia por profesores competentes, enseñanza que será evaluable. Otra cosa es la enseñanza confesional de las diferentes religiones que se practican en nuestro país, que no experimenta cambios en la Ley de Calidad»
>
> Pilar del Castillo, *Entrevista a la enseñanza*, p. 271

Varios de ellos coinciden en que el incremento excesivo de universidades no ha beneficiado a la enseñanza superior. Muchas univer-

sidades —de régimen tanto privado como público— han proliferado sin que fuesen realmente necesarias ni tuviesen justificación académica. El crecimiento no ha conocido una coordinación interuniversitaria ni ha tenido en cuenta la demanda real de titulaciones. Un crecimiento controlado, una sana competencia no debería abocar a la mercantilización. Al Consejo de Universidades se le ha restado eficacia cuando las comunidades autónomas han autorizado la creación de muchos nuevos campus, no siempre con los niveles de exigencia y excelencia deseables. En la creación de algunos de ellos hay más de electoralismo o de vanidades personales que de necesidades estrictamente académicas. No sólo se ha desatado una fuerte competitividad entre las universidades españolas. Muchos centros privados que ofertan cursos y títulos de universidades extranjeras participan también de la competición.

Uno de los problemas que se consideran graves en el mundo universitario es la necesidad de adaptar las titulaciones al mercado de trabajo. Existe hoy un desajuste importante entre los planes de enseñanza y la demanda laboral emergente. Frente a ello, no cabe, según Pedro Chacón, buscar en el pasado soluciones para una sociedad que ya no es igual. En éste, como en otros asuntos, la comunidad universitaria ha sido en gran parte responsable por omisión, pues a menudo los estudios universitarios no se han diseñado en función de la demanda efectiva de determinadas titulaciones, sino atendiendo a los intereses y beneficios de los propios departamentos dentro de las facultades.

Tampoco cabe perder de vista que lo que la universidad ofrece, o debiera ofrecer, es algo más que un producto de mercado para tecnócratas. Un equilibrio difícil entre el cambio y lo permanente, que Rafael Puyol sintetiza así: «Tampoco estorba la permanencia de lo sustancial en un escenario falto de referencias estables y de memoria; pero debe sintonizar con los nuevos tiempos, porque imperios hubo que duraron tanto y más y se deshicieron como un azucarillo en el agua por no haber barruntado por dónde soplaban los vientos nuevos o por haber carecido de la voluntad o de la sensibilidad para adaptarse a los nuevos entornos. El cambio que la universidad necesita es el que le demanda su sociedad: mayor agi-

lidad, mayor sensibilidad a las demandas sociales, mayor liderazgo intelectual y moral. Mayor excelencia, por lo tanto».

Los inconvenientes no se refieren exclusivamente a las titulaciones o a los planes de estudio. La propia organización interna de la universidad y su relación con otras universidades saltan también a la palestra.

¿Cómo funciona la universidad española? Mirada con cierta generosidad o cariño, la universidad puede ser definida como un «caos organizado». Su falta de operatividad y sus contradicciones internas hacen que una buena selección del profesorado, una buena planificación y la garantía de un buen rendimiento resulten tres pilares sobre los que cabría asentar una buena reforma.

Para algunos autores, más imprescindible que el dinero es una reorganización tanto de la estructura interna de la universidad como de los planes de estudio. Respecto a éstos, la pretensión de la reforma del 87 pretendía un tronco común, unas asignaturas ofrecidas por cada universidad y otras optativas de libre elección, que permitieran al alumno personalizar su currículo. El resultado fue la proliferación de optativas de poco calado, la excesiva fragmentación del conocimiento y de la organización horaria, para atender tanta diversificación. Racionalizar los planes de estudio, racionalizar el horario y corregir la fragmentación excesiva de algunas asignaturas parece un buen paso para alcanzar un mayor rendimiento, que evite en gran parte el caos actual.

Respecto a las relaciones interuniversitarias, las tensiones entre las competencias autonómicas y las universitarias parecen tener algunas semejanzas con la situación descrita en la Enseñanza Secundaria. Los diecisiete subsistemas parecen tener tan inamovibles fronteras, que Carlos Seoane señala la paradoja de que una universidad española pueda establecer mejores vínculos con una universidad extranjera que con otra española. De hecho está bien consolidada la ya larga cooperación entre España e Iberoamérica y hay una buena coordinación interuniversitaria con Europa. El programa Erasmus está siendo un éxito y, para facilitar más aún la movilidad de los estudiantes europeos, los sistemas universitarios se acercan ya a una organización común a través del un sistema compartido de créditos y ciclos.

Muchos otros temas relacionados con la enseñanza universitaria resultan de interés y actualidad: el estado y las perspectivas de futuro de la investigación, de las que trata Agustín Zapata; la financiación universitaria, que aborda Jordi Montserrat; la incorporación de las nuevas tecnologías, tal como propone J. Puerta, o los retos que, como señala J. L. Paniagua, una sociedad situada entre la globalización y la geografía cercana plantea a la insitución de educación superior.

FORMACIÓN PROFESIONAL

El enunciado: «Hay que dignificar la Formación Profesional» es, a juicio de Pedro Rosés, autor del capítulo del libro correspondiente a la FP, demagógica. Hay que atender por la calidad de la FP, como por la del resto del sistema, aceptando sin embargo como punto de partida que nos las habemos con una actividad educativa ya sustantiva, con un ciclo de estudios que ha logrado su propia dignidad.

Hace aproximadamente 20 años que los mismos que se proponían convertir las Enseñanzas Medias en unos estudios de carácter básico y que dieron el pistoletazo de salida para la masiva incorporación de jóvenes a la universidad, extendieron la idea, por lo demás falsa, de que la capacitación profesional carecía del prestigio y la dignidad de los estudios superiores. Abatir las Enseñanzas Medias y restarle exigencia a los estudios universitarios, en un intento de hacerlos accesibles a todos, era tal vez un modo de ocultar su propia sensación «vergonzante» respecto a la formación profesional. Un auténtico «complejo social» se desencadenó respecto a esta oferta educativa. «Lo manual», como en una muy roma interpretación se consideró la FP, fue visto con cierto desprecio cuando en realidad se trataba, en no pocos casos, de una formación que implicaba una muy alta especialización.

Uno de los principales problemas a los que se enfrenta la FP es lo escasamente participada que está por el mundo empresarial. Otro es la necesidad de disponer de una buena dotación que le permita no quedarse anticuada en comparación a cualquier empresa con capacidad para incorporar las nuevas tecnologías. Muchas empresas dan por hecho que tendrán que ocuparse de formar al joven cuando se incorpore al mundo

laboral; pero la desconfianza del mundo laboral hacia la formación profesional podría evitarse estableciendo vínculos permanentes entre las empresas y los centros de formación a través de las prácticas.

Como en los demás niveles del sistema educativo, la buena cualificación del profesorado es un indiscutible indicador de calidad. De especial importante resulta que el docente de FP se actualice constantemente, pues la mejor cualificación de los alumnos va a depender de la puesta al día del profesorado en unos avances tecnológicos que se suceden a gran velocidad. Es, por tanto, muy apreciable la posibilidad planteada por Rosés de que especialistas de la empresa participen en los institutos mejorando la cualificación y actualización del profesorado. El nuevo Programa Nacional de FP prevé vínculos importantes entre el mundo de la formación y el de la empresa. Intentará superar la desconexión entre el mundo del trabajo y el mercado laboral.

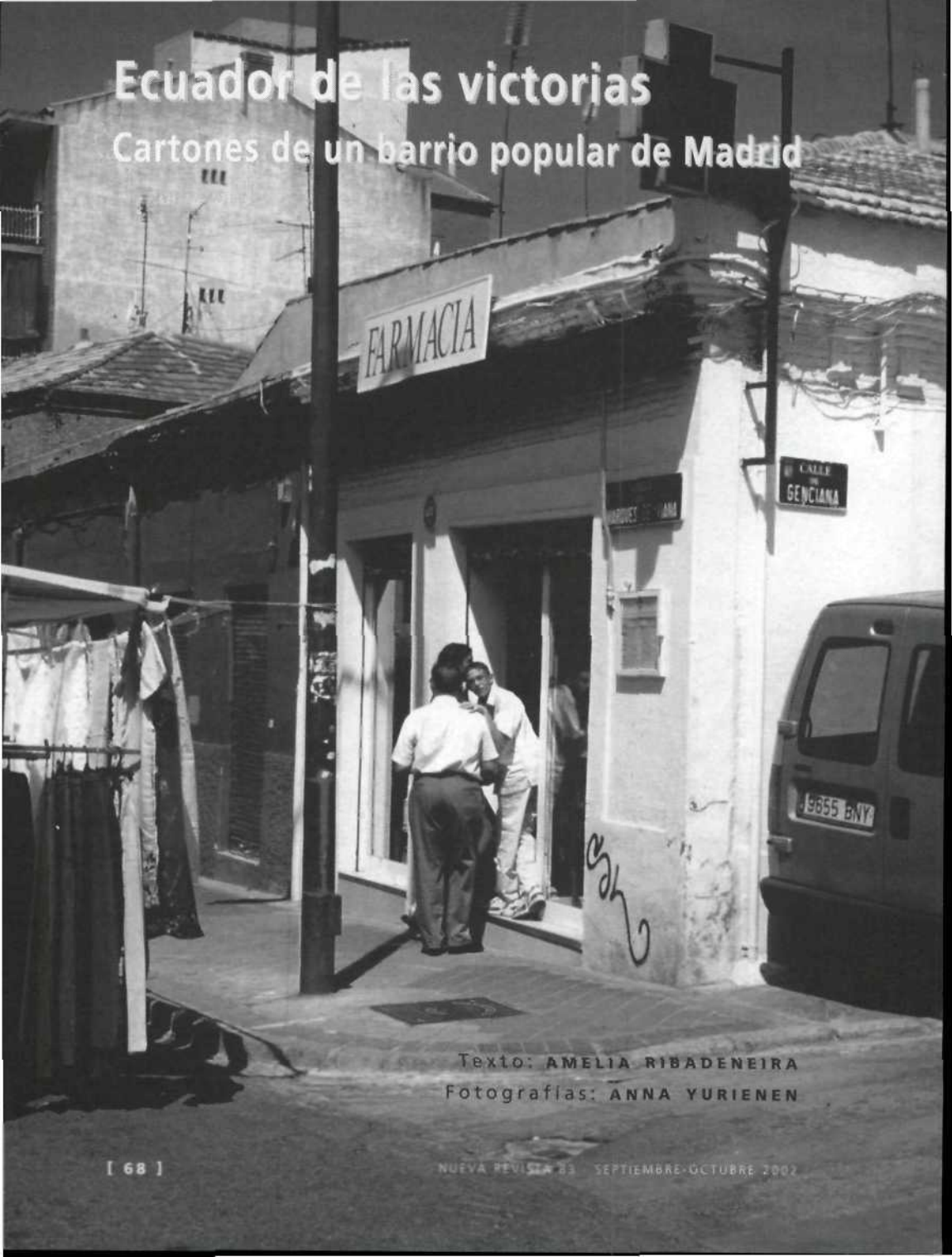
No podemos dejar de comentar el perjuicio que está ocasionando a un sector de los alumnos y a los centros de secundaria la prohibición de acceder a la vía de FP antes de los 16 años. Alumnos que prefieren una formación más profesional que académica se echan a perder en las aulas a la espera de tener la «edad legal» para elegir. Muchos se vuelven objetores escolares, se marginan o demuestran su rechazo al sistema escolar con violencia. A partir de los 14 años se comienzan a habilitar talleres o programas de garantía social para tratar de reinsertar a estos alumnos al sistema. Es decir, el sistema provoca una patología y luego trata de hacerse cargo de su tratamiento. ¿No sería mejor no provocarla, adelantando simplemente la edad de elección a los 14 años? Iniciar diferentes itinerarios al finalizar 2º de ESO, previendo la posibilidad de transitar de uno a otro si los intereses del alumno cambian, es una medida justa que mejorará la salud del sistema.

«Del conflicto nacen ideas valiosas», consignaba en su colaboración el profesor Vázquez. Y no le falta razón. Ideas valiosas, las hay, como es evidente por el libro que aquí hemos comentado. Ahora sólo falta que el Gobierno incorpore las ideas valiosas al sistema educativo.

MERCEDES RUIZ PAZ

Ecuador de las victorias

Cartones de un barrio popular de Madrid



Texto: AMELIA RIBADENEIRA
Fotografías: ANNA YURIENEN

1. La mañana

Una calle como otra cualquiera, sus edificios de ladrillo, de seis pisos, de ocho pisos, los hay más altos, las fachadas casi todas son simétricas, en las que se abren ventanales medianos, muy regulares. La calle tiene su mercado. Desde las nueve de la mañana hasta el anochecer, pasadas las ocho, se puede comprar fruta fresca, carne, leche. Y un colegio —el San José— para que los hijos no estén lejos. Y árboles, aunque no muchos, cabe contarlos con los dedos de las manos. Así es Marqués de Viana, una calle cualquiera de Madrid, en el barrio de Tetuán.

Por esta calle van y vienen muchos ecuatorianos. Son bajitos, de cabello negro y lacio, con ojos café oscuro y brillantes, la mayoría de piel trigueña o canela o morena, o como quieran llamarlo, pero ahí están: en las calles de esta, para nosotros, legendaria villa de Madrid. Aparecen por todas partes, comentan los madrileños, y parece que es verdad cuando se entra en Tetuán. Éste es el barrio donde está asentada una de las colonias de ecuatorianos más grande de la ciudad castellana, de esta plaza torera que le abre a uno las puertas, o que se las cierra.

Por la mañana, caminan apresurados. Desde las siete, las ocho o las nueve, aprietan el paso para llegar a sus trabajos. Tienen empleos de gente «pobre, pero honrada», aclaran ellos, aclaran sobre todo ellas. A eso de las diez, parece que alguien los ha barrido de la calle, no queda uno.

En Tetuán viven, «como pueden», más ecuatorianos que en otros barrios de Madrid, más que en Lavapiés o en Urgel, por ejemplo. Eso me dice uno de ellos. Se llama Danilo, tiene 20 años y llegó a Madrid hace ocho meses para trabajar. ¿En qué? En lo que saliera. Y tuvo suerte, consiguió un empleo como ayudante de electricista —la especialidad para la que se preparó en el colegio— en una empresa de construcción. Danilo es grueso y pequeño, se corta el pelo a la usanza militar —unos cuantos pelitos se le quedan parados en medio de la cabeza—.

Danilo comparte con sus padres un piso en la calle Algodonales. Ellos han logrado abrirse camino gracias a un locutorio. Los ojos oscuros y saltones de Danilo parecen confirmar que ha aprendido de sus padres muchas historias del barrio. Al principio, lo que más le impresionó fue la canti-

dad de compadres; «nunca imaginé que fuéramos a ser tantos», cuadra a cuadra, incontables a primera vista, pero cientos, miles según las estadísticas. Y cada uno es una historia.

Danilo llegó como un turista que cruza el mar para conocer ese país del que todos le hablaban: la España donde es fácil emprender una nueva vida. Y ahora conoce algo mejor ese país que cada día se cierra un poco, porque no hay sitio, dicen, o porque están hartos, creo, o porque no tienen memoria, aseguro, o porque no han la leído la historia, me mantengo: porque no recuerdan que el mundo es de los de carne, hueso y corazón.

Así está España, así está Europa, y Danilo lo sabe, «pero allá —en Ecuador— ¿qué tenemos?». Esperanza, Danilo, esperanza, esa es nuestra casa, algunos debemos quedarnos allá para arreglar ese país que es nuestro hogar; algunos tienen que luchar, Danilo. «Eso sí, pero cuando vuelva con un poco de plata».

II. La tarde

Desde las ocho de la tarde en España —ocho de la noche en el Ecuador— van llegando de vuelta a la estación de metro «Tetuán». En los días de frío se han envuelto en abrigos o chompas impermeables, con forros de lana. Los ecuatorianos, como otros habitantes de Madrid, caminan solos, en pareja, en grupos: depende. Pero a ellos no se les ve en compañía de españoles ni de foráneos: van con ellos, entre ellos, junto a ellos mismos. Desde que se encontraron en esta ciudad-soledad, no se han separado. Lograron crear acá un pedacito del país de allá para no sentirse tan desguarnecidos. Podrían confundirlos con peruanos o bolivianos, pues se les parecen: de los mismos indios salieron, con los mismos negros se cruzaron, con los mismos blancos se mezclaron. Pero apenas hablan, su acento los delata. Si cantan un poquito al pronunciar las palabras, son de Azogues; o de la Costa, si sus eses son silbantes; tal vez de Quito o de Ambato, si las erres retumban en sus bocas y sus eses escapan airosas.

Queremos seguir

construyendo

una Comunidad

moderna

y de progreso.

En la Generalitat Valenciana queremos una comunidad integrada, moderna y de progreso. Trabajamos duro para lograr un desarrollo de nuestro comunidad, duradero, vertebrador, equilibrado y estable. Nos esforzamos para conseguir un reparto equitativo del crecimiento, para lograr el pleno empleo y para ser solidarios con los más desfavorecidos. Nuestro objetivo es modernizar nuestra economía y nuestras infraestructuras. Y tenemos la ilusión y la confianza necesarias para ganar el futuro.

GENERALITAT VALENCIANA

Nosotros dedicaremos todos nuestros recursos a defender tus derechos de autor. Cada año recibirás los derechos económicos que te correspondan por la fotocopia de tus obras. Asóciate a CEDRO, la entidad que gestiona colectivamente los derechos reprográficos de escritores, traductores, periodistas y editores.

Para más información: www.cedro.org - 91 702 19 39 - asociados@cedro.org
93 272 04 45 - cedrocat@cedro.org

CEDRO
Centro Español de Derechos Reprográficos
Entidad de Autores y Editores

Cuando marchan juntos, ríen a boca llena; si andan solos, apresuran el paso y no miran atrás. Así ocurre en febrero, en marzo y puede que también en abril. Los meses de frío más crudo (diciembre y enero) los pasaron «abrigados de pies a cabeza», asegura doña Sofía, la «ilegal» que vende Coca-colas y cervezas en el parque, los domingos. «Se usan guantes, gorros, ropa térmica, doble pantalón, doble media, doble camiseta, chompas de lana. ¡Uf! El frío es durísimo, si llega a diez grados bajo cero. Los ojos le lloran a una de frío».

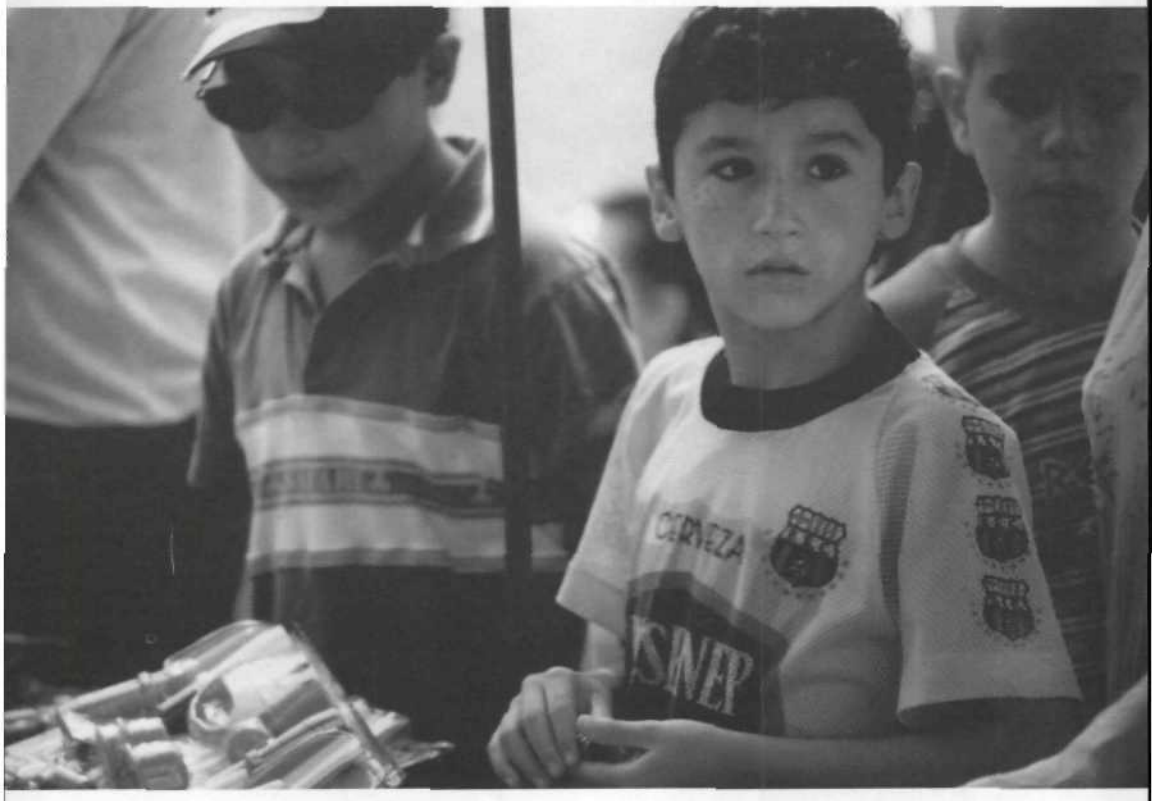
Ahora, en esta primavera que parece más un verano, mientras se escribe este ensayo, sus ropas ya han cambiado. Los jóvenes usan *jeans* o vaqueros flojos, zapatos deportivos, camiseta y, de vez en cuando, un suéter o chompa o chaqueta amarrados a la cintura, en prevención de un ataque de esos vientos boreales que vienen de tan lejos.

Ellos no siguen la moda española, sus ropas parecen de allende el mar. Les gustan los colores oscuros; los zapatos blancos, cuando son deportivos, o negros, si lo que quieren es obtener mayor formalidad. Danilo no olvida su ropa de Sierra, de la Sierra de allá, «porque yo soy así, yo no quiero parecerme a nadie».

Ellas podrían calzar zapatos color rojo, por ejemplo, muy frecuentes en España. Pero no, los prefieren negro y blancos. Son pocas las jóvenes ecuatorianas que intentan seguir la moda europea. Las sandalias, tan usuales en su país, sobre todo en la Costa, parecen ser el calzado que más utilizan las chicas ahora, en verano.

María, una ambateña de 21 años, dice que sí, que le van bien. Esta joven de la Sierra centro llegó hace tres meses como turista, y trabaja como empleada doméstica en una casa en Arturo Soria. Libra desde la tarde del sábado hasta las diez de la noche, el domingo. Aprovecha esas horas para visitar a sus parientes, a los amigos ecuatorianos que viven en Tetuán.

Otra prueba de que los transeúntes de Marqués de Viana son ecuatorianos es el galanteo que se gastan. Pasa una muchacha cerca de un hombre, y en un noventa y nueve por ciento de los casos, puede escuchar una frase de conquista. «Te acompaño, mamita». «¿Por qué tan sola?». «Hola, guapa». Los más atrevidos, que en este escenario no son



mayoría, alcanzar a decir: «Mamita rica». Si las mujeres españolas son objeto de estos galanteos, ellas suelen pasar de largo sin voltear, en el mejor de los casos. Pero aun sin sentirse halagadas, las ecuatorianas responden siempre, con una mirada que evoca los recuerdos de lo que escuchaban en su país. Los más tímidos de los conquistadores se conforman con lanzar miradas, matadoras eso sí, como los españoles no acostumbran a regalar en las calles de Madrid.

La manifestación más evidente de la presencia de ecuatorianos en esta calle de Tetuán ocurre el domingo. Desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde salen juntos al rastrillo o al mercado de barato que se acomoda a todo lo largo de la calle de Marqués de Viana. Se

convocan para comprar ropa, zapatos y alimentos a precios «cómodos», que dicen los economistas: más convenientes, seguro, que los que marcan los centros comerciales.

III. La noche

Un rincón donde apenas cabe una persona y una silla: la cabina con su teléfono, un chiscón con paredes de madera, que escucha cada día palabras entrecortadas, gritos, llantos, súplicas, risas... ¡Ay! Si las paredes hablaran, ¡qué contarían! Lo que pasó el segundo domingo de mayo, por ejemplo, día de la madre en Ecuador. «¡Feliz día, mama! ¡Sólo llamaba para saludarla, mamita! ¡Le mandé la platita que me pidió!». ¡Ay mamá, que está al otro lado del mar! Mamá que debe creer en la bienaventuranza, porque la mala ya la imagina, la tristeza la siente en cada una de esas palabras que salen aquí luchando contra el tiempo. «Porque los euros aquí cuestan mucho trabajo, mamá, y aunque quisiera hablar más, no puedo mamá..., aquí no, mamita, aquí su día de ustedes las mamás es después».

Así dicen hombres y mujeres tristes, que llegan al locutorio de Algodonales. Entran allí sin mirar a los otros clientes, como que no existieran. El dolor sale así, sin avergonzarse de sí mismo. «Se oyen peores cosas», dice Danilo, «aunque hoy fue un día de puro llanto». De llanto y de congestión, Danilo. «Sí, de congestión también, las líneas estuvieron a punto de explotar, parece que todos los ecuatorianos pujaron por llamar». Hablamos de las 84.000 personas que viven legalmente en Madrid y de los otros, dos veces más, o tres, documentados y no, legales y sin papeles, Danilo.

Danilo insiste que en este locutorio se conocen historias muy trágicas. «Un día vino un señor a hablar con su esposa de Ecuador, mientras la de aquí le esperaba impaciente afuera. Otro señor reclamaba, llorando, a su mujer de allá, que por qué le estaba engañando. O la mujer que lloraba, asustada porque sus hijos se habían escapado de la casa. O...».

Todo ocurre aquí, Danilo, en esta sala estrecha, asfixiante, en esas diez cabinas que se han convertido en rincones de dolor, mientras esa

mujer vigila todo, unas veces riendo, otras veces gritando, callada a ratos. La encargada no perdona, ni un segundo se le escapa. Su mensaje reza siempre lo mismo, es casi automático: «Cuando haga una llamada, deje sonar cuatro timbrazos, si no le contestan cuelgue y vuelva a marcar. De lo contrario saldrá el ticket y se le cobrará».

¿Qué significa esto, Danilo? Ya entiendo, no puedes hablar, no debes hacerlo, cada céntimo de euro vale un potosí, aunque ella los gane sentada, oyendo las penas ajenas, repitiendo: «No fío, no fío». Miedo a que no le paguen, ¡y claro! Cómo le van a pagar esos vivos de hambre que por aquí se ven alguna vez —muertos no están, para los muertos la lucha no existe; además, mejor no morirse, la muerte es tan cara en este país...— El dinero lo es todo Danilo, «si no, para qué vienen acá». Sí, sí: los euros, la toja, la pasta; qué más da cómo llamarla. «Si no alcanza igual, mamá, mi amor, mija; cuesta tanto ganarla y dura tan poco...». Y la cuenta de euros sube mientras hablan, esa mujer no perdona un centavo, ahí está, inmóvil, detrás de su escaparate, vigilando quién entra y quién sale. «Cuidadito se me vayan sin pagar». Sí que no, por el bien del negocio, el sacrificio de mantenerlo un año abierto, señor, una siempre en esta sala estrecha y sofocante.

«Aquí no sólo vienen ecuatorianos», comenta la encargada mientras arruga la nariz y tuerce la boca. También rumanos, dominicanos, marroquíes..., pero los ecuatorianos son mayoría, la sangre llama a la sangre, tierra llama a tierra y ellos se siente atraídos por la bandera colgada en la pared del fondo. «Y por su acento, señora, por sus erres arrastradas, por su música triste, señora, por eso van». Por su ¡Ecuadorrrrrr, Ecuadorrrrr! Cómo gritaban en los juegos del Mundial. Usted está ahí, testigo de esas vidas que se cuelgan de un teléfono. ¿Acaso todo tiene que ser esta abundante tristeza? ¿No hay alegrías que contar? Sí, contesta Danilo, mientras mira a la mujer fruncir el ceño: el aumento de sueldo, el envío de un regalito que le confiamos a un compadre, el hermano que llega a probar suerte y a quitarnos la soledad, las buenas calificaciones en el San José... ¿Qué más, Danilo? «No recuerdo más». Bueno, pues será así, las penas siempre han sido mayoría.

IV. El domingo

Cada domingo, al mediodía, empieza un peregrinaje distinto y alegre. La multitud de rostros anuncia que la caminata se orienta hacia un mismo punto, promesa de diversión: el parque Agustín Rodríguez Sahagún.

Los muchachos visten ropa de deporte, la camiseta que evoca al equipo de fútbol que está en la tierra y que amaron por primera vez. Una camiseta blanca habla del equipo albo: Liga Deportiva Universitaria de Quito; la amarilla con filos negros y un toro, que recuerda al Barcelona, de Guayaquil; o la roja con gris que simboliza a El Nacional... Colores que desentierran la melancolía de aquellos domingos de fútbol en los estadios ecuatorianos, allá donde la hinchada se reúne con el sueño inmortal de ver ganar a sus equipos.

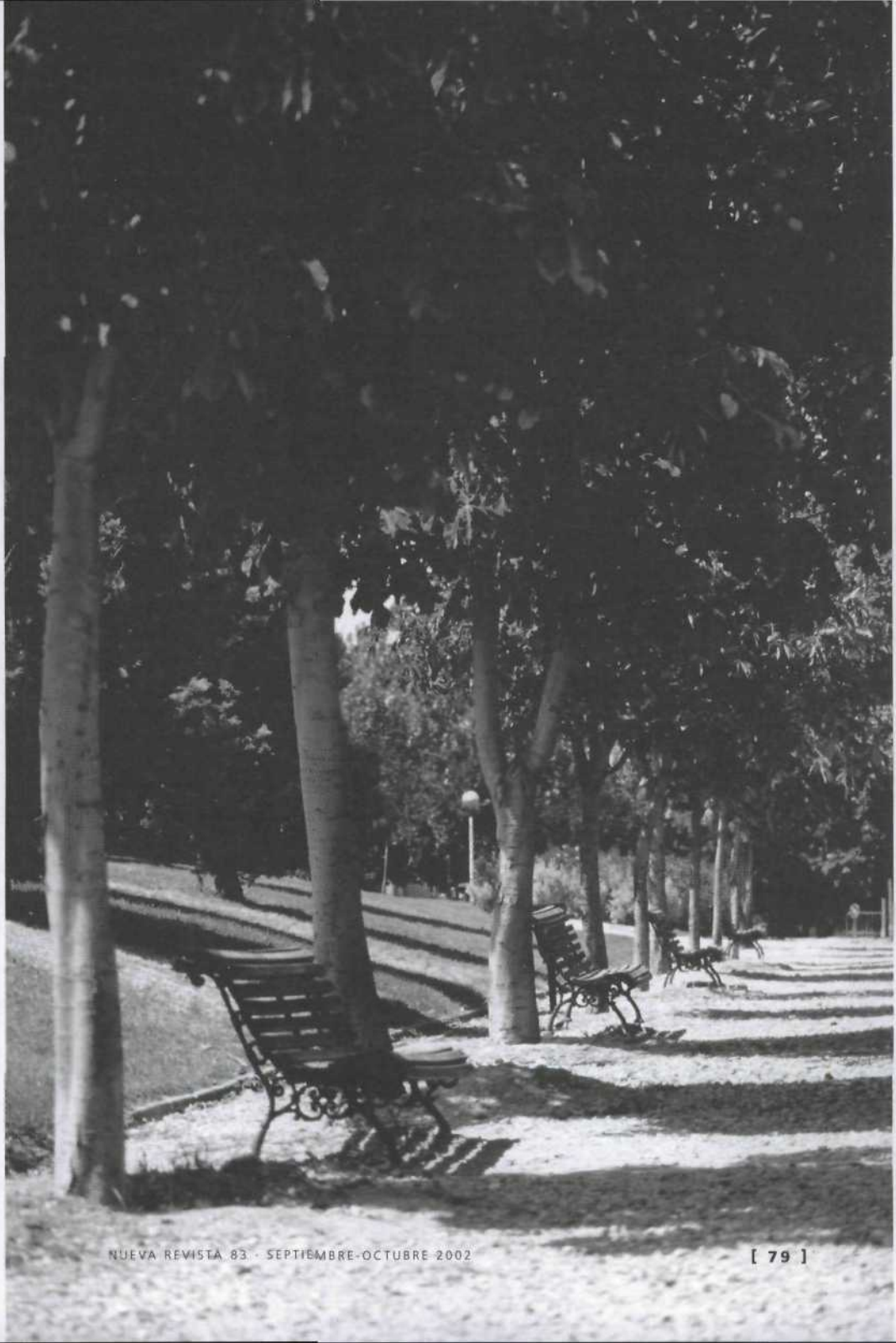
En este barrio, en este parque de Madrid, el traslado es distinto, ahora es rememorar esos días que quedaron atrás, lograr un domingo chiquito para caer al suelo tras una jugada, para llenar de polvo las camisetas, para beber cerveza (ya no la Pílsener, la San Miguel). El encuentro se convierte poco a poco en una mañana deportiva al más clásico estilo nacional. En las canchas de fútbol se arman los equipos de siete, calientan, empieza el partido. Piernas que van y vienen; «¡chucha juega!»; «¡acá, acá!»; «¡gol hijueputa!»... Nada ha cambiado, la fiesta sigue como si ocurriera en casa. Mientras el domingo esté vivo no hay tiempo que perder. Si unos juegan balompié, otros prefieren el *ecuavoley*, dos equipos de tres enfrentados por una pelota, dura como una piedra. «Tal como se hace allá», me confirma Danilo. El juego avanza y las mujeres y los amigos hacen de espectador, de un público que no aplaude, que sólo mira y bebe cerveza, cerveza y cerveza más ellos que ellas, las mujeres miran y miran, cuidan a sus hijos y miran.

Cuando el hambre se hace sentir, las mujeres destapan las canastas o las fundas con comida para saciar a sus maridos e hijos. El olor del maní y de la cebolla conquista rápidamente el ambiente. «Mmm, Danilo, ¿a qué te recuerda?» Un arroz con guatita, un encebollado, un hornado...: los platos de la comida nacional.

Sentados sobre la hierva, formando círculos imperfectos, empiezan a servir el banquete, siempre acompañado por una «cervecita». Si la comida no la traen de la propia cocina, la compran en el parque a otros ecuatorianos. Doña Sofía, por ejemplo, llegó hace un año a Madrid, «para hacer lo que casi todas las mujeres», asegura Danilo. Ella cuida a un anciano; otras cuidan a niños y limpian las casas.

Doña Sofía dejó a sus hijos, de 17 y de 19 años, en Quito. «Ya están grandecitos, pero les extraño una barbaridad, vos sabés lo que es estar lejos de la casa». La pequeña mujer mantiene firme la mirada, sonríe siempre y más cuando un hombre se acerca a besarla, se sonroja, le entrega una botella de cerveza y dice: «Es mi marido».

De pie junto a un auto blanco, aparcado en el estacionamiento, va sacando poco a poco la comida. El sitio es estratégico, a unos cuantos pasos los hombres juegan fútbol y de vez en cuando detienen el partido



para buscar un refresco. Por una botella de café, doña Sofía pide dos euros; por una botella con agua, uno; por una lata de Coca cola, 80 centavos.

¿La vida es dura, doña Sofía? «Sí, mucho; imagínate lo que es estar lejos de tus hijos y de tu familia. Eso es muy triste, pero hay que reponerse; si te dejas vencer por la tristeza, te mueres». ¿Y los compatriotas que viven en Madrid, no ayudan a calmar las penas? «Sí, pero no hay nada como lo de uno, nada como estar con nuestros amigos, nuestros hermanos, nuestros papás, eso no tiene reemplazo». A doña Sofía se le humedecen los ojos, la voz se le corta, mira a cualquier parte para evitar llorar.

«Ella está mejor que otras mujeres», replica Danilo, frunciendo las cejas y hablando bajito. La distancia le duele, Danilo. «Sí, pero al menos tiene un trabajo estable, no está sola, está el marido». Como estuvo tu madre hace algunos años, ¿verdad? «Sí». Hasta que llegaron tu padre y luego tu hermana y te quedaste solo en Quito, en tu barrio de Cinco Esquinas, en tu casita de pobre, pero honrado, de adolescente que tuvo que aprender solo a cuidarse. Tuviste suerte Danilo, abriste los ojos y viste el mundo con calma, no te lanzaste a vagar por las calles ni a beberte la plaza. No te equivocaste, Danilo. «Ella debería pensar más en sus hijos». Por ellos cruzó el mar, Danilo, por ellos trabaja de lunes a sábado y simula divertirse vendiendo los domingos comida ecuatoriana. Por ellos vino, Danilo, para mandarles la platita para que estudien y sean personas de bien, igual que tus padres, muchacho.

Doña Sofía tiene suerte, la venta se acaba cuando aún no han dado las cuatro, cuando el calor todavía es intenso, mientras ella se va, los deportistas destapan una tras otra las botellas de cerveza. Algunas canciones tristes arrancan: «(...) cuando tú te hayas ido, me envolverán las sombras (...)»; «(...) por qué no me dijiste que no me querías, para no adorarte (...)».

Risas también, risas de los más jóvenes, de los que cuentan chistes, tus amigos Danilo, tus amigos. «Ya están borrachos». Es verdad, pequeño, ya están borrachos, ahogándose en alcohol, muriéndose de nostalgia, llamando a la madre, a la mujer querida, a sus hijos están llamando.

¡Dios mío! Después de las diez de la noche, el parque es una gran cantina. Las botellas son la pista para encontrarlos, están regadas como miguitas de pan para marcar el camino de vuelta. Allí están, abrazados entre

sí, diciendo cualquier cosa, tartamudeando por la borrachera, algunos peleando con ellas, algunas ebrias como ellos. Lloran, muchos lloran, pocos se consuelan.

V. Oportunidades

Mientras esto sucede en el parque, la calle Marqués de Viana se ha transformado en un pequeño mercadillo donde se dan cita numerosos españoles, ecuatorianos, marroquíes. Los domingos, llegan allí sin que nadie les convoque, todos por igual en busca de ropa barata. Blusas para el verano, las sandalias suaves para las ardientes caminatas bajo el sol, los pantalones cortos para los hijos... O abanicos, con evocaciones de Madrid. O las frutas del verano para saciar la sed y menguar los azotes de estos 40 grados que hacen hervir en verano a la ciudad.

El pequeño rastrillo de Tetuán es muy similar al gran mercado Ipiales en Quito. También allí se ofrece cualquier cosa a quien que desee pagar menos y no le preocupen las marcas. Ocupa buena parte del centro colonial de la capital ecuatoriana, este Ipiales: calles y calles con ropa colgando en armarios improvisados o sobre mesitas de madera para que luzcan ante los ojos de los posibles compradores, calles y calles repletas de hombres, de mujeres y niños comprando. Como el rastrillo de Tetuán: aunque diez veces menor, late en él el mismo espíritu de venta. Los comerciantes alzan la voz y ofrecen sus prendas como si fuesen únicas, su precio sin igual. «Venga, venga, que mañana estará más caro». «Si encuentras una más barata, te la regalo». «¡Joder! ¡Cómo te queda, estupendo! ¡Cómpralo de una vez, mamita, luego lo lamentarás!».

Las frases hipnotizan, los transeúntes se ven envueltos por el llamado de los tenderos que ofrecen un cielo. Ellos y ellas, ecuatorianos o españoles, ceden felices a la ilusión y adquieren una camiseta nueva o el pantalón de tela sencilla para paliar algo este calor.

La calle se va estrechando, hasta hacerse casi intransitable; también están ellos, los ecuatorianos, mirando, tocando, «comprando lo que se quiere para la familia, para uno mismo».

L PAIS
L PAIS
TECNOCA

Cuando en un puesto se escucha una canción de Julio Jaramillo, emblema de la música ecuatoriana, muchos transeúntes se dirigen sin saberlo al lugar de donde proviene la melodía. Como si las nostalgias uniesen más. Los inmigrantes saben que ofreciendo música de la tierra se hacen buenos negocios. En la mitad de la avenida suele instalarse José con sus CD, con sus copias piratas. José podría ser sancionado por ir contra el mercado de la música legal, pero este ecuatoriano de trenza larga, él como todos los otavaleños, no se da por enterado y por tres euros pone los ritmos de su país en manos de sus coterráneos.

Este José atrae la atención de sus compatriotas poniendo a todo volumen las canciones más conocidas. Llegan hombres y mujeres como los que ya hemos descrito: bajitos, trigueños, de ojos cafés y ropa oscura. Piden al vendedor que les deje escuchar la música para comprobar la calidad del disco. Julio Jaramillo empieza a cantar: «No puedo verte triste, porque me matas, tu carita de pena, mi dulce amor; me duele tanto el llanto que tú derramas, que se llena de angustia mi corazón (...); hemos jurado amarnos hasta la muerte, y si los muertos aman, después de muertos amarnos más (...)». O este otro compacto de éxitos de música bailable del Ecuador: «Apostemos, apostemos que me caso y te dejo, y te dejo de querer, morena ingrata, no seas así, que mañana no me has de ver (...)». O: «Yo soy el chullita quiteño, la vida me paso encantado, para mí todo es un sueño, bajo este mi cielo amado (...)».

Y José vende y vende, después de negarse en repetidas ocasiones a bajar el precio del CD, pues los ecuatorianos tienen, entre otros, el talento de regatear. No todos lo consiguen, pero sí marchan contentos con la música querida. Además, José les asegura estar la semana siguiente «aquí mismo», para cambiarles el disco si tuviera algún defecto.

La caminata sigue por la calle, subimos por la derecha y bajamos por la izquierda. Puede incluso que no se llegue a comprar nada, pero se hace la vía «para ver precios, aunque sea», argumenta una mujer de pantalón ajustado negro y sandalias a juego. Su paso es lento, por el pequeño espacio tampoco podría ser rápido, pero es lento para mirar con ojos de experto la calidad más barata. Las mujeres son especialistas. Ellas tienen más paciencia que los hombres para andar, preguntar, regatear.

«Igualito, igualito que allá», comenta Danilo. Él ha visto muchas veces actuar a su madre, de ella aprendió a no dejarse engañar. «Si te despistas, te venden cualquier cosa. Mi mamá dice: fuiste por lana y regresaste trasquilado. No es fácil comprar, y menos si hay tanto donde escoger». Danilo sonríe, trata de esconder la inocente vergüenza que siente «por saber poco de estas cosas de mujeres». Oye muchacho, eso es machismo. «No, no, para nada, sólo que las mujeres saben más de esas cosas que los hombres».

Sí, lo que sucede en esta calle parece darle la razón a Danilo. «A nosotros sólo nos queda pagar». ¿Lo que sea? «No, tienen que gastar con mesura, ¿no ves que la plata no alcanza?». Y tú, ¿en qué gastas el dinero? «En ropa un poco y en comida, lo demás lo ahorro porque estoy pensando volver a Ecuador, quiero estudiar».

Muy bien muchacho, hay que estudiar. Dicen que es lo mejor que le puede ocurrir a alguien. Aprender y tener un título universitario, dicen los filósofos de la vida, son herramientas básicas para sobrevivir. Sobrevive, Danilo, sobrevive en este mundo de individualistas, ¿lo harás? «Mi miedo es no encontrar trabajo después». Primero preocúpate por estudiar, luego irás golpeando puerta tras puerta, hasta que obtengas la respuesta que buscas.

«Yo no quiero ser un inmigrante así». ¿Cómo así? «Como los que han venido a España, sólo trabajan y mandan plata». ¡Pero tú regresarás a Ecuador! «Sí, pero como van las cosas allá, tendré que regresar luego para buscar trabajo». Se seca la frente con la mano; sobre la nariz tiene unas burbujas de sudor. Mira a todas partes, sin fijar en ningún sitio su atención. Danilo tiene miedo, el futuro le preocupa; y esa inquietud le amarga el presente. Pobre paisito el nuestro, que se desarma cada día. Como que a nosotros, a los ecuatorianos, a los latinoamericanos, a los pobres del mundo, sólo nos queda la esperanza. La esperanza y resistir, resistir como dice el genio de Ernesto Sábato. Resiste, Danilo, resiste.

La pregunta está ahí y espera una respuesta. ¿Cómo arreglamos nuestra casa, Danilo? Sabes, muchacho, siempre escribo para salvarme, para escapar de esta espiral esquizofrénica en la que vivo. Sé que no tengo cura y que cada vez estaré peor —me volveré más radical, más vieja, más necia, más sola—. Sé que mi desesperanza irá en aumento y que —probablemente— la muerte será mi única salvación. Te diré algo desde el fondo del corazón, Danilo, algo que para mí es un secreto oscuro que me avergüenza y que lo oculto en la medida que puedo, para no flagelarme más:

No quiero volver a esa vida que me desarma no menos que a ti, Danilo; no quiero tener que volver a enfrentarme a una realidad dura, cruel,

injusta y pobre...; no quiero tener que escribir sobre más dramas, más robos, más sangre, más muerte... No quiero y, sin embargo, debo, debo, debo...

¿Sabes, Danilo? Me gustaría despertar un día sin conciencia, creer que lo que hay allá es la medida de lo que se necesita, no pensar ni atormentarme, ser un animalito cualquiera que cumple el ciclo de la vida y ¡ya está! O al menos, no despertar.

¿Qué hacer para cambiar ese muladar que tenemos por casa? ¿Matar? No, no, no; la muerte no ha servido para nada. Nos hemos matado durante siglos, de forma atroz, vergonzante para la razón y nuestra alma, y no hemos aprendido nada, porque nos seguimos matando. La muerte no sirve para nada. ¡Hay que luchar! Sí, sí, luchemos, eso lo hacemos todos los días, aunque sea la batalla que siempre perdemos. Entonces, ¿somos los grandes perdedores? ¿Lo seremos siempre? Sí, sí, dirán los señores que han estudiado los grandes manuales: «ustedes erraron el camino». ¿Qué haremos, pues, Danilo?

No quiero esperar hasta el día del Juicio, me falta paciencia, no me alcanza la vida, quiero la paz en este cuerpo, quiero sentirme feliz ahora, o al menos, padecer menos dolores. No quiero esta clase de vida para mis hijos, para mis hermanos, para mis padres, para mis amigos, para todos los seres de carne y hueso. ¡Me niego, carajo!

Lo siento Danilo, hoy, como otros días, me puede la desesperanza, el dolor sin respuesta. No me consueles, deja que sufra para no olvidar esta vida que tengo el deber de vivir. También está lo bueno, es cierto, lo hermoso, la familia, las montañas, las playas, la gente..., pero lo otro pesa tanto.

Sí, sí, además, río, sobre todo río, pero es que la esperanza, que casi no tengo, es mi deber, deber de sentirla, de vivirla, de transmitirla, pero a veces no alcanza. No me hagas caso, Danilo, mejor te diré lo feliz que fui por haber vivido aquí, por poder ver con los ojos más abiertos el Tercer Mundo que está al otro lado del Atlántico, ese Tercer mundo que es para mí el primero.

Vuelve Danilo a mirar a todas partes, sonríe sutilmente. «¿Quieres tomar una cerveza?», pregunta. Bueno. En la misma calle hay un quiosco que despacha latas bien frías. El muchacho saca dos euros del bolsillo y se dispone a pagar. No, no, el gasto va a medias, tú pagas tu bote y

yo el mío. «No, eso cuando salgas con españoles; los ecuatorianos siempre invitamos». «Jodé, qué caballero», dice la española que recoge el dinero. «Si estás soltero y no te importan las mujeres mayores, venga, que acepto las invitaciones, hombre». El muchacho sonríe, en su rostro trigueño asoma cierto sonrojo; toma las bebidas, y da las gracias.

Mientras tanto, en la calle Marqués de Viana, el calor aumenta a cada hora. El aire ya está ardiente, del asfalto sube una corriente que abrasa los pies, la afluencia de gente aumenta sin parar: es la una, el rastrillo está punto de estallar.

Una parada técnica para el descanso se hace obligatoria. Los ojos y los pies buscan una sombra para guarecerse del sol y apurar la cerveza. «Voy a volverme loco», grita Danilo; «quiero volverme a Quito». Dale tiempo al tiempo, muchacho, ya verás qué pronto se cumplen tus sueños. «Te juro que si pudiera, iría ahora mismo al aeropuerto y me subiría al primer avión que ponga: Ecuador». ¿Sólo por el calor, Danilo? Por todo, por todo me iría: todo lo que hemos hablado y todo lo que te conté. Lo he decidido: me voy». ¿Ahora mismo, Danilo? «Esperaré un poco. Ya está hablado con mis papás y están de acuerdo. En octubre me voy. Volver a casa. Es lo único que quiero. Volver a casa». AMELIA RIBADENEIRA

HISTORIA DEL CINE EUROPEO (I)

Entre el sueño y la vigilia: el cine francés

por **JACQUES CHEVALLIER**

LO REAL Y LO IMAGINARIO: LUMIÈRE Y MÉLIÈS

La llegada de un tren, filmada en 1895 por Louis Lumière: la vida y el movimiento convertidos en un fragmento de realidad tomada en cine; pero también, y atendiendo solamente al modo en que se muestra esa escena, una sucesión de imágenes, cuyo poder de sugestión excede con mucho el hecho mismo registrado.

Al colocar su cámara cinematográfica de manera que, durante la proyección, el espectador pudiera identificar lo que él ve con lo que ha visto el objetivo, Louis Lumière demostraba simultáneamente el potencial dramático de su invento y sus facultades para registrar y reproducir lo real. Pues si esa película tenía un tema —la llegada del tren—, indisolublemente unida a este «contenido» se ofrecía también la imagen de un punto negro que aparece en el espacio vacío de una estación y que va agrandándose hasta transformarse en una locomotora que se echa encima del espectador. La realidad produce entonces una nueva emoción, gracias al sistema de representación que se ha empleado, a saber, el recurso a un espacio que, «visto» por la cámara, se transforma al mismo tiempo en un espacio cinematográfico.

Una parte importante del cine francés —y del cine en general— recoge este intento de traducir lo real con la ayuda de unos medios netamente cinematográficos. Que esta u otras películas de Louis Lumière, o de los operadores que él mismo repartió por todo el mundo, no sean

Auguste y su hija Andrée en *La pesca de los peces rojos* (Film n.° 69)

más que un pequeño ensayo, nunca nos debería hacer olvidar que Lumière no es solamente un inventor, sino un auténtico cineasta que se halla en el origen de toda la corriente documentalista — y, a partir de ella, de la realista— en el cine francés.

Es notable que, casi simultáneamente, aparezcan las primeras tentativas de otro cine —el cine de lo imaginario— gracias al inventor del espectáculo cinematográfico, al maestro del trucaje pero, ante todo y sobre todo, al explorador y poeta de un maravilloso mundo de fantasía, que fue Georges Méliès (1861-1938). Al presentar al espectador «genuinos cuentecillos de hadas y pequeñas comedias», Méliès le ofrecía esa parte de los sueños que desde entonces nunca dejaremos de buscar en la oscuridad de las salas de cine. Ciertamente, con esas escenas de actualidad

enteramente reconstruidas, Méliès cree estar realizando películas muy próximas a lo real. Y lo hace además con minuciosidad. Pero, si el tema pertenece a la realidad, la puesta en escena, el trabajo de los actores y los decorados del estudio lo colorean de un modo muy distinto. Por otra parte, las mejores películas de Méliès —sus escenas de transformaciones, sus fantasmagorías y todo su ilusionismo— remiten a lo puramente fantástico. Es el caso, por ejemplo, de *L'Homme à la tête de caoutchouc* (El hombre de la cabeza de caucho, 1902), *Le voyage dans la Lune* (Viaje a la Luna, 1902), *Le Mélomane* (El melómano, 1906) o *A la conquête du Pôle* (A la conquista del Polo, 1912), entre otras.

Cine de invención, cine *naïf* en el sentido pictórico del término: puede que en el terreno del decorado y en el de su empleo poético Méliès sea el más grande. Desde esta perspectiva, su obra marca el punto de partida de un cine de creación fantástica, muy a menudo opuesto, aunque otras veces ligado, a la corriente «realista» originada por Louis Lumière. La ingenuidad de Méliès hace que esta poesía, esta inventiva y esta expresividad decorativa estén en él estrechamente unidas a una viva sensibilidad. Algo que no siempre continuará siendo así en la historia del cine francés.

El diablo gigante (1902), de Méliès

CINE CÓMICO Y NOVELA CINEMATOGRÁFICA

Si la obra de Méliès es el hecho más significativo de la historia del cine francés durante la primera década del siglo XX, existen otros logros no menos importantes. En realidad, existen obras incluso más notables, en la medida en que influyeron de manera directa en la evolución posterior del arte cinematográfico.

¿Hace falta recordar, por ejemplo, lo que la cinematografía burlesca norteamericana debe a las series cómicas francesas de los años 1905 a 1914? Charles Chaplin saludó a Max Linder (1883-1925) como a su maestro. Diez años antes que él, el autor de *Max et le Quinquina* (Max y la Quina, 1911) y *Max Toréador* (Max Torero, 1912) logró hacer triunfar un «tipo» en el que había depurado al cómico-payaso de la serie *Boireau...*, de André Deed (1884-1931?). Si Max Linder conoció una súbita fama, que en la actualidad trasciende incluso las fronteras de su país, no es sólo porque con él el cine logre hacernos reír; de hecho, sus películas no representan más que una pequeña parte de la producción cómica del cine francés durante ese periodo. Al margen de los citados *Boireau*, los *Bébé* y los *Bout de Zan* de Louis Feuillade, los *Rigadin* de George Monca y sobre todo los *Calino*, los *Zigoto* y los *Onésime* de Jean Durand forman un conjunto abrumador. De hecho, los *Rigadin* ejercerán honda influencia en Mack Sennett.

En cuanto a las películas de Jean Durand (1882-1964), son a ciencia cierta las más originales. Jean Durand tiene, más que el resto, el auténtico sentido del «gag»; no retrocede ante lo absurdo de un gesto o de una situación, sino que lo explota eficazmente y extrae consecuencias burlescas que revelan a un cómico específicamente cinematográfico.

Aun más evidente es lo que la animación debe a Emile Cohl (1857-1938), continuador de la obra pre-cinematográfica de Emile Raynaud. A partir de 1908, Emile Cohl diseña y realiza varias decenas de cortometrajes —basados muchos de ellos en siluetas cambiantes— que aún hoy se contemplan con asombro. Tanta inventiva, tanta poesía y humor, unidos a una gran simplicidad, llenan sin duda de admiración; y no menos sorprendente es que el moderno cine de animación pueda haber enlazado sin interrupción con el estilo elíptico y el grafismo lineal de Cohl,

cerca de medio siglo después de los Fantoches y otros dibujos animados (1908-1912) de ese genial creador.

Si la experiencia del «Film d'Art» de André Calmette y Le Bargy no posee más que un interés histórico —*L'Assassinat du duc de Guise* (El asesinato del duque de Guise, 1908), por ejemplo—, las películas populares de esta época quedarán como testimonio de un cine a medio camino entre la ficción y la realidad. A lo real filmado por los operadores de los noticieros de actualidad, o a la realidad reconstruida por Zecca, Jasset, etc., se añaden los folletines melodramáticos, las películas de aventuras y las policiacas, y las obras en que la fantasía social aboca a la más pura imaginación. A Pathé —la gran firma fundada a principios de siglo por Charles Pathé y cuya ingente producción fue dirigida por Zecca— y a Gaumont, les debemos centenares de películas, sobre todo las estructuradas en episodios. Léonce Pret, Albert Capellani, Joé Hamman, Alfred Machin, Henri Fescourt, Maurice Tourneur...: son muy numerosos los inventores de historias, los narradores de imaginación desbordante que trabajaron con ellos.

Entre todos destaca Louis Feuillade (1873-1925); en medio de su abundante y variada obra (800 películas entre cintas cómicas, películas «estéticas» y series realistas como *La vie telle qu'elle es*) ocupan un lugar privilegiado las películas policiacas estructuradas en episodios. En 1913-14 las fantásticas aventuras de la serie *Fantômas*, el «príncipe del terror» de negra capucha, se desarrollan sobre el decorado urbano de los alrededores de París, en una mezcla de realidad y fantasía de la que nace una singular poesía.

LOS AÑOS 14-18 En la primera década del siglo XX, el cine francés está en pleno auge. De acuerdo con las estimaciones del historiador del cine Georges Sadoul, el 60 o 70% de las películas estrenadas en el mundo procedían de los estudios parisienses de Pathé, Gaumont y Eclair. Además, las tres compañías habían abierto oficinas en el extranjero.

Pero tan señalada expansión no duró mucho tiempo. En vísperas de la guerra la explotación vino claramente a menos. La competencia extranjera —sobre todo la americana — iba cobrando fuerza... y la guerra en el continente supuso un duro golpe para el cine francés.

Les vampires (1915-16), una serie de Louis Feuillade

En el terreno artístico, la producción de los años 1914-18 es, en conjunto, mediocre, aunque cabe señalar dos excepciones: las películas naturalistas de André Antoine, el animador del Théâtre Libre, tales como *Le Coupable* (El culpable), *Les travailleurs de la mer* (Los trabajadores del mar), y las nuevas series de Feuillade (*Les vampires*, *Judex*), que alcanzaron un enorme éxito de público y suscitaron el entusiasmo de los jóvenes poetas agrupados primero bajo el estandarte de Dada y luego del surrealismo.

No obstante, las nuevas películas americanas, tales como *Mystères de New-York* (Los misterios de Nueva York) o *Forfaiture* (La estafa; Cecil B. De Mille, 1915), lo mismo que las primeras burlescas, cosechan un éxito aun mayor. El joven Louis Delluc (1890-1924, que firma la crítica cinematográfica en el periódico *Paris-Midi*, enumera las cualidades del cine americano y trata de convencer de su belleza a la elite que hasta entonces ha permanecido hostil al cine. Las obras de Griffith, Ince y Chaplin entusiasman a Delluc, que sueña con que «el cine francés sea cine y sea francés».

CONSOLIDACIÓN DE UN ARTE, NACIMIENTO DE UNA CULTURA

En realizadores como Georges Lacroix, André Antoine, Léon Poirier, J. De Baroncelli, Mercanton o Germaine Dulac, Delluc veía a los artis-

tas capaces de protagonizar ese renacimiento del cine francés, y sobre todo en Abel Gance (1889-1981), el cineasta más personal y vigoroso de la época. En su renombrado filme *J'accuse* (Yo acuso, 1919), Gance cruza hechos y héroes en una acumulación de imágenes hábilmente dispuestas en el plano plástico. Esta tragedia neorromántica no está exenta de cierta grandilocuencia, pero revela a un hombre generoso, a un cineasta visionario cuya obra dominará todo el periodo de la posguerra. Ardiente partidario de un cine-arte de síntesis, profeta de la civilización de la imagen, Abel Gance proyecta en las pantallas de las oscuras salas de cine su propia visión del mundo —de los hombres y de las cosas—, transfigurada por el tono épico como en *La Roue* (La rueda, 921-1923), *Napoleon* (1915-1927, concebida para triple pantalla); y *La fin du monde* (El fin del mundo, 1931).

Aunque en las películas de Louis Delluc: *La fête espagnole* (La fiesta española: realizada por Germaine Dulac en 1919), *Fièvre* (Fiebre, 1921) y *La femme de nulle part* (La mujer de ninguna parte, 1922) no alienta un impulso tan poderoso como el de Gance, se hallan sin embargo, sobrias como son, marcadas por el signo del análisis de los sentimientos. Cabe incluso verlas, como ha señalado Georges Sadoul, como el precedente de las primeras manifestaciones de una escuela «impresionista», dominada por la búsqueda de «fotogenia» desde el momento en que emplaza sus historias —sobre todo sus melodramas— en una localización no de estudio, sino real.

Al dominio lírico de las obras de Abel Gance se oponen la elegancia de estilo y el refinamiento plástico de Marcel L'Herbier (1888-1979), en películas como *L'Homme du large* (El hombre de alta mar, 1920); *Eldorado* (1921); *Feu Mathias Pascal* (El difunto Matías Pascal, 1925) o los tanteos impresionistas de Jean Epstein (1897-1953), en películas como *Coeur fidèle* (Corazón fiel, 1923) o *La Belle Nivernaise* (La bella nivernesa, 1924). Esta última es una adaptación de una obra literaria de Alphonse Daudet, como ocurre con otras muchas películas de esta época: así trabaja Léon Poirier antes de partir hacia su *Croisière Noire* (Crucero negro; 1926) en África; es también el caso de Jacques de Baroncelli con *Pêcheurs d'Islande* (Pescadores de Islandia, 1924); de Henri Fesscourt, con

su adaptación de *Les Misérables* (Los miserables, 1925) o de Julien Duvivier, con *Poil de carotte* (Pellirrojo, 1932).

Mientras tanto, el desastre económico se cierne sobre el cine francés. Se produce menos; las grandes compañías persiguen el éxito comercial y retroceden ante las costosas y apenas rentables películas de prestigio. En el plano artístico, los tanteos franceses, comparados con las producciones del expresionismo alemán, se presentan menos audaces y enérgicos; y la nueva revelación soviética pone aun más en evidencia el aspecto formalista de los franceses... Si Gance prosigue su camino romántico, Epstein acusa la influencia expresionista en *La Chute de la maison Usher* (La caída de la casa Usher, 1928). Pronto resulta obvio que la mayoría de las películas francesas, demasiado preciosistas, mantienen una relación insuficiente con la realidad. En *L'Argent* (El dinero, 1928), L'Herbier acumula deslumbradores ejercicios de estilo, pero hay quien, como André Antoine, se lo reprocha y le acusar de haber traicionado el espíritu de Zola en su adaptación.

Lo que se ha llamado la primera vanguardia llegará a su fin sin haber ejercido ninguna influencia significativa fuera de las fronteras de Francia. Sin embargo, el balance artístico está lejos de resultar despreciable. Más importante aún resulta el balance cultural. Durante este periodo y gracias a Louis Delluc y a sus amigos, se ponen en marcha los cine-clubs (Louis Delluc, Canudo, Charles Léger) y la crítica de cine (Delluc, León Moussinac). Es también en esta época cuando el cine se hace un hueco entre las demás artes, hasta el punto de que, a ojos de quienes sueñan con una poesía al alcance de las masas, el cine llega a ponerse a la cabeza. Son los mismos que encuentran en el Vieux Colombier de Jean Tedesco y en las Ursulinas de Armand Tallier —las primeras salas de arte y ensayo— dónde alimentar su entusiasmo. ◆ JACQUES CHEVALLIER

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

© del texto original: Alan Lovell (ed.), *L'art du cinema dans dix pays européenes*, Conseil de la Cooperation Culturelle du Conseil de l'Europe, Strasbourg 1969.
© de la traducción al castellano: Mercedes Perruca

CON EL DEBIDO RESPETO

El desgobierno de los museos

por **JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS**

Cuando en España se habla o se piensa en museos, parece que sólo existe el del Prado. Su situación y sus problemas son asunto que con frecuencia aparece en los medios de comunicación. Rara vez se mencionan otros museos si no es a causa de la inauguración de una exposición temporal; la mayoría no son siquiera citados durante años. La apertura de alguno nuevo, como el reciente Artium de Vitoria, da lugar a reportajes repetidos durante unos poquísimos días con las noticias que proporciona el propio museo y las declaraciones del director u otro responsable, de las que en muy escasas ocasiones se deduce algo sobre cómo responder a las cien preguntas fundamentales que definen a una institución de este tipo.

Como sucede con otros asuntos, parece que sólo interesa lo anecdótico, sobre todo si tiene vertientes escandalosas. Recuérdese el serial del nombramiento del, por ahora, último director del Museo del Prado y sus forcejeos con el presidente del Patronato, que se atribuía competencias para destituir y designar directores, en clara vulneración del ordenamiento jurídico.

Pero como demuestran las estadísticas, son millones de personas las que visitan anualmente los museos en España. Seguramente a la mayoría les interesan más las obras que en ellos se exponen que las noticias que se suelen poner en circulación. Bastaría este interés público para que las máximas responsables de la cultura prestaran mayor atención a las múltiples cuestiones que se suscitan en la actualidad. Aunque no fuera así, los museos son custodios del patrimonio de los pueblos e instrumentos de la cultura, de la educación y del deleite de los ciudadanos. Por todo ello, conviene plantearse los problemas que les afectan y tratar de darles solución.

Al margen de teorías aplicables o desechables, nos parece que debe atenderse en primer lugar al hecho de las diferencias existentes entre los museos. Bastaría mencionar la diversidad de dimensiones o la distinta composición de las colecciones para comprender que, al menos en muchos aspectos, es imposible, o contraproducente si se logra, aplicar el mismo régimen a muchos museos. Sin embargo, el gobierno francés, por ejemplo, lo ha intentado recientemente con una legislación uniforme para los etiquetados como Museos de Francia. En España, por fortuna, no se ha perseguido sistema tan centralista, que resulta impensable en el actual Estado de las Autonomías.

Además, en los últimos años se ha conferido un estatuto jurídico especial a algunos museos por sus singulares características. Así se hizo, aunque por otros motivos y con otras intenciones, al regular el Consejo de Administración del Patrimonio Nacional, de quien dependen numerosos museos; se ha mejorado en algunos ámbitos respecto a la situación vergonzosa de época franquista, pero todavía quedan muchos aspectos no homologables con el resto de los museos estatales o de comunidades autónomas.

Después, fue el Museo del Prado, constituido en 1985 como organismo autónomo, modificado su estatuto en 1996 y de nuevo en 2002 para resolver algunas situaciones personales. Ha habido intentos de convertirlo en entidad pública empresarial, lo que desvirtuaría la esencia del museo como dispensador de un servicio público; el Gobierno detuvo la reforma y es de esperar que lo siga haciendo indefinidamente, entre otras cosas porque España forma parte del ICOM y está obligada por la definición de museo que da el organismo internacional, que subraya que es institución sin fines de lucro.

El museo Thyssen-Bornemisza continúa siendo un ente inclasificable en las categorías jurídicas españolas —por algo está sujeta la Fundación propietaria al derecho británico— y el convenio que se firmó con los Thyssen sigue permaneciendo secreto en su mayor parte, lo que resulta sorprendente a casi diez años de su firma y tras un cambio de partido en el Gobierno; aunque quizá es ingenuo decir esto, porque parece que se está preparando un segundo híbrido.

Aunque seamos contrarios a la uniformidad, cabe formular algunas consideraciones válidas para todos los museos, modificando o matizando lo que convenga. Es bien conocido que en ellos se han planteado y se siguen planteando numerosos conflictos personales. Ciertamente, se producen actuaciones individualistas por parte de algunos directores que pueden ser su origen, cuando lo deseable sería, como defiende cualquier manual de recursos humanos, que se trabajara en equipo. Pero también es posible que existan deficiencias de comportamiento o de preparación del personal en todos los niveles, y en especial, del que tiene a su cargo el cuidado de las colecciones: los conservadores y el resto del personal científico y técnico.

FORMACIÓN DE LOS CONSERVADORES El sistema de acceso al cuerpo de conservadores es, a nuestro entender, causante de algunos de los males aludidos. Es difícil actuar respecto a situaciones consolidadas, pero importa poner remedio en un futuro, aunque sea a largo plazo. Las oposiciones a los cuerpos de conservadores y ayudantes, en la forma en que actualmente se realizan, resultan bastante ineficaces para conseguir lo que puede ser la formación ideal de estos profesionales. A los opositores se les exigen someros conocimientos de legislación —algo más sólidos en materia de patrimonio cultural— y museología que desarrollarán por escrito y recitar tres temas entre cien de bellas artes, arqueología, artes decorativas, antropología, patrimonio científico y militar; han de ser capaces de resolver con lápiz y papel varios supuestos prácticos sobre estas materias y deben conocer una lengua extranjera. La preparación conseguida con este método es, a todas luces, inadecuada y no capacita al futuro conservador para enfrentarse a las dificultades que va a encontrar en su tarea. Es insuficiente desde el punto de vista de la práctica, porque el conservador que ingresa, salvo excepciones, no ha transitado nunca sino por la zona pública de un museo español.

Los seis meses de relajadas prácticas en grupo que realiza tras aprobar no pueden suplir esa deficiencia formativa. A su vez, nos parece un derroche de tiempo y esfuerzo la memorización de los temas orales, cuyos enunciados —muchas veces absurdos y que indican la escasa formación de

quien los alumbró— tratan de lograr que el opositor tenga ligeras nociones sobre cada una de las ramas científicas a las que corresponden las colecciones de los museos estatales donde puede ser destinado.

Ciertamente es grave que el conservador en funciones pueda no haber visto en su vida una pintura con moho, aunque sea capaz de enumerar las trescientas clases que existen; o que no haya adquirido experiencia de ningún tipo sobre el manejo de las piezas del museo y pase a ser el máximo responsable de sus cuidados. Pero más grave aún nos parece que su titulación de base pueda ser Antropología, por ejemplo, y sin embargo obtenga, si le corresponde por escalafón, una plaza en el MNCARS. Aunque no pensamos que el conservador haya de ser un sabio cabal en las colecciones a su cargo, está claro que unos conocimientos demasiado escasos harán que se resienta su labor, al menos en las vertientes de documentación y educación.

La reforma en el modo de acceder a las plazas de conservadores tiene que ser radical y llevarse a cabo con urgencia. Desde el primer momento de su ejercicio, estos profesionales han de tener experiencia acreditada y formación adecuada a sus funciones. Puede adquirirse mediante distintos procedimientos y es discutible cuál sea mejor. Preferiríamos la solución de una escuela enfocada a las enseñanzas prácticas, con dos o tres cursos anuales, vinculada a varios museos e instituciones relacionadas con el patrimonio cultural, de modo que las experiencias puedan acomodarse a las distintas especialidades de los postgraduados que ingresen en ella. La admisión se haría mediante pruebas que tuvieran en cuenta tanto el expediente académico como las aptitudes específicas para la labor de conservador.

Obtenido el título, cada museo —público o privado— podría a su vez seleccionar entre los titulados a aquellos que tuvieran el perfil más adecuado a sus necesidades; naturalmente, los museos públicos habrían de garantizar el respeto a los principios de mérito y capacidad en la elección de modo más estricto que lo puedan hacer los museos privados. Se ahorraría así mucho capital humano y se lograría en los alumnos los conocimientos precisos para la tarea técnica y científica del conservador, especializándose cada uno en las materias a las que le incline su vocación profesional o las oportunidades futuras de colocación.

Este sistema sería bastante más eficaz y no más caro que el vigente en la actualidad: oposición a cuerpo funcionarial por una parte; y, sin conexión alguna con la oposición, concesión, por otra, de becas a postgraduados para periodos de prácticas en museos, iniciativa casi siempre intrascendente por falta de planificación y que tan sólo gracias a la buena voluntad de algún director o conservador puede resultar de un modo positivo.

POLÍTICA MINISTERIAL

Pero no todos los problemas de la dirección proceden de los subordinados. La dependencia funcional de los museos respecto del organismo ministerial correspondiente constituye una causa de inmovilismo y gestión anticuada. Los directores de los museos públicos suelen tener muy escaso margen de maniobra y la creación reciente de los patronatos, cuando funcionan, no lo han ampliado, sino restringido. Una dependencia jerárquica y de control de gastos muy fuerte respecto del órgano ministerial crea una burocracia excesiva y entorpecedora. Las disponibilidades de fondos y de personal son reducidísimas, lo que les priva de los medios más elementales para poder llevar a cabo alguna reforma de la exposición, la instalación, las actividades, la publicidad del museo. Un trasiego permanente de titulares en los cargos afecta tanto a la propia dirección de los museos como a la Subdirección que los controla, y hace que algunas iniciativas válidas emprendidas por directores o por la propia Subdirección queden paralizadas por la mudanza de personas y de directrices; recelos de todo tipo entre el ministerio y las direcciones de los museos desalientan a unos y otros. Son problemas ya viejos de unas estructuras administrativas antiguas que deberían encontrar solución en fórmulas intermedias entre la dependencia funcional total y el organismo autónomo.

OPINIONES Y OPINIONES

Un segundo tipo de problemas es el que proviene de un cierto desenfoque en la consideración del verdadero fundamento del museo, que son sus colecciones y su proyección en quien las contempla.

El éxito de un museo se suele medir en número de visitantes. Lograr que aumente la asistencia se ha convertido a veces en una obsesión

para sus responsables, y para lograrlo acuden con frecuencia a los estudios de visitantes. Estas prospecciones son positivas, tienen gran importancia y todos los museos deberían tener encargados que se ocuparan de ello con continuidad (lo que no suele suceder). Pero se ha de tener bien claro que las posibilidades de tales estudios son muy limitadas en lo que se refiere a orientar bien el futuro de un museo.

Desde luego, nadie más adecuado que el visitante para decir si faltan bancos, si hace calor, si echa en falta una cafetería o si lo que ha visto le ha interesado o no. Pero no parece el más capacitado para indicar el modo en que se puede exprimir la esencia cultural de las colecciones o mejorarlas de algún modo, que debe ser la principal preocupación de los responsables del museo. Con los estudios de visitantes se trata de incitar —y aquí radica el desenfoque— a la dirección a servir las preferencias e intereses del público sin la más mínima intención de procurar su educación ni el cumplimiento de los demás fines que corresponden a un museo. Otro error, no ya de principios, sino técnico, es considerar que el público se deja guiar por algunos factores manejados desde el propio museo —paneles aquí o allá, itinerarios—, olvidando, en cambio, la propaganda como un factor altamente influyente en la asistencia de espectadores. En nuestra opinión, si lo que se muestra es bueno y además se da a conocer debidamente, el público responderá acudiendo; si falta uno de estos dos factores, de poco valdrán las reformas.

REPRESENTACIÓN O EXHIBICIÓN

Por eso nos resulta sorprendente que museos como el Prado, que tienen falta de espacio para exponer sus colecciones permanentes, contemplen como asunto primordial en su ampliación los ámbitos dedicados a recepción, servicios diversos y actividades complementarias de todo tipo. El Prado lleva varios años, por ejemplo, exponiendo apenas docena y media de obras de pintura española del siglo XVII (sin contar las de Velázquez, Murillo, algo de Zurbarán y de naturaleza muerta) y del medio centenar de pinturas de Luca Giordano que posee, no cuelga ni una sola. Algo remediará la incorporación del actual museo del Ejército, pero no parece muy próxima ni tampoco supone una solución definitiva a estas

carencias; mientras tanto, cuando sale en préstamo del museo una pintura, su lugar suele quedar vacío hasta su vuelta. Llevamos bastantes años sin que se exponga la pintura del siglo XIX por las obras del Casón del Buen Retiro, y no se ha previsto una solución alternativa que permita seguir cumpliendo su función a esa importante parcela de los fondos del museo. Están anunciadas o comenzadas obras de ampliación en varios museos estatales —Romántico, Sorolla, Artes Decorativas, Greco de Toledo— y sería deseable que los respectivos proyectos estén orientados de forma preferente a favorecer la exposición, aunque sea a costa de espacios representativos.

EXPOSICIONES TEMPORALES En sintonía con las tendencias anteriores se halla el fenómeno, en auge, de las exposiciones temporales dentro de los museos. Nos referimos a aquellos casos en que, para instalar una exposición, hay que reducir el espacio destinado a mostrar sus colecciones, y sobre todo, cuando se hace a costa de desorganizar constantemente lo que estaba ya organizado como exposición permanente. El acontecimiento llegó al extremo en el Reina Sofía, que durante años sólo ofrecía exposiciones temporales y no colección permanente. El ejemplo ha cundido, y tenemos el caso del Guggenheim de Bilbao, el recién inaugurado Artium de Vitoria o el CAAM de Las Palmas de Gran Canaria, donde el espacio de las exposiciones temporales supera ampliamente al ocupado por la colección permanente expuesta. Es cierto que cualquier museo tiene dificultades para animar a una segunda visita y parece que le resulta más sencillo y práctico ofrecer la novedad de una exposición temporal. Buena prueba es la alarmante disminución del número de visitantes que experimentó el Thyssen pasados unos años de su inauguración, tendencia que ha conseguido invertir por el éxito de sus exposiciones temporales, las cuales se colocan de forma modélica, respetando el espacio y disposición de los fondos propios.

Todo lo contrario podemos decir de los hábitos que ha adquirido el Prado desde que, con motivo de la conmemoración centenaria de Felipe II en 1998, tomó la costumbre de albergar exposiciones temporales desmontando parte de la colección permanente, lo que nos parece

equivocada dirección. Es lástima ver cómo se vacía medio museo quitando obras fundamentales para exhibir una bonita colección de piezas sin que exista un proyecto científico, como si se tratara de hechos incompatibles. Prevalecen circunstancias de oportunidad, razones de amistad, lucimiento personal y otras de índole semejante; como consecuencia, se editan catálogos inservibles con textos sin rigor redactados por personas poco cualificadas que se limitan a repetir lo ya publicado; eso no podemos decir de los catálogos de arte del siglo XX, porque es excepcional que lleven comentarios de las obras presentadas.

POLÍTICA DE ADQUISICIONES

Una consecuencia perniciosa más de la falta de ideas claras sobre lo que debe ser un museo público es el caos de las adquisiciones. La política de cada museo al respecto ha de quedar establecida y ha de respetarse, ha de basarse en criterios científicos y de calidad, atenerse con rigor a la línea que imponen los fondos y completar y enriquecer sus colecciones. De nada vale acumular en los almacenes objetos repetidos cien veces, o que son peores que otros que ya se poseen, o que no tienen significación alguna, o que son quincalla que no dignifica la colección. Las adquisiciones de los museos no pueden hacerse por el capricho de un responsable, o por un criterio oportunista de «no es pieza importante, pero la dan barata». A este respecto es especialmente peligrosa la adquisición de bienes mediante dación en pago, ya que supone que el Tesoro público paga —y a veces muy caros— unos objetos que la Administración no ha elegido, y que quizá no eligiera si tuviera que comprarlos en un establecimiento o una subasta; ciertamente, el organismo competente puede rechazar la dación si juzga que no tiene interés, pero la realidad indica que la mayoría de las ofertas se aceptan. Por cierto, no queremos pasar por alto la publicidad gratuita que consiguen con la dación muchas empresas y particulares que aparecen como benefactores (dación y donación se parecen fonéticamente) cuando no hacen sino cumplir sus obligaciones tributarias de una forma atípica; y que esta publicidad se perpetúa en algún museo oficial (léase MNCARS) con una placa, homenaje que se

niega a quienes dieron la obra a título gratuito; por no hablar de aquellos casos en que la dación lleva aparejado un buen negocio con plusvalía exenta fiscalmente.

MOVILIDAD DE LAS PIEZAS

En cambio, nos parece muy oportuno que se estimule la movilidad de las piezas que se encuentran habitualmente en los almacenes, bien mediante préstamos o depósitos y también permutas, aún con museos extranjeros, que están previstas en la legislación. Este tipo de movimientos no se impulsa desde las altas instancias tanto como conviene, y debería hacerse. Nada obsta, incluso, a la desclasificación como bienes de dominio público y posterior venta, de multitud de objetos de poquísimo o ningún valor que atiborran los espacios de reserva de algunos museos y tan sólo originan trabajo burocrático de inventario y limpieza.

Por ahora damos fin a estas consideraciones. Quede para una próxima ocasión la referencia a las actividades didácticas y científicas —entre ellas, la muy espinosa de la confección de los catálogos—, la organización interna con atención a los patronatos, la responsabilidad de críticos y comentaristas y otras varias. ◆■ JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS

LUIS FEITO

Un clásico de lo abstracto

Luis Feito

Luis Feito ha sido considerado uno de los máximos exponentes de la pintura abstracta contemporánea en España. Hasta finales del pasado mes de agosto, en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, se ha podido visitar la exposición retrospectiva «Feito: 1952-2002». **Alfonso López Perona** explica que, pese a lo reducido del número de obras de la muestra (unos 90 lienzos y otros tantos dibujos) en relación a la importancia de un período tan dilatado, ha resultado una buena oportunidad para evaluar la obra de un pintor puro en su vocación y en su lenguaje, que no es otro sino el de la pintura: el espacio, el color, la línea y la forma.

Entre las novedades más importantes del siglo XX figura la aparición del arte abstracto, como vanguardia primero y más tarde como forma de expresión que se ha adueñado de las artes plásticas. Por más que la abstracción haya hecho evolucionar notablemente la teoría estética, y con ella la manera de acercarse a la obra de arte y contemplarla, sigue representando un arcano para el gran público en la medida en que éste asocia indisolublemente el concepto de arte con el de representación de la Naturaleza, pues la estética aristotélica sigue vigente como idea popular

de Arte. La Ilustración partía de la premisa de que toda verdadera obra debe ser entendida por todos sin esfuerzo, ya que el hombre posee naturalmente una capacidad de distinguir y apreciar lo bello. Para esta concepción, la incomprensión de la obra artística por parte del observador debe ser culpa del autor, en la medida en que éste se habrá desviado de lo sencillo y lo natural, categorías que deben concurrir, según los ilustrados, en toda producción artística. Por el contrario, en la abstracción ese canon es mucho menos obvio.

Contrariamente a lo que pensaba la Ilustración, la apreciación de cualquier obra de arte precisa siempre de una sensibilidad educada y de un esfuerzo de contemplación y discernimiento. Cuando, como sucede con la abstracción, se ha prescindido de toda referencia evidente, la aproximación del espectador al Arte se puede hacer aún más difícil. A partir de ahí, la personalidad del autor, su subjetividad y sus claves biográficas parecen cobrar mayor importancia. Con independencia del sentimiento que la obra en sí provoque, da la impresión de que no cabe su comprensión cabal sin tener alguna noticia del creador. Quizá ello explique por qué el siglo XX, con su incorporación de la idea de «cultura de masas», ha generado una nueva consideración del artista como figura pública y mito colectivo, todo al mismo tiempo, por lo que en no pocas ocasiones se ha exaltado una obra mediocre tan sólo porque la personalidad de su creador no lo era.

Me interesaba señalar todo lo anterior para poner de manifiesto que no siempre ése es el caso. Tengo el privilegio de que el parentesco, trayectorias vitales y afinidades electivas me han permitido estar cerca de la persona y de la obra de Luis Feito, uno de los máximos exponentes de la pintura abstracta contemporánea en España.

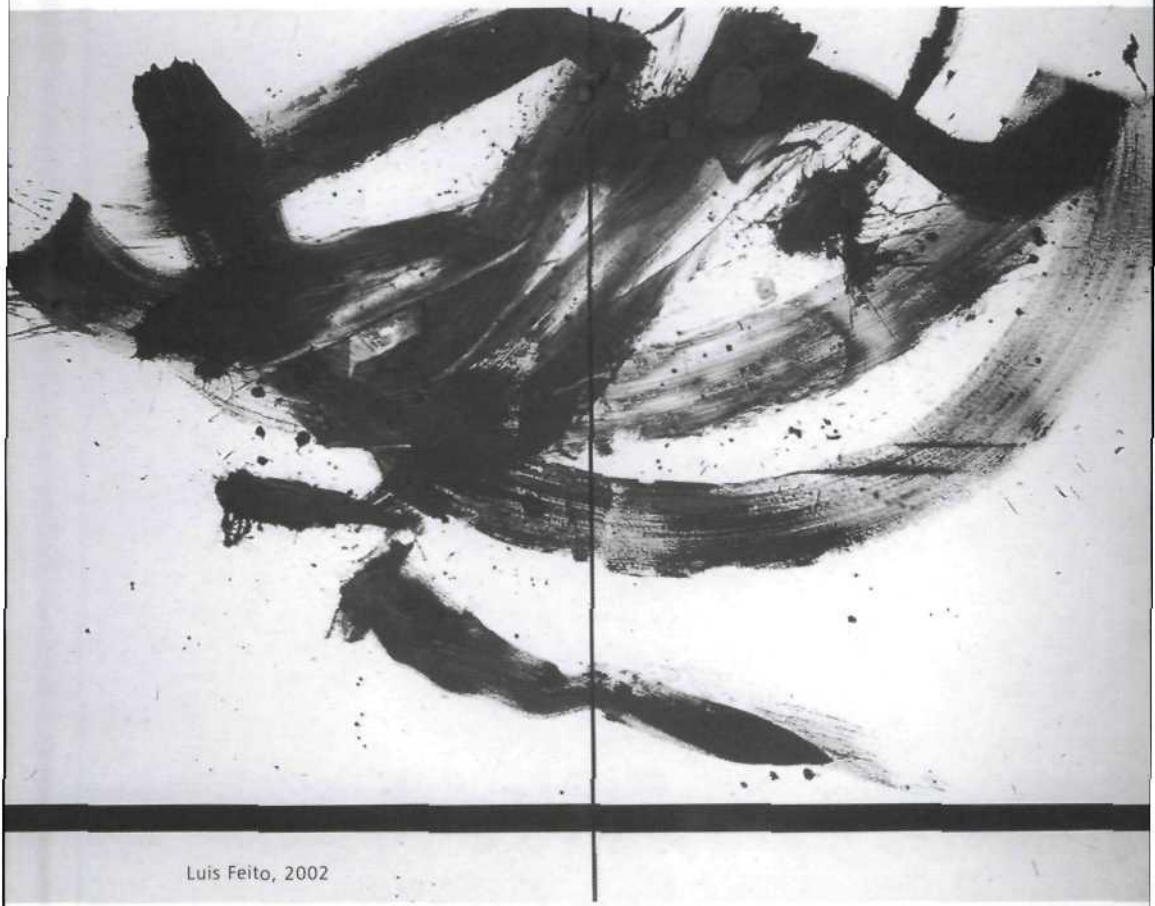
Feito, nacido en Madrid en 1929, se formó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde aprendió todas las técnicas que un artista precisa conocer y dominar. Sus primeras obras de los años cincuenta son de clara inspiración cubista y figurativa, pero la exposición del Museo Reina Sofía arrancaba de un momento posterior, cuando a partir de ahí empezó a desarrollar una expresión propia, hecha de rugosidades y materia resultante de la combinación de óleo y arena. Esta época de «cuadros

El conflicto entre su cultura de origen y la francesa ayudó a Feito a ser más consciente de sus raíces españolas y a profundizar en sus orígenes, de los que no se ha desprendido nunca

matéricos» abarca desde fines de los años cincuenta a principios de los años sesenta, época en que Feito se había instalado ya en París, gracias a una beca del Gobierno francés. La aproximación a las muestras más recientes y significativas de la pintura contemporánea que le brindaba el París de los años cincuenta le animó a quedarse allá por sus propios medios. Como él mismo confesó a Francisco Calvo Serraller, el conflicto entre su cultura de origen y la francesa le ayudó a ser más consciente de sus raíces españolas y a profundizar en sus orígenes, de los que no se ha desprendido nunca.

En esos años hay otros dos acontecimientos dignos de reseña. De un lado, la creación en 1957 del Grupo *El Paso*, en la que Feito participa en conjunción con otros pintores y artistas como Canogar, Millares o Saura. En una entrevista muy posterior a esa época con el crítico Fernando Huici, Feito señalaba que *El Paso* nació para impulsar una creación artística de carácter contemporáneo en España. La joven pintura española fue toda una revelación en la Bienal de Venecia de 1958, en la que nuestro pintor estuvo presente con otros compañeros de su generación. En la edición siguiente, la de 1960, Feito obtuvo el reconocimiento de la Bienal mediante la concesión del Premio David Bright, como galardón a una obra ya con plena madurez expresiva. De esta época la exposición del CARS mostraba una sala de cuadros «blancos y negros», que se cuentan entre los más bellos de toda su producción. Me permitiría resaltar, entre ellos, una espléndida tela, propiedad del Guggenheim Museum de Nueva York.

Siguiendo con el orden de aquella exposición, hubo otra sala dedicada monográficamente al período «rojo y negro», uno de los más dramáticos de su obra. Ya avanzados los años sesenta, aparecen en sus telas formas bulbosas como evolución de las manchas circulares del período anterior en las que, junto a la gama cromática que ya había trabajado, aparecen otras nuevas. Como en los casos anteriores, saben a poco los



Luis Feito, 2002

escasos cuadros que se presentan de esa época. Está prácticamente ausente y sin representación el período correspondiente al decenio del setenta, el último en que trabaja en París.

A lo largo de los años 80, Feito emprendió una nueva etapa, que Calvo Serraller ha caracterizado como un «renovado juego de tensiones». En ella se enfrentan «mallas de líneas geométricas» a «manchas cromáticas de gestualidad libre», al tiempo que la dialéctica del color se establece entre tonalidades pardo-rojizas y blanquecinas. Esta etapa corresponde

Luis Feito, 1961

a su instalación en el continente americano, en Montreal en concreto. Como ha dejado anotado en su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando, «Notas sobre un Itinerario», América le perturbaba por su ausencia de pasado y por su falta de lastre histórico y de raíces, a la vez que le atraía por ese vitalismo desbordante que caracteriza al Nuevo Mundo. En Canadá, su obra se amplió a otras formas de expresión realizando una serie de pequeñas esculturas en madera, acero y bronce que se

fueron dispersando sin haber sido nunca exhibidas en nuestro país, así como una escultura monumental por encargo de la Ópera de Montreal. Dentro de esta tónica de diversificación, diseñó joyas e ilustró un libro de tradiciones orales y cuentos de las tribus indias del noroeste canadiense, quizá como tributo a esas culturas primitivas que tanto admira, y cuya influencia sobre el arte del siglo XX ha sido decisiva desde la aparición del Cubismo.

Unos años después, una nueva peripecia vital le llevó a Nueva York, ciudad que él mismo ha definido como «la exasperación de cuanto define a nuestra época». Nuestro pintor ha confesado que la crudeza deslumbrante de esta Meca de la civilización contemporánea representó para él la expresión desinhibida de un poderoso enfrentamiento entre la anarquía y el orden en todo su rigor. La experiencia neoyorkina duró hasta 1993, cuando decidió reencontrarse definitivamente con su país y trasladarse a Madrid. Finalizaba así una etapa cosmopolita que le había enriquecido en lo personal a costa, quizá, de apartarle un tanto del panorama artístico español.

Feito no es un pintor fácil ni accesible. Su misma personalidad, mezcla de timidez y de un cierto recogimiento interior, se plasma en una obra en la que las contradicciones y el lirismo constituyen las notas más destacadas. En la pintura de Feito se aprecia una cierta tensión entre lo racional y lo instintivo, entre el espacio vacío y la concentración de materias, entre colores contrapuestos y dramáticos (el blanco y el negro o el rojo y el negro, principalmente); en suma, entre la rigidez geométrica y el gesto espontáneo. Estas contradicciones están presentes en su método de trabajo que, en sus conversaciones con Juan Manuel Bonet, ha descrito de la siguiente manera: «cuando pinto, ataco la tela de lleno, sin plan preconcebido... empiezo por el caos total, por el *defoulement*. Es una manera de echarse al agua, de abrir el fuego, de quitarse el miedo. Luego, voy organizando el caos. Empieza la reflexión».

El Arte es para nuestro pintor un elemento esencial en la vida espiritual del Hombre. Su sensibilidad se identifica con una porción de objetos tales como máscaras africanas, *kachinas* de los indios Hopis del suroeste americano o piezas de arte esquimal, todas las cuales colecciona porque,

como confiesa, en ellos es imposible separar estética y función: «la estética sola no sirve para nada si no es expresión de algo fundamental. No contemplo el arte primitivo desde un punto de vista decorativo. Me impresiona que objetos creados para ciertos ritos, para ciertas funciones, posean tal carga de universalidad».

Entre los elementos esenciales de su pintura figuran la conjugación de elementos puramente pictóricos y el constante recurso a la misma gama cromática. En la lúcida interpretación de Juan Manuel Bonet, «los negros, las tierras, los rojos, marcan un clima de interioridad, de austeridad, de una cierta mística» de carácter hondamente español. Esta fuerte personalidad española de la obra de Feito ha sido reiteradamente apreciada por la crítica francesa. Como afirma bellamente Pierre Restany, Feito define en su pintura «un orden trascendental del Barroco, un lirismo de la materia bruta controlada por una organización poética, a la vez efectiva y racional, de la luz». Se trata de la expresión sensible de la vida interior del artista en la que, junto al goce que proporcionan la luz y el color, aparecen, con gran violencia, sensualidad y mística, materia y espíritu en una evocación clara del naturalismo español.

Junto a su españolismo irrenunciable de fondo y a la admiración por la pureza de líneas, la geometría y la funcionalidad estética del arte primitivo, hay que hablar también de la pintura china y del arte Zen como uno de los acerbos y tradiciones artísticas que siguen influyendo poderosamente en su trabajo. Ello se debe a su concepción de la pintura que debe salir con naturalidad del interior del artista «por el brazo y la mano» con naturalidad, «con la fluidez con que corre un río, salvando obstáculos y pasando a través de ellos», como decía en sus «Notas sobre un itinerario», ya citadas. Los últimos cuadros de la exposición, correspondientes al trabajo que viene realizando en el presente, se inscriben dentro de una línea gestual y caligráfica acorde con esa estética oriental.

CONFESIONES DE AUTOR

Se ha dicho que hoy apenas existe un artista que pueda eludir el autocomentario de su obra. A través de numerosas conversaciones con los críticos, Feito ha ido desgranando los valores estéticos que le sirven de referencia y el

significado que para él tiene la pintura. «La pintura no la concibo como una carrera de novedades, ni como un laboratorio de investigación, sino como algo clásico, consecuencia de toda una cadena de acontecimientos anteriores. No me interesa para nada que una obra sea avanzada o no. El único criterio válido me parece, en definitiva, lo bueno y lo malo, la buena pintura o la mala pintura». En unas recientes declaraciones al diario *ABC* y en línea con lo anterior, decía sobre la evolución de su obra: «No hay un solo salto, sino continuidad. Para mí, la palabra revolución en arte no tiene sentido; hay evolución».

Feito rechaza la «originalidad» como un valor en Arte: «no existe en Arte la originalidad en lo absoluto, sino tan sólo aportaciones diferentes que amplían lo que hoy conocemos». En un sugerente párrafo de su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando, en el que se condensa su pensamiento estético, dice: «toda creación precisa nutrirse de la experiencia y de la sabiduría adquirida por los que recorrieron el camino antes que nosotros. La condición humana necesita un ámbito temporal para transformarse y mejorarse y esa presencia de lo anterior es olvidar en perjuicio suyo por aquellos que consideran que la validez de la Obra depende exclusivamente de la ruptura con la sabiduría del pasado».

En los últimos años, Feito se ha visto recompensado con numerosos honores y distinciones. Ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1998; recibió la Orden francesa des Arts et des Lettres en grado de Comendador así como la española Medalla de Oro de las Artes; Arco y Estampa, nuestros certámenes de Arte Contemporáneo más internacionales, le han galardonado en sus últimas ediciones con importantes premios. Sin embargo, Feito sigue con su trabajo callado, en el que se conjugan continuidad creativa y evolución al margen de modas imperantes. Quizá por ello resulta discordante en una época que exalta el efectismo intrascendente y el culto a lo efímero. Nuestro tiempo eleva lo mediocre a categoría de sublime a fuerza de mercadotecnia y margina necesariamente a quien no se somete a la tiranía del exhibicionismo mediático. Feito ha dejado dicho que «la obra debe existir por sí misma y, si no es así, por más explicaciones que nos den sobre ella, no existirá jamás». ALFONSO LÓPEZ PERONA

LITERATURA SAPIENCIAL (I)

¿Alguno de ustedes apetece saber?

Cada sociedad ha visto con respeto a ese grupo de hombres que, en su seno, tenía por sabios. Como si ellos fueran tan necesarios para la sociedad como los garantes de la seguridad o los proveedores de los medios de subsistencia. De hecho, solían nuestros padres ir más allá, al reconocer la actividad sapiencial como una de las más altas a la que podían aspirar los miembros del grupo. Qué tipo de bienes debían garantizar los sabios, sin embargo, de cuáles debían proveerse las sociedades gracias a ellos, ha conocido variadas concreciones. **Rafael Llano** propone un rápido repaso a algunas de las propuestas de filósofos y literatos que han tenido aceptación como actividades sapienciales. Su discusión podría dar lugar a un esclarecimiento de la naturaleza, función y forma que esta actividad adquiriría en nuestros días, si es que algo así es posible y, sobre todo, si es que algo así nos sigue apeteciendo.

Conocer la posición del hombre en el cosmos —en el universo visible e invisible—; su relación con la naturaleza, con los otros hombres, consigo mismo: conocerse el hombre como parte de un todo, sabiendo, por tanto, qué ese todo. En eso consiste saber, al menos para pensadores como Aristóteles que, después de haber dicho que todo hombre desea

por naturaleza vivir junto a otros hombres —que a todo ser humano le es tan dulce la compañía de un congénere como amarga la soledad—; que después de haber dicho que todo hombre desde su infancia persigue el placer y rehuye el dolor, concluía que todo hombre sin proponérselo, sin hacerse violencia, porque le es placentero, apetece saber.

SABIDURÍA FILOSÓFICA

De hecho, él diseñó un edificio para la sabiduría (*sofía*), consistente en el conocimiento racional de todas las sustancias del universo, según sus especies. Una sabiduría que empezaba por determinar el número y la sustancia de las *Categorías* racionales necesarias para elevar ese edificio. Una sabiduría que daba después un repaso conceptual a los instrumentos lógicos, cuyas sustancias o formas definía para avanzar luego por vía demostrativa. Una sabiduría que se interesaba por las sustancias definibles para hacer progresar una *Física*; las correspondientes para hacer progresar una *Astrología*; y una sabiduría que necesariamente habría de conocer los principios y habría de saber razonar sobre las sustancias invisibles, es decir, sobre Dios y las cantidades discretas: una sabiduría que no ignoraría la *Metafísica*, ni obviaría la ciencia de los Animales —que incluiría una *Biología* racional—; una sabiduría que conocería la sustancia de los seres humanos —esos animales dotados de un chispazo de la lumbre divina—, sobre cuya alma se escribirían varios libros; y, luego, una sabiduría que sería ciencia de la vida práctica de los seres humanos: que conocería la sustancia de nuestras elecciones y la sustancia de nuestras disposiciones respecto a las pasiones, y que se agruparía bajo el nombre de *Ética*; que conocería también la sustancia de las formas de gobierno, la causa de las revoluciones y de la estabilidad de los regímenes, que se explicarían en los libros de la *Política*; y la ciencia de los argumentos persuasivos con significación práctica, los abordaría una *Retórica* racional, parte también de la sabiduría, puesto que el hombre es el solo animal, según esta sabiduría, que además de ser político, está dotado de palabra por medio de la cual persuade a sus congéneres vecinos sobre lo bueno y sobre lo malo para lo que emprenden en común. El edificio de la sabiduría de Aristóteles

concluiría, en fin, con las definiciones y razonamientos de los libros de la *Poética*, gracias a los cuales el filósofo sabría a qué atenerse con escritores y poetas.

Una sabiduría como ésta no consistiría es saberlo «todo de todos los seres», privilegio acaso de un ser divino. Tratándose de un ser humano, ser sabio consistiría más bien en saber «lo sustancial» de todos los seres o, más precisamente, lo sustancial de la «mayoría» de los seres, según sus especies. Pues no se hace sabio quien conoce a un hombre o una mujer, a dos o a tres, a cien o a mil, sino quien conoce a todos o la mayoría de los hombres y de las mujeres. No es sabio quien conoce un animal o una clase de animales, sino quien conoce todos los animales de todas las clases que componen el reino animal; y todas las clases de vegetales del reino vegetal; y todos los cambios sustanciales que pueden ocurrir en el mundo físico.

Sabio es, pues, según Aristóteles, quien conoce la sustancia de todos los individuos que existen en el universo, con esta importante salvedad: el sabio aspira a conocer todas las realidades del universo, salvo aquellas que ocurren o existen «por casualidad». El sabio ha de saber que «todos» los hombres nacen con cinco dedos en cada mano. Pero si, y por qué, uno en particular ha nacido con menos dedos, u otro con más, no es cosa por la que él vaya a interesarse. Tal vez un cirujano o un pediatra o cualquier otra clase de médico, que atiende a los casos particulares, deba atender a esa excepción. Pero el sabio renuncia por principio a conocer lo que ocurre «por azar»: todo lo que queda al margen de lo causal —lo que ocurre sin causa aparente, o sin causa cognoscible, o con una causa tan difícil de averiguar, o tan laboriosa de comprobar, o tan inútil de certificar, que se da por incognoscible—, entra todo en el cajón de «lo azaroso» y como tal se pone al margen de la sabiduría, en la gris insapiencia de lo insustancial.

Por descontado que, al margen de este modelo, cabe pensar infinitos otros modos posibles de buscar la sabiduría. Demos por sentado que es posible al menos imaginarlos: imaginar esas ilimitadas bibliotecas borgianas donde las estancias, las repisas, los libros no tienen fin y donde, por tanto, siempre cabe imaginar que otra sabiduría distinta de aquella de la que uno eventualmente dispone, podría llegar a

adquirirse. El modelo propuesto por Aristóteles a partir de la sustancia no es más que un tipo de sabiduría —la filosófica—, que se contrapone a otros muchos modelos.

SABIDURÍA PROVERBIAL Uno de ellos es el de la sabiduría proverbial. Las sentencias o máximas proverbiales son proposiciones definitorias de hechos, por ejemplo, cosmológicos: «En abril, aguas mil», o teológicos: «Dios aprieta pero no ahoga», o antropológicos: «La carne es como la flor del heno», o morales: «Dice el perezoso: ahí fuera hay león»; que suelen además guardar una semejanza explícita y frecuente con los silogismos que Aristóteles llamaba prácticos, es decir, referentes al comportamiento del hombre en relación con la naturaleza: «Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo»; o con relación al trabajo: «A quien madruga, Dios le ayuda»; o con relación al trato con los demás: «Sima profunda —la ramera, y pozo estrecho — la extraña»; o en lo político: «A enemigo que huye, puente de plata»: o con relación a la persuasión: «Mejor es dar con una osa a quien han arrebatado su cría, que con un necio en el frenesí de su necedad». En algunos casos, el proverbio es la definición de un hecho que sirve simultáneamente como conclusión práctica, si el que conoce este enunciado sabe aplicar su generalidad a una situación humana concreta. Ejemplo: «El tropezón adelanta un paso».

A diferencia de la construida por Aristóteles, la forma proverbial de la sabiduría —este conjunto indiferenciado de máximas referentes al Universo y la posición del hombre en él—, es un fenómeno cognoscitivo colectivo (pertenece a un pueblo o sociedad) y habitualmente de naturaleza oral (sólo excepcionalmente los proverbios adquieren forma escrita, cuando se compilan como en el *Libro de la Sabiduría* o en *Los trabajos y los días*).

Una tal forma sapiencial tiene ventajas e inconvenientes respecto a otras formas posibles de sabiduría. Entre las primeras, se cuenta el que permite orientarse de modo práctico a los miembros de una sociedad en todas, o la mayoría, o las más determinantes de las encrucijadas en las que se ven envueltos, sin otra necesidad de instrucción que la de retener

memorísticamente los proverbios. Es un modelo frecuente en sociedades eminentemente agrícolas.

Entre sus inconvenientes, cabe señalar que la sabiduría proverbial es incompleta, o mejor dicho, que no hay modo de saber si es completa o no, porque no es sistemática. Además, apenas abandona el terreno del conocimiento práctico, pues, en sustancia, la conceptualización se orienta a un rendimiento o utilidad más o menos inmediatos. Desconoce o cultiva en mínimo grado el conocimiento por sí mismo, es decir, la belleza del conocimiento; y desconoce, en conclusión, las consecuencias morales, relativas al comportamiento humano, que tiene ese reconocimiento de la nobleza del conocimiento —Sancho ignora el tipo de vida y determinados goces que caracterizan el estilo de vida de don Quijote—.

La sabiduría proverbial, en fin, mira siempre al futuro: está hecha de pasado —de experiencia y tradición—, pero mira siempre hacia adelante, porque las decisiones se refieren a lo que está por ocurrir y depende de nosotros. Los problemas que preocupan a los hombres y mujeres de esa sociedad son los inmediatos relativos al trabajo, a la defensa frente a extraños, a la procreación, a la enfermedad. Es verdad que hubo acontecimientos que dieron origen a la familia o viaje o circunstancias de las que proceden este pueblo o sociedad: pero eso es cosa del saber de los ancianos; ellos, que ya nada pueden hacer —sus miembros no tienen fuerza, ni su vista agudeza— pueden dedicarse, en su inmovilidad, a custodiar el pasado y a transmitirlo.

EL SABER ÉPICO Si el pasado no entra a formar parte de las preocupaciones prácticas de un pueblo asentado, constituido desde tiempos remotos, en uno que acaba de conquistar su derecho a existir entre los pueblos, existe sin embargo una forma de conocimiento sapiencial distinta de la proverbial y distinta de la científico-filosófica, que sí tiene que ver con ese pasado inmediato.

El relato épico o epopeya es una forma de sabiduría que da cuenta de la posición del hombre en el Cosmos, señalando: la naturaleza o, al menos, el comportamiento de los seres suprasensibles —divinos—, con

relación al modo como ocurren los sucesos humanos y, en particular, la constitución u origen de un pueblo. Desde este punto de vista, la narrativa épica puede ser más o menos mitológica.

Además, el saber acerca de los dioses no puede sino tener consecuencias en el conocimiento acerca de los hombres: lo que éstos *son* en relación a aquellos —hijos, amigos, enemigos, su competencia... —, y lo que ellos pueden o deben *hacer*, en consecuencia, es determinante para todo género de cuestiones prácticas.

Pero entre estas cuestiones prácticas, la sabiduría épica se refiere sobre todo a las de naturaleza política: a esos hechos extraordinarios que han permitido a un grupo conquistar su derecho a existir, arrebatándoselo a la naturaleza, o a otros grupos. Hechos tan extraordinarios, que todo problema práctico referido al futuro inmediato resulta de hecho irrelevante. En el caso límite, ni siquiera la amenaza de una muerte inminente, consecuencia de una irresolución frente a problemas prácticos, importa a quien ya ha superado los peligros y pruebas del periodo constitutivo: lo relevante es que el pueblo griego ha impuesto su voluntad frente a sus contendientes troyanos; que los castellanos derrotan a los musulmanes, los rusos a los mongoles, y que tras la sangre de los que hoy mueren en las barricadas de París alborea un pueblo sin clases, sin fanatismos.

La sabiduría épica define, pues, las partes del Universo —divinas, humanas y naturales— que entran a formar parte del constitutivo social. Lo hace, por ello, necesariamente, en una dirección opuesta a la filosofía que se ocupa de definir las sustancias de las cosas. Porque la actividad filosófica se interesa por aquello que tienen en común una pluralidad de cosas individuales —silogismos, astros, plantas, animales, dioses, hombres—, y aspira a conocer lo que la generalidad o, aún mejor, la universalidad de esas cosas tiene de diferencial respecto al resto. Pero la sabiduría épica se mueve precisamente en sentido contrario: no hacia la totalidad de los géneros últimos de las cosas, sino hacia lo concreto, específico, irrepetible que tienen algunas cosas singulares, sean la divinidad o el pueblo o los ciudadanos griegos, romanos, españoles, rusos, alemanes o vascos.

La sabiduría épica se parece a la proverbial en que es de un pueblo; se diferencia de ella, en cambio, en que si ésta se orienta al futuro inmediato, aquélla, por el contrario, considera sólo el inmediato pasado. La epopeya no resuelve necesidades prácticas cotidianas, pero es ella la que explica que una sociedad haya llegado a tener una realidad cotidiana.

Una forma posterior, y en cierto sentido evolucionada, de la sabiduría épica, es el del texto o discurso teatral —dramático—.

TEATRO Y SABIDURÍA

Entiendo por texto dramático aquel que es pronunciado no por un hablante —el narrador— que además no es, como en la epopeya, el protagonista del relato, sino por una pluralidad de hablantes que, por añadidura, protagonizan ellos mismos aquello que sucede, parcial o enteramente, a consecuencia precisamente de lo que dicen.

Desde el punto de vista de su constitución, la literatura dramática tiene la peculiaridad de aunar la causalidad eficiente, que podríamos decir es la que pone en marcha todo relato (el épico como cualquier otro), y la causalidad formal que hemos dicho caracteriza al discurso filosófico (y, en cierto sentido, también al conocedor de proverbios y refranes).

Cuando un drama propone a nuestro conocimiento la identidad de un sujeto, no lo hace mediante la definición de su forma o sustancia —de aquella generalidad común a otros seres, que les diferencia a su vez del común del resto—. Así procede la filosofía, pero el drama define la identidad de un sujeto como consecuencia enteramente de lo que ese individuo dice sobre sí mismo y sobre los demás, y lo que los demás dicen sobre ese individuo y sobre ellos mismos. O dicho de otro modo: los acontecimientos extraordinarios que caracterizaban la epopeya han sido absorbidos enteramente hasta transformarse en diálogos: que un dios se revele o una mujer muera en un drama no significa que alguien —el narrador— nos cuente cómo se le apareció un dios al protagonista o cómo se murió una mujer en sus brazos; significa que un actor dice que un dios se le está apareciendo y que está mujer que está en sus brazos se está muriendo de tal modo, de tal modo extraordinario lo dice que nosotros, sabiendo que no es verdad, le damos no obstante crédito.

En el drama antiguo, esta coimplicación de la causalidad eficiente y la causalidad formal podía verse de algún modo representada en los «personajes» a los que suceden las cosas, y el «coro» que nombraba, comentaba o explicaba por sus causas, con frecuencia de modo «sapiencial», aquello que los personajes hacían o padecían.

En su *Poética*, Aristóteles renunciaba a explicar el origen del coro, como es sabido. Sería interesante establecer algún vínculo entre la parte del texto dramático correspondiente al coro y la antigua literatura sapiencial, lo mismo la del estamento sacerdotal que la poética. Pues es sabido que los primeros coros dramáticos estuvieron compuestos por individuos pertenecientes al gremio de los sacerdotes, y por tanto, es verosímil que exista una relación entre el saber cúltico y doctrinal de los sacerdotes y el texto de los coros.

Pero el tipo de sabiduría que transmite la poesía religiosa no sacerdotal, como la que recita Píndaro al término de los juegos olímpicos, por ejemplo, proporciona de hecho otra pista acaso más valiosa. Sin duda, la intervención del coro en la acción dramática guarda no poca relación con la del poeta al término de la agonía o competición deportiva: el poeta en este caso, como el coro en el otro, es capaz de nombrar la relación que existe entre el resultado de la acción, las cualidades del personaje y la voluntad de los dioses.

En la evolución del arte dramático, coro y acción se integran paulatinamente, como todo el mundo sabe, hasta acabar fusionándose en una única acción dramática, más o menos ilustrada por monólogos o recitativos de los propios personajes que, a acción parada, comentan ante el público —ante la «cuarta pared»— su suerte o su desdicha.

Por lo que se refiere a su potencia sapiencial, al texto dramático no se le exige habitualmente la misma extensión ni la misma intensidad cognoscitiva que se demanda de una epopeya. No le pedimos a *Las suplicantes* —a esas extranjeras— que nos muestren la posición de «los nuestros» en el Cosmos en el mismo grado en que lo hace la *Iliada* respecto a los griegos (aunque bien pudiéramos considerar que determinados textos dramáticos no le andan muy a la zaga: *Las bacantes*, tal vez, o *Hamlet*).

Pero si nos fijamos no en uno, sino en varios o todos los textos dramáticos de un autor (o, incluso, aunque más forzadamente, los principales de una época), podríamos considerarlo sapiencial en el sentido de que prolongan los contenidos de la sabiduría épica en las circunstancias de asentamiento de un pueblo. Representa, por así decir, el paso de la sabiduría de campamento y combate a la de asentamiento urbano y lucha social, política.

Porque son idénticos o similares fundamentos en la epopeya y en el drama: los mismos o similares dioses en uno y otro, los mismos o similares hombres en uno y otro. Si una sociedad ya sedentaria no puede reconocer en sus textos dramáticos los fundamentos sapienciales transmitidos por sus relatos épicos, es que ya no es la misma sociedad. Ésta dura mientras perduren la eficacia cognoscitiva, teórica y práctica, de los relatos épicos. Y si alguien se propone remover de la sociedad sus fundamentos sociales, no le bastaría probablemente con inventar un drama para dar con éxito esa batalla. Es verdad que un texto dramático puede —y en determinadas circunstancias, debe— ejercer una profunda crítica del *status quo* de la sociedad. Esto es lo que ha hecho determinado teatro decimonónico en su entorno burgués. Pero es significativo que, tras la Revolución de octubre, por ejemplo, fracasaran en muy poco tiempo los intentos de crear un teatro revolucionario, capaz de transmitir a la masa de un pueblo analfabeto los fundamentos de la nueva era bolchevique. Porque más que un drama, lo que la Revolución tenía que inventarse era un relato épico, capaz de aunar a esos millones de individuos (y ese relato épico se acabó encontrando, como es sabido, en el cine, con el *Acorazado Potemkin*).

Cabría, pues, hablar del rendimiento sapiencial del drama (de un conjunto de textos dramáticos) como de uno de segundo orden. El drama es más reflexivo que constitucional, a diferencia de la épica. Ésta proporciona el capital, aquél las rentas. El drama es beneficiario de la sabiduría épica y de algún modo queda legitimado por ella. No en vano los dramas tienen frecuentemente por protagonistas a sujetos históricos, épicamente prestigiados. Pero el drama beneficia al mismo tiempo a la epopeya, porque de algún modo la actualiza. El drama tiene eficacia social en un pueblo, porque representa —vuelve a hacer presente— los fundamentos de la

identidad colectiva en circunstancias donde, por el paso del tiempo, la evolución histórica y la diferenciación social, la conexión entre aquellos fundamentos y la situación presente no es en modo alguno evidente.

DRAMA Y SABIDURÍA PROVERBIAL

Existe un momento histórico, es decir, determinado por condiciones muy particulares, en el que el drama se asocia estrechamente a la sabiduría proverbial y popular con fines didácticos. Me refiero a la literatura ejemplar medieval, menester de algunos miembros del estamento clerical que, con fines catequéticos, evolucionó hasta producir los autos sacramentales y los dramas ejemplares que están en nuestra literatura tan bien representados por Calderón —*Casa de dos puertas, mala es de guardar*—.

Bien significativo el título de la primera obra que aquí debemos recordar: la *Disciplina clericalis*, de Pedro Alfonso (nombre que adoptó el zaragozano Moisés Sefardí al convertirse, en 1106). Porque el conjunto de pequeños relatos anecdóticos, máximas y sentencias que constituyen esta *disciplina*, fue compuesta por el clérigo (es decir, entonces, el único género de hombre culto, fuera del príncipe) con objeto de instruir a los campesinos en todas las buenas costumbres de las que eran ignorantes sin culpa: hábitos intelectuales para superar su rudo animismo y aceptar la belleza de la sabiduría lo mismo que la necesidad del silencio, por ejemplo; y determinados hábitos morales para llegar a ser probos, y no mentir, y librarse de las astucias de las mujeres, y no ser holgazanes, y esperar como conviene a la muerte, entre otras cosas. Instruir al pueblo ignorante, sí, pero *deleitando*: edulcorando la seriedad de la doctrina filosófica y religiosa con la forma narrativa, unas veces realista, otras fabulosa, de los *exemplos* y proverbios.

Es sabido que cundieron por toda Europa este tipo de libros y cómo se desarrolló el género de los cuentos morales tipo *El conde Lucanor*. A éstos de procedencia clerical y destino popular se sumaron otros no muy distintos por su estructura que, procedentes de la antigua tradición sapiencial oriental —sobre todo hindú—, fueron traducidos en las cortes cultas musulmanas del Medio Oriente y, desde allí, pasaron a

las del Occidente cristiano. Me refiero a los *Calila y Dimna*, a los *Sendebar* construidos con objeto de instruir a los príncipes en la doctrina de la prudencia política.

De la síntesis de ambas corrientes procede esa forma de concebir el drama barroco que fue obra, si no necesariamente, sí con frecuencia de clérigos, y que tenía por finalidad la formación moral de las clases populares urbanas. Se trataba de verdaderos *dramas ejemplares*, en el mismo sentido que lo querían ser las novelas cortas de Cervantes: textos a través de cuya representación el pueblo se haría más consciente de los fundamentos de un vivir, individual y colectivo, lleno de dignidad y de sabiduría humana y cristiana.

Es verdad que otras construcciones narrativas, como las dichas novelas cervantinas, perseguían también mostrar ejemplos de probidad recompensada (o de improbidad castigada). Incluso textos no narrativos, como el de Gracián, se orientaban a esa formación del, en este caso, príncipe, sabiendo que la sabiduría del soberano no podría sino redundar en la de su pueblo. Pero no hubo género filosófico o narrativo que contribuyera más que el drama tardo medieval y barroco a la edificación sapiencial de la sociedad, en el sentido apuntado.

LA NOVELA ANTIGUA NO (ESTRICTAMENTE) SAPIENCIAL

Junto al drama, que hemos considerado hasta aquí como una forma de identidad colectiva semisapiencial, podemos colocar la novelística. Por tal entiendo lo que, frente a una epopeya como la *Iliada* o un drama como las *Troyanas* representa un texto como la *Odisea* en la literatura griega; o los viajes de *Simbad el marino* en la persa; o *Robinson Crusoe* en la inglesa. Relatos todos ellos de las peripecias de un ciudadano que, lejos de su ciudad por motivos guerreros, económicos o de fortuna, ha de afrontar individualmente hechos extra cotidianos, inusuales entre los de su nación o pueblo, y de los que se salva por su pericia, paciencia o buenos hados.

Estas peripecias extraordinarias, portentosas, que llamamos aventuras son el corazón del relato novelístico, la materia que lo constituye. Pero, a diferencia del drama, ellas no ocurren habitualmente en el dominio

de lo urbano. Imaginemos que ha concluido hace tiempo la era de la épica militar y de las acciones heroicas; es entonces inusual que a un ciudadano le ocurra algo extraordinario en el seno de la vida vecinal. Es verdad que esta tranquilidad cotidiana puede verse súbitamente alterada por amenazas de potencias extranjeras —los persas—, o la llegada a la ciudad de extranjeros —las suplicantes que se acogen en sagrado—, o rumores sobre el origen sacrílego del príncipe, que luego vienen a confirmarse: ésas y similares circunstancias pueden dar lugar a acontecimientos dramáticos, ciertamente, que son los que se representan en los teatros urbanos ante espectadores asimismo urbanos. Que venga algo de fuera a remover los cimientos de la vida ciudadana es, sin embargo, sólo una de las posibles causas de lo asombroso, de lo admirable a los ojos de los ciudadanos. Porque otra es que un vecino —uno de los nuestros— salga de la seguridad de la vida colectiva, se aleje de las murallas, viva circunstancias inéditas, sobreviva a ellas tal vez más por su ingenio que por su heroicidad, y vuelva a la ciudad para contárselas a sus compadres.

No es casualidad que las vidas más aventureras hayan sido las de quienes se ven empujados a viajar. Guerreros, comerciantes, conquistadores, piratas o corsarios de todos los tiempos se han echado al mar, han arrostrado peligros sin fin, conocido lejanas tierras y extraños dioses y pueblos, sufrido la cruel competencia de otros *mareantes* — desde Odiseo hasta Conrad, los Melville, los London, los Maqroll han llevado una vida de aventuras, digna de ser contada.

Los correspondientes terrestres de los aventureros marinos son los *andantes*. Aventurero de este tipo fue Abraham, que abandonó «su tierra, su casa y su parentela» para instalarse en otra nación, para consagrarse a otro dios, para fundar una nueva estirpe. Aventurero es el príncipe Gilgamesh, cuando decide buscar a su amigo en el país de los muertos; y Gil Blas de Santillana, los caballeros cruzados y don Quijote, no menos que el ginebrino Rousseau y el sastrecillo valiente.

Comparado lo novelístico con lo épico, vemos que lo extraordinario de esto se distingue de lo extraordinario de aquello porque uno es colectivo y el otro individual; y porque de uno depende la constitución social de un pueblo y de lo novelesco, en todo caso, ni siquiera su

edificación o instrucción, como en el caso del drama ejemplar, sino solamente su entretenimiento o diversión.

Recordemos *Las mil y una noches:* que las admirables novelas (y poemas) contenidas en esa obra fueran contadas a un rey insomne, bajo la amenaza de muerte en caso de que el narrador no lograra divertirle, es algo más que un simple recurso narrativo para enlazar textos tan heterogéneos como los que se compilan en esa obra. Ello significa que el efecto esencial de la novela tradicional —de la novela no-moderna— era divertir. No legitimar la aparición de un pueblo sobre la faz de la tierra, ni actualizar los fundamentos de cohesión social en tiempos posfundacionales: la novela tenía que asombrar, pasmar, entretener.

En ocasiones, es verdad, la novela podía producir algo más noble que entretener al rey, que entretener al vulgo; novelas como la del sufriente Odiseo conjugaban la vertiente de diversión con la patética —esa del hombre que padece injustamente—. Pero aún en estos casos, el elemento de lo novedoso, de lo no cotidiano primaba sobre el dramático o patético: sin las peripecias de los viajes de Ulises, la *Odisea* no sería más novelesco que nuestro *Elogio de la vida en la aldea.*

Característico del relato novelístico tradicional es también que el sujeto individual, al quien ocurren tan variadas, numerosas, admirables y divertidas peripecias, quede intacto en su subjetividad: el relato tiene ojos para todos —hombres, dioses y naturaleza—, menos para él. ¿Qué transformaciones se producen en la psique del Amadís de Gaula, mientras vive sus interminables aventuras? Su mente, su alma, son esencialmente las mismas al comienzo y al término de su periplo aventurero. Tampoco la bajada a los infiernos parece hacer más sabio a Odiseo, porque, ya en Ítaca, ni los criados, ni Telémaco, ni Penélope reconocen en él a un hombre que se ha hecho sabio (un Juan Valgean a la antigua) a fuerza de sufrimiento.

Fijémonos ahora en *Don Quijote*, la más alta expresión acaso de cuanto lo novelesco ha aportado a lo sapiencial. Ello, no sólo porque la sabiduría popular, que Sancho, con los muchos proverbios que sabe y lo acertadamente que los aplica, quede confrontado con lo sapiencial

instruido —la sabiduría libresca de don Quijote—, a propósito de las aventuras por la Mancha que ambos protagonizan. El rasgo más distintivo de la modernidad de la obra cervantina es que, a partir de ella, la novela se cuestiona de modo radical las aventuras del yo protagonista del relato: ese hombre que abandona su hacienda, rodela en mano, haciéndose llamar don Quijote, al cabo de su periplo, agonizando ya, reconoce llamarse Quijano.

Es verdad que en la novela cervantina el análisis del yo no ocupa un lugar exclusivo. Don Quijote es capaz de decir: «Yo sé quién soy», porque el problema de su identidad no es el tema fundamental de la novela. En una estación más avanzada en este línea, encontramos las peculiares *Confesiones* de Rousseau, un relato de las aventuras de un «desclasado» ginebrino que recorre por afán de aventuras las tierras de Europa, pero en las que el problema de la identidad del yo hasta tal punto se ha hecho importante, que para él tan relevante como las peripecias de la vida es su posición subjetiva ante ellas, su actitud moral frente al destino. No por casualidad este relato de aventuras está escrito en primera persona y se titula del modo indicado —el género de las «confesiones» que será tan característico de la literatura decimonónica—.

Cómo no ver, en fin, que el punto final de esta evolución podría quedar bien marcado por una novela como *En busca del tiempo perdido*, donde la acción exterior se reduce a un incompleto y vulgar desayuno, mientras que la interior se desarrolla a lo largo miles de páginas como una sucesión de asociaciones y periplos interiores tan asombrosos como complejos, orientados a obtener una definición del yo, que a la postre resulta imposible.

SEGREGACIÓN DE LA FILOSOFÍA, DESPLAZAMIENTO DE LA SABIDURÍA

Tal vez nos sorprenda que, en el ámbito de la cultura europea, la evolución del conocimiento sapiencial haya sido tal que, a comienzo del siglo XX, las máximas expresiones de éste hayan sido análisis del yo encomendados precisamente a la novela. Creo que no es posible llegar a comprender esta reevaluación sapiencial de la novela contemporánea, frente a

la novela tradicional de aventuras, sin tener en cuenta algunas direcciones en las que el discurso filosófico tradicional fue perdiendo, frente a la evolución de la cultura en Europa, algunos de sus capítulos sapienciales.

El primero fue la Teodicea. La primera parte que la sabiduría científico-filosófica abandonó fue la del conocimiento de la vida de Dios, tal y como se entendía en la Antigüedad. El último teólogo en sentido antiguo fue el Agustín de las *Confesiones*, un gnóstico que encontraba a Dios en los salmos de la tradición judía. La obra de Alberto o de Tomás de Aquino es de hecho Teología en un sentido muy distinto: no es una investigación racional en el mismo sentido en que lo era la *Metafísica* de Aristóteles o la del gnóstico Agustín, ni sus resultados tienen las mismas consecuencias prácticas, por lo que a la transformación de la vida se refiere, como en los otros casos.

La teología filosófica de la modernidad la hacen Spinoza y Hegel en un sentido también distinto ya del antiguo y del medieval. De hecho, con estos dos autores se puede decir que la teología racional ocupa todo el lugar de la filosofía —de la sabiduría—. La sabiduría aristotélica tenía partes, la de Hegel es sólo un todo. Pero esto puso en una situación muy difícil a la sabiduría, al colocar al individuo frente a la tesitura de todo o nada. El marxismo dijo: el todo interpretado según la materia. El existencialismo dijo: la nada interpretada según el espíritu. Y mientras la supuesta ciencia filosófica de la modernidad marchó por el primer camino, el individuo moderno marchó por el segundo. Tratándose de la parte —del individuo, del yo— éste habría de afrontar la vida y el conocimiento de la identidad del mundo y de su posición en él sin la ayuda que, antaño, la teología racional (una parte de la sabiduría) le prestaba.

El segundo gran desprendimiento en el vasto glaciar de la sabiduría antigua fue el de la ciencia natural. Si el Dios cristiano, y las relaciones del individuo y de la sociedad con él, borraron según parece tras de sí la necesidad de las reflexiones racionales sobre Dios al modo antiguo, al mismo tiempo la Geografía primero, la Matemática y la Física modernas después, despojaron al Cosmos y a la Tierra de sus viejas virtudes «filosofables». Colón, Kepler, Newton: de ellos resultaron fenómenos que pusieron el conocimiento del mundo fuera de los métodos filosóficos

tradicionales, y que hicieron de su dominio práctico el ámbito de saberes especializados no filosóficos. Leibnitz fue el último de los físicos y cosmólogos antiguos; desde él, los que investigan la materia del mundo y del cosmos desconocen racionalmente no sólo a Dios, sino también a ellos mismos; y los que investigan el yo y el sí mismo, puede hacerlo con tranquilo desconocimiento de cuanto ocurre en el Universo.

Este análisis del yo ha significado, en primer lugar, que el filósofo moderno ha vuelto sus ojos sobre los fundamentos cognoscitivos a partir de los que se pueden obtener las nuevas certezas filosóficas. El éxito de las nuevas ciencias de la Naturaleza no podía pasar sin consecuencias para la filosofía. Desde Descartes hasta Husserl, pasando por Hume y Kant, la filosofía ha hecho cuestión de aquello que estaba al comienzo del edificio filosófico: la validez de sus recursos de prueba, sus facultades demostrativas. Más y más hacia el interior de su mente, de sus mecanismos y categorías ha conducido el filósofo moderno su capacidad analítica. Como un barco amenazado por la tormenta que echa al mar todo el flete, así ha ido abandonando la filosofía moderna todos los problemas de la sabiduría antigua que le impedían centrarse en el problema gnoseológico.

Y el análisis del yo ha significado también que la subjetividad individual se ha cuestionado su lugar no ya como parte del cosmos, sino como parte de ese todo que es la comunidad política o sociedad. Todavía Maquiavelo y Locke pueden considerarse filósofos políticos al viejo estilo platónico o aristotélico; Rousseau, ya apenas; pero Stuart Mill, nunca. Los nexos del individuo con su grupo, con la sociedad, entran también en cuestión.

Entre las consecuencias de esta aparición del análisis de «lo social» en la Modernidad, a resultas del interés del individuo por su propia subjetividad, la primera ha sido la desmitologización —la pérdida de credibilidad— de los viejos discursos tradicionales, especialmente de las epopeyas que legitimaban la cohesión social. Esto fue particularmente notorio entre los judíos europeos cultivados, de cuya relación crítica con su grupo surgieron las más importantes aportaciones a una ciencia no clásica, llamada sociología.

Desde otro punto de vista, naciones como la española, cuyas viejas epopeyas habían envejecido sin remedio, entraron en una fase depresiva.

Tanto más notoria por su contraste con el efecto que, justo en el sentido contrario, ejerció la aparición de lo social en las naciones de nuevo cuño: me refiero a la mitologización nacionalista de la que surgen Estados nuevos, fuertemente cohesionados como el alemán o el italiano por medio de una intensa emoción nacional, que todos comparten.

Otra consecuencia del surgimiento de lo social fue que, como nunca hasta entonces, la filosofía empezó a hacer «sociología del conocimiento»: una crítica de determinadas convicciones u opiniones pero no gnoseológica, sino de los fundamentos de la propiedad y del estilo de vida gracias a los cuales era posible sustentar esos discursos. El caso paradigmático quedó representado por la crítica que la Ilustración hizo de los saberes del estamento clerical.

En todas estas fases, el depósito sapiencial tradicional era como un queso, sobre el que caían numerosos ratones hambrientos, que hacían su agosto gracias a él: mientras hubo fundamentos que criticar hubo labor filosófica, hubo crítica. El problema es que el queso se acaba, y cada vez con menos que criticar, es hora de empezar a construir.

LA COMEDIA El derrumbe definitivo de un cosmos sapiencial suele venir señalado por el auge de lo cómico. El relato, sea narrativo o dramático, destinado a hacer reír, es de algún modo la última fase en este proceso de aprovechamiento no creativo del depósito de la sabiduría de un pueblo o civilización. Cuando lo que cabe recordar de los principios sapienciales, constitutivos de la sociedad, es lo mínimo suficiente para reconocer que los individuos del momento presente viven en sentido opuesto a aquellos principios, creyendo o tratando de hacer creer que los viven en sentido estricto, entonces la sociedad se ríe de ellos. Lo último que una sociedad puede hacer en términos sapienciales es reírse, porque al hacerlo reconoce la vigencia ideal de los principios sociales, al mismo tiempo que su no-vigencia en los individuos reales. Porque el reconocimiento de esa validez ideal nos proporciona simultáneamente la gozosa conciencia de nuestra superioridad frente a quien no es capaz de comprenderla —un sujeto que ignora esa vigencia o que es débil para atenerse a ella—, y del que no obstante nos reímos,

perdonándole, porque sabemos que su acción no menoscaba aquella validez ideal de los principios.

Pero en el momento en que esa vigencia ideal se extingue, se acaba la risa, y los sujetos que antes nos parecían risibles empiezan a parecernos despreciables —a los que antes perdonábamos sonriendo, ahora los empujamos a la horca—.

• • •

El fin de la modernidad se declaró como imposibilidad de toda *filosofía fuerte*: los pensamientos enérgicos han conducido a catástrofes sin precedentes en la humanidad, así que mejor prescindir de ellos. De poder ser algo, el pensamiento resultará juego, guiño, instante. Por su parte, sometida a constantes pruebas de consistencia por medio de la comprobación de su falsabilidad, la ciencia empírica se ha atascado en modelos improseguibles. En el mejor de los casos, ha encontrado en el cálculo estadístico su mejor herramienta. Ahora son las máquinas electrónicas las que hacen progresar a la ciencia, que ha llegado incluso a interesarse, gracias a ellas, por el azar. En fin, entre los hombres, los únicos que hoy parecen conocer algo con certeza son el ingeniero y el empresario, entre los seres activos; y, entre los ciudadanos, el hombre burgués seguro de su placer y amante en todo caso de una mayor seguridad. El resto es habitualmente agnosticismo: confesión permanente de incapacidad de saber nada. Queda por conocer cuál será, si es que llegamos a darle alguna, la forma que en la Era de la Democracia adoptará la sabiduría. ◆■ RAFAEL LLANO

Elogio de la reedición

por **ADOLFO TORRECILLA**

Vivimos malos tiempos para la lectura en nuestro país, aunque también hay que decir que nunca hemos destacado precisamente por nuestros hábitos lectores, ni antes ni ahora. Por una serie de causas difíciles de precisar, entre las que hay que mencionar también la propia idiosincrasia hispánica, la lectura sigue siendo una actividad marginal, con unos porcentajes más bien pobres (se dice que el 50% de la población adulta no lee ni un mísero libro al año; de los jóvenes mejor no hablar). Para los interesados en datos, estadísticas, análisis y comentarios, recomiendo el volumen editado por la Federación de Gremios de Editores de España, *La lectura en España. Informe 2002*, coordinado por José Antonio Millán, y donde junto a reflexiones optimistas proliferan también afirmaciones poco entusiastas sobre el futuro de la lectura en España.

Dejando a un lado profecías más o menos apocalípticas, muy en boga a propósito del auge de las nuevas tecnologías y de la amenaza del libro electrónico, conviene levantar el ánimo. Es cierto que los datos no son para tirar cohetes, pero también es verdad que nada se adelanta tirándonos de los pelos. La mejor campaña de lectura, ahora que tanto se habla de ellas, debe basarse en el contagio, en el entusiasmo por una actividad en apariencia inútil pero totalmente imprescindible. En España, además, tenemos la suerte de contar con una excelente materia prima. Cada año se editan miles y miles de títulos en miles de editoriales, que abarcan todos los temas imaginables. La calidad de la edición es de primera, las colecciones de bolsillo ofrecen ofertas apetitosas y se editan puntualmente, no como antes, los libros más sonados en el plano internacional. Tenemos

una industria editorial competitiva, donde se combinan las apuestas minoritarias de las editoriales independientes (que se merecen un premio) con la literatura dirigida a un público mayoritario.

En el número anterior de *Nueva Revista*, Ángel Peña, en un artículo titulado «Leer mientras el mundo gira lentamente», ofrecía una selección de algunos de los títulos publicados en los últimos meses. *Nueva Revista* me ofrece la oportunidad de continuar con esta misma idea, seleccionando de la numerosa y apabullante oferta que nos rodea aquellos títulos que yo destacaría.

De entrada tengo que confesar que el año literario me ha parecido más bien pobre, con escasos títulos dignos de una especial mención (la mayoría de las que salvaría están, además, en el artículo de Peña). Si en años anteriores había algún título que destacaba por su originalidad estructural y temática (estoy pensando, por ejemplo, en *Soldados de Salamina*), este año la tónica dominante ha sido la preocupante saturación de unos premios literarios muy comerciales que dan poco de sí y el auge de la reedición, que está recuperando un buen número de títulos y autores que conviene no olvidar.

En mi selección, muy personal, abundan las reediciones y, para delimitar un poco el campo de acción, sólo destacaré autores europeos.

CARTA DE UNA DESCONOCIDA

STEFAN ZWEIG

Colección Ciencia y Mar
Editorial El Acantilado
Barcelona, 2002, 72 páginas

INVASIÓN CENTROEUROPEA

No son grandes novedades, ni grandes descubrimientos, ni apuestas literarias revolucionarias. Sé que muchos lectores han leído y leen a estos escritores desde hace muchos años, pero un buen numero de lectores actuales,

neófitos en estas lides, están recuperando el placer de la buena lectura gracias a la calidad de estos escritores. Suelen ser unos libros redondos, de gran calidad estilística y con unos argumentos que suelen enganchar, sin tener que recurrir a los ingredientes estrambóticos, rasgo que suena a imposición en muchas novelas recientes. Es el caso, por ejemplo, de Stefan Zweig (1881-1942), uno de los escritores más famosos y leídos del periodo de entreguerras. Su vida no fue nada fácil: a la contemplación del derrumbe de los ideales de toda una generación hay que sumar la persecución que padeció por ser judío, y que le llevó a poner fin a su vida en un agónico momento de lúcida desesperación. En los últimos años se han recuperado bastantes obras de Zweig, especialmente en la editorial El Acantilado, donde Jaume Vallcorba, un histórico francotirador de la edición, está recuperando lo mejor de su dilatada y proteica obra literaria. Ya el año pasado publicó sus memorias, *El mundo de ayer*, en una cuidada edición

Josep Pla, maestro de la literatura memoralística

Estamos ante uno de los autores clave de la literatura memorialística del siglo XX español, ahora que estamos viviendo un momento de auge de los libros de memorias y diarios, como apunta y demuestra Jordi Gracia en su estudio *Hijos de la razón*. En la historia de la literatura española hay pocos escritores que hayan hecho del memorialismo su poética, su auténtica obsesión literaria. Hay buenos testimonios, eso sí, más de los que pueden parecer a simple vista, pero no podemos comparar la literatura memorialística española con la inglesa o francesa, mucho más dada a airear en público –eso son los diarios y las memorias– los diferentes pliegues de la intimidad.

Sin embargo, todo lo que ha escrito Josep Pla (1897-1981), que fue mucho (su *Obra Completa* la componen cerca de 50 volúmenes), está traspasado de la

íntegra que recuperaba pasajes eliminados por la censura franquista. También ha publicado *Novela de ajedrez* y *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, dos excelentes novelas cortas.

Este año vuelve a la carga con *Los ojos del hermano eterno*, una parábola sobre el fin de la existencia humana, ambientada en el mundo oriental; y *Carta de una desconocida*, una de sus obras maestras. Escrita en 1922, *Carta de una desconocida* es una larga carta en la que una mujer revela a un escritor de renombre la amorosa pasión oculta que ha consumido su vida desde hace tantos años. Con pocas piezas, Zweig sabe captar como pocos la atención de los lectores con una historia muy humana, dramática, escrita de manera directa e intensa, sin apenas preciosismos decorativos ni circunloquios. El resultado es, como en todo Zweig, una prosa que va al grano, que penetra en la piel y que se dirige directamente hasta el corazón.

HIJOS DE LA RAZÓN

JORDI GRACIA

Editorial Edhasa
Barcelona, 2001, 285 páginas

obsesiva presencia de un yo singular, genuino, personalísimo, inconfundible, que invade cada una de sus páginas y comentarios. De ahí que Pla, en todos los formatos posibles, esté siempre escribiendo de lo mismo: su detallada percepción de la vida, de los lugares y de las gentes con las que ha convivido. Y esto es así tanto en sus escritos propiamente memorialísticos como en el resto de los libros que componen su prolífica producción literaria.

LA VIGENCIA DE *EL CUADERNO GRIS*

En la literatura castellana Pla tiene una presencia intermitente. Sin embargo, los últimos meses han sido especialmente importantes, pues a la nueva edición de bolsillo de su obra más emblemática, *El cuaderno gris*, en Destino, su editorial habitual, hay que sumar (un histórico acontecimiento) la aparición en Espasa, en dos tomos, de todos sus dietarios (algunos de ellos todavía no estaban traducidos

EL HÚNGARO SÁNDOR MÁRAI

Sándor Márai (1900-1989) es otro autor felizmente recuperado. La editorial italiana Amalfi publicó hace un par de años *El último encuentro*, una de sus novelas más celebradas en su tiempo, cuando era un escritor de renombre en su país antes de ser perseguido por el régimen comunista. Tras su publicación en Italia, lentamente, el entusiasmo cundió entre unos lectores ávidos de buenas historias. Lo mismo pasó en España cuando Salamandra, otra de esas editoriales con buen ojo (en España han publicado también a Harry Potter), decidió editarlo. Después, con igual calidad, han aparecido *La herencia de Estzer* y, este año, *Divorcio en Buda*. Márai tiene unos rasgos literarios inconfundibles. Con delectación, prepara a los lectores para que asistan en directo al enfrentamiento entre los personajes. Para ello, los presenta minuciosamente, describiendo con precisión los caracteres y la psicología. Así, el clímax está creado. Sólo falta el detonante que sacuda una acción

al castellano), y la publicación del *Diccionario Pla de literatura*, voluminosa antología de textos de Pla sobre los escritores y la literatura a cargo de Valentí Puig, uno de los más importantes expertos en la obra del escritor catalán y autor de una de sus biografías más objetivas y valiosas, *El hombre del abrigo*, que permite conocer en profundidad, al margen de curiosas anécdotas, el pensamiento y el carácter de un escritor irrepetible.

Desde su publicación en castellano en 1975, en traducción ya casi canónica de Dionisio Ridruejo y Gloria Ros, el prestigio de *El cuaderno gris* no ha cesado de crecer. Pla comenzó a escribir *El cuaderno gris* en 1918, el día que cumplía 21 años, y lo finaliza en septiembre de 1919, poco antes de marchar como corresponsal de prensa a París. Sin embargo, hasta su publicación en catalán en 1966, el libro fue reelaborado casi completamente. Esto se nota, especialmente, en la madurez de su estilo y de sus opiniones. Como

EL CUADERNO GRIS

JOSEP PLA

Editorial Destino

Barcelona, 2002, 803 páginas

mínima pero concentrada. Merece la pena leer a Sándor Márai. Quizá, todo hay que decirlo, Márai no sea para tanto. En sus novelas publicadas hasta ahora en España se repite un cierto esquematismo argumental y una manera de narrar que disfruta con los silencios y con la expectación, a veces un tanto premeditados. Una de las causas que pueden explicar su éxito está en las características del contexto editorial: frente a novelas clónicas, insípidas, deliberadamente *light* y comerciales, Márai apuesta por la densidad: poco ropaje, mucha esencia y

DIVORCIO EN BUDA

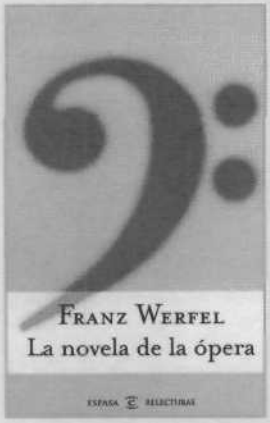
SÁNDOR MÁRAI

Editorial Salamandra
Barcelona, 2002
189 páginas

escribe en estas páginas, «este cuaderno obedece a la necesidad de tomar posición ante mi tiempo». Por sus páginas desfila, sin retórica, la vida de Pla, sus lecturas, el paisaje del Ampurdán, sus familiares y amigos, los vecinos de Palafrugell, los comentarios de la tertulia a la que asistía, sus reflexiones críticas sobre la vida universitaria, sobre el clima, las mujeres, las pensiones, la soledad... Un mundo que, con calificativos que en Pla adquieren un sentido estético más profundo, define como gris y vulgar.

Pla maneja una prosa realista, atenta al detalle, natural, donde destaca la asombrosa utilización de los adjetivos y la facilidad para retratar en muy pocas líneas a los personajes que van apareciendo. Detrás de esta facilidad para escribir, nada manierista, hay un elaborado proceso de depuración, que le llevó a romper en su tiempo con la tradición heredada del *noucentismo* y a elaborar una prosa antirretórica basada en su sobresaliente capacidad de observación.

un hondo y trágico conocimiento del ser humano, rasgos que se echan de menos en la narrativa actual, más atenta a la pirueta argumental o a la historia seudosentimental.



LA NOVELA DE LA ÓPERA

FRANZ WERFEL

Editorial Espasa
Madrid, 2002
394 páginas

LA ERUDICIÓN DE WERFEL

El escritor austriaco Franz Werfel (1890-1945) es conocido, sobre todo, por su novela *La canción de Bernardette*, escrita en 1941 en Estados Unidos, donde tuvo que exiliarse desde 1939 por su origen judío, aunque ya se había convertido al cristianismo. Werfel es

LA GRANDEZA DE LOS DIETARIOS

Los mismos rasgos estilísticos que *El cuaderno gris* están presentes en el resto de sus diarios, que Xavier Pericay ha traducido por primera vez al castellano y que ha publicado Espasa en dos gruesos volúmenes. El primero de ellos, además de por *El cuaderno gris*, está compuesto por *Notas dispersas*, que se publicó por primera vez en catalán en 1969. En estas *Notas*, Pla reunió textos diarísticos que había escrito entre 1919 y 1960. No tienen la unidad que *El cuaderno gris*, pero mantienen el tono, los temas y el interés. En esos años, se forma su carácter, su visión del mundo, se amplían sus lecturas y, lo que es más importante, conoce muy de cerca la extensión del comunismo y la instauración del nazismo y del fascismo (uno de los textos más largos es precisamente la marcha de Mussolini sobre Roma, que Pla vivió en directo como corresponsal de prensa), que tanto determinarían su radical rechazo de cualquier forma de totalitarismo y su pesimista concepción del hombre y de la existencia. Las notas íntimas y personales (las menos abundantes,

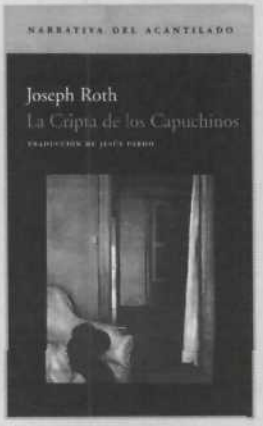
el autor de una de esas inolvidables joyas literarias: *Una letra femenino azul pálido* (Anagrama), magistral ejercicio de sutileza narrativa y de emotividad. *La novela de la ópera* tiene un talante más erudito, pues convierte en novela las relaciones personales e intelectuales entre Verdi y Wagner. Werfel utiliza una mínima peripecia vital, el viaje que Verdi realiza a Venecia para conocer al compositor alemán, para reflexionar sobre el papel de la música como vehículo de penetración en los sentimientos más profundos del alma humana. Werfel centra la narración en la psicología de Verdi, en sus sensaciones y opiniones, precisamente en el momento en que su música está en declive ante el imparable ascenso de un Wagner un tanto visionario. También demuestra una gran capacidad de documentación para reconstruir el espíritu de una época. La novela contiene interesantes ingredientes costumbristas, humanos y culturales, que enriquecen una narración pausada.

pero muy significativas) se complementan con múltiples anotaciones sobre todo tipo de cuestiones estéticas, sociales, climatológicas, paisajistas, etc., tanto de su tierra como de los países donde ejerció como periodista.

El segundo tomo lo componen *Notas para Silvia* y *Notas del crepúsculo*. El primero de estos libros es el más misceláneo, pues se incluyen en él un largo texto sobre Grecia, unas cuantas poesías y un reportaje periodístico tan interesante como *Madrid. El Advenimiento de la República*, que Pla vivió como testigo cualificado. Junto con estos textos, aparecen los temas habituales del resto de sus *diarios*: sus impresiones sobre la vida, sus vecinos, sus lecturas, sus viajes, etc. Las notas de este libro culminan con un largo texto sobre un infarto de miocardio, escrito en 1972, cuando Pla contaba con setenta y cinco años de edad. El segundo libro, *Notas del crepúsculo*, lo escribe Pla con cerca de ochenta años (la edición original es de otoño de 1976) y en él aparece remarcada su visión agnóstica, cínica, pesimista («la observación de la realidad humana produce un pesimismo inenarrable») y materialista del hombre, lo que le lleva a dar una singular importancia, también literaria, a los recuerdos y a todo lo que le rodea,

LAS NOSTALGIAS DE ROTH

En este *revival* de la literatura centroeuropea del periodo de entreguerras, al que tanto ha contribuido el escritor italiano Claudio Magris, también hay que mencionar a Joseph Roth (1894-1939). En los últimos meses se han reeditado dos novelas y una novedad. Las reediciones son *La tela de araña* y *La cripta de los Capuchinos*. En *La tela de araña, escrita en 1927, captó el caldo* de cultivo en el que se incubaría el nazismo, desgranando los nuevos valores e ideas que se estaban imponiendo,



LA CRIPTA DE LOS CAPUCHINOS

JOSEPH ROTH

Editorial El Acantilado
Barcelona, 2002
220 páginas

DIETARIOS (I)
EL CUADERNO GRIS

JOSEP PLA

Editorial Espasa
Madrid, 2001, 912 páginas

DIETARIOS (II)
NOTAS PARA SILVIA.
NOTAS DEL CREPÚSCULO

JOSEPH PLA

Traducción al castellano de
Xavier Pericay
Editorial Espasa
Madrid, 2002, 778 páginas

que Pla acierta a plasmar con una prosa de gran eficacia estética, dentro de la tendencia antirretórica que le caracteriza.

En conjunto, estos cuatro *dietarios* dan todavía mayor solidez narrativa a la apuesta estética de Pla por la literatura memorialística. Además, la literatura de Pla contribuyó como la de pocos escritores a modelar la lengua catalana para adaptarla a los retos estéticos que planteaba el siglo XX. También se aprecia su magisterio en algunos escritores actuales (Andrés Trapiello, Miguel Sánchez-Ostiz), que reivindican los diarios como el género más característico de nuestro tiempo.

EL ANTICRISTO

JOSEPH ROTH

Editorial Península
Barcelona, 2002
155 páginas

casi siempre por la fuerza, en la sociedad alemana. Roth sufrió en sus carnes las consecuencias de la desmembración del imperio austrohúngaro, el tema más sobresaliente de sus novelas, perfectamente captado en una de sus obras más emblemáticas: *La marcha Radetzky*. Un descenso más en ese mundo hecho de ruinas y de nostalgias puede verse en *La cripta de los Capuchinos* (1938), donde se aprecia la falta de acoplamiento de los personajes de Roth, y de él mismo, a los nuevos valores emergentes.

TODO EN PLA ES LITERATURA

También merece destacarse la publicación del *Diccionario Pla de literatura*, exhaustiva selección de textos de la obra completa de Pla dedicados a la literatura y los escritores. Este volumen puede leerse como un tomo más de sus diarios, pues mantiene el tono memorialístico y subjetivo también cuando transmite sus opiniones literarias. Sus juicios no son los de un crítico literario profesional; como en tantas otras cosas, Pla es anticonvencional, va por libre, también a la hora de explicar sus valoraciones literarias. Pero esto no significa que hable por hablar. Durante toda su vida, Pla fue un lector voraz y compulsivo, y si al principio leyó sin mucho orden, poco a poco completó una inusitada formación humanística en todos los frentes, acercándose a los grandes escritores y pensadores de su tiempo.

A Pla le interesan muy poco el teatro, la poesía y la novela. Aunque leyó a la gran mayoría de los novelistas de su tiempo, consideraba la novela como «la literatura infantil de las personas mayores». Entre sus preferencias destaca la literatura

La novedad es la publicación de *El Anticristo*, colección de ensayos políticos que apareció en Amsterdam en 1934. En ellos, con un nítido hilo conductor, Roth habla del trágico destino de la cultura y la política occidentales. El emergente comunismo, que Roth conoció de cerca y que intentó desenmascarar por su inhumanidad, y el ascenso del nazismo incrementan su escepticismo y desesperación, que Roth extiende también a otras facetas de la vida social, económica, política y cultural. Escrito como una parábola y con frecuentes incursiones biográficas, Roth demoniza el rumbo de un mundo arrebatado por la histeria de los movimientos de masas y por la bacanal de la técnica. En este lúcido y dramático análisis, escrito como «un alegato moral contra la barbarie», sorprende, por ejemplo, la animadversión que siente por el cine, como si Roth intuyese el destino homogeneizador (otra dictadura) de la industria cinematográfica de Hollywood.

memorialística («la mejor literatura que han hecho los literatos es la que trata de sí mismos»), o ese tipo de novela, como las de Proust, más basadas en los recuerdos y la memoria que en la pura ficción. Como él mismo dice: «he realizado una literatura de observación, de visión, de materialización, de alguna forma de conocimientos, de realismo, fina. Yo soy un escritor realista, pero sin olvidar que en el realismo hay que utilizar un mínimo de adjetivación lírica». Conocía bastante bien la literatura europea de su tiempo, especialmente la italiana, francesa e inglesa. De la literatura norteamericana se interesó por escritores puntuales, como E. A. Poe. No faltan en este libro pormenorizadas reflexiones sobre la literatura catalana y sus protagonistas, que conoció de primera mano.

Pla muestra de manera contundente sus opiniones. Los mayores elogios son para Stendhal, Proust, Leopardi, Maquiavelo, Montaigne, Pío Baroja, Cela... Los mayores varapalos,

DICCIONARIO PLA DE LITERATURA

VALENTÍ PUIG

Editorial Destino
Barcelona, 2001, 714 páginas

LOS FRUTOS DE LA EDUCACIÓN

Menos difusión ha tenido la recuperación de una nueva obra del escritor húngaro Ödön von Horváth, *Un hijo de nuestro tiempo*, después del impacto que supuso *Juventud sin Dios* (Espasa), un esclarecedor análisis de los frutos de una educación manipuladora.

Una de las víctimas de esta educación fue el escritor y periodista alemán Sebastian Haffner, quien se suma a la ya larga lista de libros memorialísticos en torno al holocausto nazi con *Historias de un alemán*. Aunque lo escribió poco tiempo después de los hechos, tras su exilio en Londres, en 1939, no publicó sus memorias en vida; cuando aparecieron en 1999 en Alemania suscitaron una gran expectación, pues el retrato que hace Haffner de la sociedad alemana de su tiempo es certero y punzante, sin contemplaciones. Su propia biografía le sirve a Haffner para hacer un análisis de la sutil y violenta penetración de las ideas en todas las capas de la sociedad

para Dostoievski («por favor, no lean nunca a Dostoievski. Nunca»), Albert Camus, Kafka, Borges («no es un escritor de la vida: es un escritor de los libros. Llega a ser insoportable») y Rimbaud. Pero este inteligente volumen recoge también sus opiniones sobre otras cuestiones literarias como el estilo, la novela, el periodismo, el retrato literario, el realismo, los adjetivos..., que contienen muchas claves sobre cómo hay que entender y analizar su propia literatura. Casi siempre, acierta en sus juicios, con una sagacidad crítica independiente, subjetiva y poco común.

La publicación de estos libros, especialmente de los *Dietarios*, contribuirá a consolidar su privilegiada posición dentro de la literatura memorialística española, de la que fue un destacado precursor y un verdadero maestro. A.T.

HISTORIA DE UN ALEMÁN

SEBASTIAN HAFFNER

Editorial Destino
Barcelona, 2002
663 páginas

UN HIJO DE NUESTRO TIEMPO

ODÖN VON HORVÁTH

Editorial Espasa
Madrid, 2002
164 páginas

alemana. Haffner comienza hablando de la situación de Alemania tras la Primera Guerra Mundial; luego se refiere al periodo de entreguerras, germen del posterior terror; la llegada al poder de Hitler, que nadie pensaba, acelera los hechos y consagra por la vía del miedo y del terror una manera de enfocar la vida privada, social y política que ya se vislumbraba en años anteriores, pues lo que también queda claro después de leer estas memorias es que los nazis no se cambiaron de chaqueta cuando llegaron al poder, sino que sus ideales paranoicos eran de dominio público.

El libro trata de manera pormenorizada estos pasos, estos avances. Llega incluso un momento en el que Haffner teme por su vida por no compartir y combatir la espiral de delirio colectivo que se había apoderado de la sociedad alemana. Este interesante testimonio se suma a la lista, no pequeña, de libros escritos por autores que fueron víctimas del nazismo,

algunos de ellos publicados recientemente en nuestro país, como *El pianista del gueto de Varsovia* (Turpial & Amaranto), del polaco Wladyslaw Szpilman; *Sin destino* (El Acantilado), la novela autobiográfica del húngaro Imre Kertész; y las memorias del famoso y polémico crítico literario alemán/polaco, Marcel Reich-Ranicki, *Mi vida* (Galaxia Gutenberg). Una breve pero significativa muestra de excelentes libros dedicados al horror, otra manera de reflexionar sobre la dignidad del ser humano.

EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Y aunque sólo sea para cambiar de tercio, un breve comentario a algunas novedades de España y Portugal.

Las novelas del portugués António Lobo Antunes (Lisboa, 1942) continúan sorprendiendo a la crítica más exigente. La última ha sido *No entres tan deprisa en esa noche oscura*, una extensa narración que se lee como un desbordante y alucinado poema. Al igual que en sus anteriores novelas, entre las que destaco *Manual de Inquisidores* (1998) y *Esplendor de Portugal* (1999), Lobo Antunes pone en práctica una genuina manera de narrar que envuelve al lector con un discurso en el que el pasado y el presente se entremezclan con imágenes puntuales y cotidianas que atrapan el devenir de una existencia concreta. No es fácil resumir los argumentos de las novelas de Lobo Antunes; tampoco es fácil apresar una intención única, un mensaje claro. Sus escritos están salpicados de agudas reflexiones, de bellas instantáneas, de inquietantes sobresaltos, de zonas oscuras, de un torbellino verbal que hacen avanzar, a saltos y a cámara lenta, el argumento y la acción.

NO ENTRES TAN DEPRISA EN ESA NOCHE OSCURA

ANTONIO LOBO ANTUNES

Siruela

Madrid, 2002, 501 páginas

En este caso, con el trasfondo de Mozambique y un Portugal ya periclitado, la enigmática Maria Clara, una joven de dieciocho años, habla de su familia, de sus temores, de sus ilusiones. El discurso es torrencial, vertiginoso, de felices hallazgos vivenciales y poéticos, que reclama un lector activo, trabajador, sensible, dispuesto a enfrentarse con un texto arduo pero que esconde, si se tiene paciencia, una increíble calidad literaria. Resulta sorprendente la arquitectura de sus novelas y el meticuloso, hermético y barroquizante lenguaje que emplea, rompiendo siempre con la obviedad. Esta manera de escribir le sirve también para trasladar al texto su desolada visión de la condición humana, empleando temas relacionados con la muerte, el desamor, el dolor y la destrucción, que encarna en personajes muy portugueses que son, a la vez, plenamente universales. En una entrevista publicada en el diario *El País* (7-VI-2002) durante la celebración de la Feria del Libro de Madrid, Lobo Antunes afirmaba: «Yo no quiero lectores que lean, sino que se enfermen de la novela». Y como también dice en el libro de entrevistas *Conversaciones con António Lobo* Antunes, escrito por María Luisa Blanco, quien tiene mucho que ver con el prestigio de este autor portugués en España: «La intriga no me interesa, lo que yo quisiera es no que me leyeran, sino que vivieran el libro». *No entres tan deprisa en esa noche oscura* es el nuevo desafío narrativo de uno de los escritores más exigentes de la literatura contemporánea.

LA TRADICIÓN CERVANTINA DE LANDERO

Novela a novela, entre las que destaca, con bastante diferencia, la primera, *Juegos de la edad tardía* (1989), Luis Landero (1948) se ha convertido en uno de los narradores españoles más sólidos y originales. Luego vinieron *Caballeros de fortuna* y *El mágico aprendiz*, y ese singular ensayo literario y biográfico, *Entre líneas: el cuento o la vida* (Tusquets), plagado de referencias personales. En *El guitarrista*, habla *«de un tema que es constante en mi inquietud literaria: la terrible contradicción entre lo que uno es y lo que desea ser, entre la realidad y los sueños que se persiguen, entre el éxito y el fracaso en la vida»*. Emilio, un joven aprendiz de mecánico, que estudia en una academia nocturna y que aspira a ser escritor, se ve arrastrado a tomar decisiones importantes para su vida por la atrayente verborrea de su primo

EL GUITARRISTA

LUIS LANDERO

Editorial Tusquets
Barcelona, 2002, 322 páginas

Raimundo, quien emigró a París para trabajar en una carpintería, pero un golpe de fortuna le convirtió, eso dice él, en un exitoso cantante de flamenco. Raimundo convence a Emilio para que aprenda a tocar la guitarra, la llave que permita abandonar su vida muermo. Cuando ve sus actitudes musicales, su jefe le encarga que dé clases particulares a su esposa, lo que será el inicio de una excéntrica e intermitente aventura amorosa. Mientras tanto, Emilio tiene su primera experiencia artística, cómicamente frustrante.

Al igual que en sus novelas anteriores, Landero introduce la nota inverosímil dentro de un contexto realista (la vida madrileña de los últimos años del régimen de Franco). Domina el tono cervantino, con un tratamiento un tanto quijotesco de los personajes, especialmente los secundarios, que siempre en Landero adquieren un divertido protagonismo (el primo Raimundo, el profesor de filosofía, el inquilino Rodó). Todos ellos son fieles a su visión de la vida: «*Mis personajes viven entre la persecución de sus anhelos y la bruma de lo cotidiano, en medio de una especie de ensoñación en la que puede más la voluntad que la propia realidad*». La novela tiene excelentes momentos, como la conversación sobre el oficio de escritor con Gustavo Rodó o la descripción de la esperpéntica gira musical. Pienso, sin embargo, que la novela toma un giro desafortunado al centrarse excesivamente en la historia de Emilio con la mujer del jefe. A pesar de este reparo, Landero vuelve a demostrar su sobresaliente maestría estilística y confirma su sólido camino dentro de la novela última española: una literatura ingeniosa y atrayente en la que perviven los modelos clásicos de la tradición cervantina. ADOLFO TORRECILLA

La pobre Liza

[PRESENTACIÓN]

Si Pushkin se reputa «padre» de la literatura rusa, bien podríamos decir que Karamzín es su «abuelo» o, al menos, su «tío». De una generación anterior a la del infortunado poeta, Nikolái Mijáilovich Karamzín (1766-1826) reunió en su persona tres oficios intelectuales que sólo en estadios poco desarrollados de la cultura suelen presentarse unidos: el de novelista, ensayista e historiador.

A historiar se consagró enteramente Karamzín desde 1803 hasta el final de sus días. Nombrado cronista oficial por el zar Alejandro I, de quien era amigo personal; cubiertas sus espaldas por una sustanciosa pensión de 2000 rublos al año, a cargo de las arcas del Soberano; y abiertos, en fin, para él todos los archivos de Palacio, Karamzín escribió una voluminosa *Historia del Estado ruso*, que no obstante el estilo algo pomposo y altisonante de su prosa, fue la primera concebida conforme a parámetros de una metodología científica. Tras la reciente caída del régimen comunista en Rusia, esta obra ha sido reeditada y apenas hay ciudadano de esta nación que, en la actualidad, no tenga un ejemplar de ella en su hogar: hasta tal punto la necesidad de reencontrar la verdad sobre la historia de Rusia ha hecho volver los ojos a esa importante obra de Karamzín.

Antes que por su labor científica, Nikolái Mijáilovich había sido un conocido traductor de literatura extranjera —obras de Shakespeare (*Julio César*) o Lessing (*Emilia Galotti*), entre otras muchas—. Estas traducciones solían venir presentadas por el propio Karamzín con unos ensayos de crítica literaria nada desdeñables.

Pero no sólo la literatura extranjera excitaba su interés. Entre los ensayos de Karamzín dedicados a Rusia, se hizo célebre uno titulado «Por qué hay tan pocos talentos literarios en Rusia». Casi proféticamente, preconizaba en él las cualidades intelectuales y morales que, pocos años después, harían de Pushkin el primer poeta nacional eslavo.

Hasta qué punto Karamzín comprendía ya lo que era inminente en la cultura rusa lo muestran también sus *Cartas de un viajero ruso*, cuenta de sus impresiones en las diferentes etapas de un largo viaje por Europa. Publicadas regularmente en la prensa moscovita, y luego como volumen independiente en 1797, dieron lugar a un género muy imitado hasta casi mediados del XIX por los aristócratas rusos (los únicos que por entonces viajaban). El lector de *Nueva Revista* recordará las cartas que Botkin escribió desde España, traducidas y publicadas en alguno de nuestros números anteriores. Desde el punto de vista estilístico, las cartas de Karamzín son importantes porque evitan tanto el cultismo y la farragosidad del eslavo procedente del antiguo idioma eclesiástico (el único que hablaban, caso de no hacerlo en francés, las gentes cultivadas de Rusia), como la chocarrería y la vulgaridad que empleaban las clases populares. Pero son importantes asimismo por su contenido: lectores tan conspicuos como Fiódor M. Dostoyevski han reconocido en ellas trazos inequívocos del carácter ruso, de ese espíritu que informaría la literatura nacional posterior.

El Karamzín por el que nos vamos a interesar aquí, sin embargo, es el autor de *novellas* como *Natalia, la hija del boyardo* (1792), *La isla de Bornholm* (1793), *Frol Suilin, hombre virtuoso* (1796), *Un caballero de nuestro tiempo* (1802), *Marfa la comendadora* (1803), o *Sierra Morena* (1803). De trama histórico o contemporáneo, con un estilo unas veces más lírico otras más contenido, esos títulos muestran a un autor romántico nunca enteramente decidido, sin embargo, a entregarse, como si de un escritor alemán se tratara, a los embrujos de su alma fantástica, a las ondas de sus sentimientos desbordados. Si por algo podemos ver en Karamzín un precursor de la gran prosa rusa del XIX, es por esta contención realista, «social», de sus novelas. Como todo buen ruso, Karamzín no acaba de aceptar un único punto de vista sobre las situaciones, sobre sus personajes.

La unilateralidad es un pecado de lesa intelectualidad para un escritor ruso. Aún en los momentos de mayor exaltación lírica o romántica, el autor tiene que estar mirando por el rabillo del ojo al suelo, a un asidero que le impida echar a volar, un argumento dialéctico que actúe de contrapeso para su rico depósito de credulidad.

Esta peculiaridad es notoria ya en la novela que aquí publicamos, *La pobre Liza* (1792). Es verdad que, ya desde el arranque del relato, aparecen los tópicos prerrománticos procedentes de ensoñaciones como las de Rousseau, caminante solitario, o las de un joven llamado Werther: torres góticas abandonadas y parajes naturales que activan la emoción del narrador y le conducen no pocas veces a un sentimentalismo que impregna ampliamente su lenguaje. Este punto de vista emocional es para el autor más importante que la trama; adjetivar de modo tierno a la heroína, esa «pobre»; repetir su nombre cuando alguien se dirige a ella: «Liza, Liza», más importante que la sorpresa que las peripecias del argumento causarán en el lector. No sólo el narrador se ve envuelto en los encantos que destila la heroína: la misma naturaleza la acompaña a lo largo de sus difíciles pasos... Y no obstante ello, hay en Liza y en Erast un anticipo de caracteres nada románticos que van a llevar muy lejos la literatura rusa: Tatiana y Oneguin de Pushkin, el hombre superfluo de Turguéniev, y Natasia Filíppovna, esa mujer que, harta de ser la «pobre amante» de un Afanasii Ivánovich, decide revelarse contra su elegante, culto, caprichoso y prescindible protector y hacérselas pasar canutas, poniendo en peligro su honor, su respetabilidad social. Los enigmas de la interesante mujer rusa empezaron a quedar abocetados en el destino de esta «pobre Liza» que concibió Nikolái Mijáilovich Karamzín, y que *Nueva Revista* ofrece por primera vez en castellano a sus lectores. (R. Ll.).

La pobre Liza

por **NIKOLÁI M. KARAMZÍN**

Probablemente pocos habitantes de Moscú conozcan como yo las afueras de esta ciudad, pues pocos frecuentan el campo, y no vagan sin plano ni objetivo, siguiendo solamente sus ojos por prados y bosques, por colinas y llanuras... Cada verano encuentro algún rincón nuevo o descubro bellezas ocultas en los ya conocidos. Pero el que más me gusta es uno sobre el que se elevan, tenebrosas, las góticas torres del Monasterio de Si....nov. Situándose en esta colina, a la derecha, uno puede abarcar casi entera la ciudad de Moscú, que en forma de majestuoso anfiteatro, ofrece a nuestros ojos su terrible mole de edificios e iglesias. ¡Espléndido cuadro éste, sobre todo cuando brilla el sol y los rayos vespertinos se reflejan en sus infinitas cúpulas y sus cruces elevándose al cielo! Abajo, se extienden los espesos prados, verdes y florecientes, detrás de los cuales, entre las arenas amarillas, corre un claro río levemente agitado por los remos de unas barcas de pesca — río que, a veces, emite el ruido de la conducción de pesados transbordadores que navegan desde los fértiles rincones del Imperio para abastecer de pan a la ansiosa ciudad de Moscú.

Al otro lado del río se divisa un robledal, junto al que pastan innumerables rebaños; allí, jóvenes pastores cantan sencillas y melancólicas canciones a la sombra de los árboles, haciendo de este modo más llevadero el hastío estival. Más allá, en la verde espesura de viejos olmos, brilla el monasterio Danilov, con sus doradas cúpulas; un poco más lejos, casi en el horizonte, azulean las colinas de Vorobiovy. A la izquierda pueden verse grandes campos de trigo, unos bosquecillos, tres o cuatro pueblos, y en la lontananza, la aldea de Kolomenskoie, con su esbelto palacio.

A menudo frecuento este lugar y casi siempre veo desde él la llegada de la primavera; también me dirijo allí en los sombríos días de otoño, para llorar junto a la naturaleza. Terrible sopla el viento entre los desiertos muros de aquel monasterio, entre las tumbas cubiertas de hierba y los oscuros pasadizos de las celdas. Allí, apoyándome sobre las piedras de

las tumbas en ruinas, me detengo a escuchar los sordos lamentos del tiempo absorbidos por el abismo del pasado — gemidos que estremecen y encogen el corazón. A veces, entro en las celdas e imagino sus habitantes. ¡Qué cuadros tan tristes! Puedo ver al anciano de pelo blanco de rodillas, ante la cruz, rezando para que Cristo vuelva pronto a la Tierra; el anciano nada espera ya de esta vida y nada siente, excepto la enfermedad y la debilidad. Más allá, puedo ver a un joven monje de pálida tez y mirada lánguida que, a través de la reja de la ventana, mira el campo y los alegres pajarillos que nadan libres en el mar del aire; los mira, y amargas lágrimas brotan de sus ojos. El muchacho languidece, se marchita y extenúa; el melancólico tañido de las campanas me anuncia su muerte prematura. A veces, en las puertas del templo, me pongo a mirar la representación de los milagros acaecidos en el monasterio; puedo ver los peces que caen del cielo para alimentar a los habitantes del monasterio asediado por sus innumerables enemigos; también, la imagen de la Virgen que obliga a los enemigos a emprender la retirada. Todo ello hace que yo, en mi interior, rememore la historia de nuestra patria — la triste historia de los tiempos en que los feroces tártaros y lituanos, a fuego y hierro, saqueaban los alrededores de la capital rusa, y cuando la desdichada ciudad de Moscú, como una viuda indefensa, sumida en su terrible infortunio, esperaba ayuda solamente de Dios.

Pero lo que más me atrae de los muros del monasterio de Si... nov es el recuerdo del triste destino de Liza, de la pobre Liza. Me gustan, ¡ay!, las cosas que conmueven al corazón hasta hacerle derramar lágrimas de dulce pesar.

A unas setenta *sazhenas*[1] del monasterio, junto a un bosque de abedules y en medio de un verde prado, hay una cabaña vacía, sin puertas, ventanas ni suelos; hace tiempo que su tejado se pudrió y se ha derrumbado. Unos treinta años atrás vivió aquí, junto a su madre anciana, una amabilísima muchacha, llamada Liza.

El padre de Liza fue un campesino bastante acomodado, porque amaba el trabajo, araba bien su tierra y siempre llevó una vida muy sobria. Pero al poco tiempo de morir él, su mujer y su hija empobrecieron. La perezosa mano del arrendatario trabajaba mal el campo y el trigo dejó

de crecer. Madre e hija se vieron obligadas a entregar su tierra en arrendamiento por muy poco dinero. Además, la pobre viuda, derramando continuamente lágrimas por su difunto marido —¡también las campesinas saben amar!— se fue debilitando más y más, hasta perder finalmente todas sus fuerzas para trabajar. Únicamente Liza —quince años tenía cuando murió su padre—, sin apiadarse de su dulce juventud y de su inusual belleza, se afanaba en trabajar un día tras otro. Tejía cañamazo, hacía calcetines de punto, en primavera recogía flores, y durante el verano, los frutos del bosque, que vendía luego en Moscú. La sentida y bondadosa madre, viendo la tenacidad de su hija, a menudo la estrechaba contra su corazón, llamándola gracia divina, sostén de la familia, deleite de su vejez; y rezaba a Dios para que le recompensara por cuanto hacía por ella.

—Dios me dio las manos para trabajar —decía Liza—. Tú me cuidaste cuando yo era pequeña y me alimentaste con tu pecho, ahora es mi turno. Sólo te pido que dejes de atormentarte y de llorar; tus lágrimas no resucitarán a mi padre.

Pero a menudo, tampoco Liza podía contener sus lágrimas — también ella se acordaba que había tenido un padre y que ahora ya no vivía, pero para tranquilizar a su madre intentaba esconder su tristeza y parecer sosegada y alegre.

—En la otra vida, Liza —le respondía su madre—; sí, en la otra vida, dejaré yo de llorar. Dicen que allí todo el mundo es feliz; seguro que también lo seré yo cuando vea a tu padre. Sólo que aún no deseo morirme, ¿qué será de ti sin mí? ¿En qué manos voy a dejarte? ¡No, que Dios me permita verte casada como es debido! Puede que pronto encuentres un hombre bueno. Entonces, mis dulces hijos, os bendeciré, me santiguaré, y me postraré en paz sobre la húmeda tierra.

Transcurrieron dos años tras la muerte del padre de Liza. Los prados se cubrieron de flores y Liza fue a Moscú con los ramos de lirios que cogiera en el valle. Un joven, bien vestido y de agradable aspecto, se cruzó con ella. Liza le mostró las flores y se sonrojó.

—¿Los vendes, muchacha? —preguntó él, sonriendo.

—Sí, los vendo —respondió ella.

—¿Y qué pides por ellos?

—Cinco *cópecks*.

—Eso es muy poco dinero. Aquí tienes un rublo.

Liza se sorprendió, pero atreviéndose a mirarle enrojeció aún más, y clavando luego los ojos en el suelo, dijo que no cogería aquel rublo.

—¿Para qué lo quiero? El dinero restante no me hace falta.

—Creo que estos maravillosos lirios recogidos por una preciosa joven valen un rublo. Pero puesto que no lo aceptas, aquí tienes cinco *cópecks*. Me gustaría poder comprarte siempre las flores y que tú las cogieras sólo para mí.

Liza le entregó el ramo, cogió los cinco *cópecks*, le hizo una reverencia y ya se disponía a marcharse cuando el desconocido le detuvo, cogiéndola de la mano.

—¿Adónde vas, muchacha?

—A casa.

—¿Y dónde está tu casa?

Liza le dijo dónde vivía y se marchó. El joven no quiso retenerla más tiempo, probablemente para no llamar la atención de la gente que pasaba por la calle, por si se volvían a mirarles burlonamente.

Al regresar a casa, Liza contó a su madre lo ocurrido.

—Hiciste bien en no aceptar el rublo. Puede tratarse de un necio...

—¡Ah, no, madre! No lo creo. Tenía una cara muy bondadosa, y una voz tan...

—Sin embargo, Liza, es preferible vivir de tu trabajo y no aceptar nada gratis. ¡Todavía no sabes, hija mía, cómo puede ofender un malvado a una muchacha! Mi corazón está siempre inquieto cuando marchas a la ciudad; pongo velas al icono y rezo a Dios para que te proteja de toda desgracia y agresión.

Las lágrimas inundaron los ojos de Liza, que se acercó a su madre para besarla.

Al día siguiente Liza recogió unos lirios aún más hermosos, y otra vez se dirigió a la ciudad. Sus ojos parecían buscar algo tímidamente.

Muchos quisieron comprarle las flores, pero ella respondía que no estaban a la venta y no paraba de mirar a uno lado y otro. La tarde se

echó encima y se hizo hora de regresar a casa; las flores fueron a parar al río Moscova.

—¡Que nadie sea vuestro dueño! —dijo Liza, llena de tristeza.

A la tarde siguiente, Liza estaba sentada junto a la ventana, tejiendo y cantando en voz baja unas canciones de lamento; de pronto, saltó de la silla y gritó:

—¡Ay!

El joven comprador de flores estaba al otro lado de la ventana.

—¿Qué te sucede? —le preguntó asustada su madre, que estaba junto a ella.

—Nada, madre —respondió Liza con voz tímida— que acabo de verle.

—¿A quién has visto?

—Al caballero que me compró las flores.

La anciana se asomó a la ventana.

Un joven de aspecto agradable le hizo una reverencia tan cortés que ella no pudo pensar más que cosas buenas de él.

—¡Buenos días, buena mujer! —dijo el desconocido—. Estoy muy fatigado; ¿no tendría usted un poco de leche fresca para mí?

La servicial Liza, sin esperar la respuesta de su madre —seguramente sabía ya cuál era— corrió al sótano, cogió un recipiente de barro cubierto con una pulida tapa de madera y un vaso; lo lavó, lo secó con un paño blanco y vertió en él la leche, para entregárselo al joven, mientras fijaba su mirada en el suelo. El desconocido lo bebió —y ni el néctar de las manos de Hebe le hubiera sabido más dulce. A nadie le sorprenderá que el joven agradeciera a Liza su gesto no sólo con palabras sino también con la mirada.

Mientras tanto, la bondadosa madre tuvo tiempo para contar al joven su pena y su consuelo — la muerte de su esposo y las infinitas cualidades de su hija, su amor al trabajo, su ternura y todas sus virtudes. Él escuchaba con atención; pero ¿es necesario decir al lector dónde estaban sus ojos? Y Liza, la tímida Liza, de cuando en cuando, miraba a hurtadillas al joven caballero, pero ni el fulgor de un rayo era más rápido que aquella mirada azul suya que se clavaba en tierra, después de haberse cruzado con la de él.

—Me gustaría —dijo el joven a la madre— que su hija no vendiera su trabajo a ningún otro más que a mí. De este modo ella no tendrá que ir tan a menudo a la ciudad, y usted no habrá de separarse tanto tiempo de ella. Yo mismo podría pasarme por aquí de vez en cuando.

En los ojos de Liza brilló una alegría que en vano trataba de ocultar; sus mejillas ardían como la aurora en una clara tarde de estío; miraba la manga izquierda de su vestido y la pellizcaba con la mano derecha. La anciana acogió de buena gana y sin recelo de ningún tipo aquella propuesta, tratando de convencer al desconocido que la tela y los calcetines tejidos por Liza tenían una calidad y una duración sin igual con los que hacían otras personas.

Caía la noche y el joven caballero se dispuso a marcharse.

—¿Cómo podemos llamarle, amable y buen señor? —preguntó la anciana.

—Me llamo Erast —respondió él.

—Erast —repitió en voz baja Liza—. ¡Erast!

Cinco veces repitió aquel nombre como si tratara de memorizarlo. Erast se despidió de las mujeres y se fue. Liza le siguió con la mirada, y la madre, sentada y pensativa, cogió la mano de su hija.

—¡Ay, Liza! —le dijo—. ¡Qué buen mozo es, y qué bondadoso! ¡Conque tu novio fuera así!

El corazón de Liza se estremeció.

—¡Madre! ¿Cómo habría de serlo? Si él es un señor y entre los campesinos...—Liza no concluyó la frase.

Ahora el lector ha de saber que aquel joven caballero, llamado Erast, era un acaudalado hidalgo de bastante buen juicio y corazón; un corazón que, aunque bueno por naturaleza, era también débil y voluble. Llevaba una vida disipada pensando únicamente en sus diversiones y buscándolas en todo tipo de distracciones sociales, pero a menudo no lograba encontrarlas: se aburría y se quejaba de su suerte. Desde el primer instante, la belleza de Liza le causó una fuerte impresión. Erast gustaba de leer novelas e historias de amor, y disponía de una gran imaginación gracias a la cual a menudo se trasladaba mentalmente a aquellos tiempos (pasados o imaginarios) en los que, si hemos de creer a los poetas, todo el mundo

paseaba por las praderas sin preocupación alguna, se bañaba en limpios manantiales, se besaba como las tórtolas, descansaba bajo los rosales y mirtos, y dejaba pasar los días en un feliz transcurrir. Le pareció que había encontrado en Liza aquello que tanto ansiaba su corazón. «La naturaleza me dice que me entregue a ella y a sus gozos más puros», pensó Erast, decidiéndose a dejar la vida mundana a un lado — al menos, durante algún tiempo.

Hablemos ahora de Liza. Llegó la noche — la madre bendijo a su hija deseándole felices sueños, pero en esta ocasión su deseo no se vio cumplido: Liza durmió muy mal. El nuevo huésped de su alma —la imagen de Erast— se presentaba con toda claridad, despertándola cada cinco minutos y arrancando de ella suspiros. Liza se levantó antes del amanecer, fue a la orilla del Moscova, se sentó en la hierba y llena de tristeza se puso a mirar cómo la blanca niebla se elevaba erizándose en el aire, mientras dejaba caer sus brillantes gotas sobre el manto verde de la naturaleza. El silencio reinaba alrededor. Enseguida el sol despertó a la creación entera: revivieron los bosques y matorrales, los pájaros levantaron el vuelo rompiendo a cantar y las flores levantaron sus cabecitas para saciarse de la fuerza vital de los rayos del sol. Pero Liza seguía compungida. ¡Liza, Liza! ¿Qué te ha sucedido? Hasta ahora, despertándote con el canto de los pájaros, te divertías con ellos por las mañanas y tu alma pura resplandecía en tus ojos, como gotas de rocío del cielo brillando al sol; pero ahora estás sumida en pensamientos y la alegría de la naturaleza resulta ajena a tu corazón.

Mientras, un joven pastor conducía su ganado por la orilla del río, tocando un caramillo. Liza se quedó mirándole y pensó: «si aquél que ahora ocupa mis pensamientos hubiera sido un simple campesino como ese pastor, por ejemplo, y si ahora pasara junto a mí conduciendo su ganado — le saludaría haciéndole una reverencia y le diría amablemente: «!Buenos días, buen pastor! ¿A qué lugar conduces tu ganado? Aquí también crece la hierba verde para tu rebaño, y las flores; con ellas trenzaré una corona para tu sombrero. Él me miraría con cariño — y tal vez me cogería de la mano... ¡Qué sueños!». El pastor pasó de largo tocando el caramillo y desapareció con su abigarrado rebaño tras la colina.

De repente Liza oyó el ruido de unos remos y vio una barca en la que iba Erast.

Todo su cuerpo se estremeció, pero no por miedo. Quiso levantarse para echar a andar pero no pudo dar un paso. Erast salió corriendo hacia la orilla, se acercó a Liza, y su deseo, en parte, se hubo cumplido, pues la miró con cariño y le cogió de la mano... Y Liza, de pie, con la mirada baja, las mejillas ardiendo y el corazón estremecido — no pudo apartar de él su mano cuando él le acercó sus labios rojos... Y la besó con tanta pasión que el universo entero le pareció envuelto en fuego.

—¡Querida Liza! —dijo Erast–; ¡querida Liza! ¡Te quiero! —aquellas palabras retumbaron en lo más profundo del alma de Liza; ella apenas daba crédito a sus oídos y ...

Pero voy a dejar descansar un poco el pincel. Sólo mencionaré que en aquel momento de arrobamiento, desapareció la timidez de Liza — y Erast comprendió que era amado apasionadamente por un corazón puro y sincero.

Estaban sentados en la hierba, uno junto al otro, y mirándose a los ojos se decían: «¡Ámame!». Las horas transcurrían para ellos sin darse cuenta. Por fin, Liza recordó a su madre, que estaría preocupada por su tardanza. Había llegado el momento de despedirse.

—¡Erast! —dijo—. ¿De veras me amarás eternamente?

—¡Siempre, dulce Liza, siempre! —respondió él.

—¿Podrías jurármelo?

—¡Claro que puedo, Liza!

—¡No necesito juramentos! Te creo, Erast, te creo. ¿Cómo podrías engañar a la pobre Liza? Eso no podría suceder.

—¡No, no podría, Liza querida!

—¡Qué feliz soy y cómo se alegrará mi madre cuando le diga que me amas!

—¡Oh, no Liza! No debes decirle nada.

—¿Por qué no?

—Los mayores suelen ser muy desconfiados. Se pueden imaginar cualquier cosa mala.

—No será así.

—Pues, a pesar de todo, te ruego que no le digas nada sobre lo nuestro.

—Está bien: te haré caso, aunque no me gusta ocultarle nada.

Se besaron por última vez y prometieron verse sin falta todas las tardes en la orilla del río, en el bosque de abedules o en algún otro lugar cercano a la cabaña. Liza se fue, pero sus ojos se volvieron cien veces hacia atrás para observar a Erast que aún permanecía en la orilla, acompañándola con la mirada.

Liza regresó a la cabaña en una disposición de ánimo muy distinta de la que tenía al partir por la mañana. Su rostro y sus gestos revelaban una gran alegría. «¡Me ama!», pensaba ella, extasiándose con esa idea.

—¡Madre querida! —dijo a su madre, que acababa de despertarse—. ¡Madre, qué maravillosa mañana! ¡Qué alegre está el campo! ¡Jamás las alondras cantaron tan bien, nunca el sol desprendió tanta luz ni las flores tanto aroma!

Apoyándose en su bastón, la anciana salió a la pradera para disfrutar de la mañana que Liza describía con tanto colorido. Y realmente le pareció particularmente bella; la afable hija, con su alegría, le hizo ver la naturaleza en todo su regocijo.

—¡Liza! —dijo—. ¡Qué bella es la creación divina! Llevo en este mundo casi setenta años y no me canso de admirar lo que Dios ha creado: su cielo, esa despejada e inmensa bóveda, y la tierra, que cada año se cubre de nuevas hierbas y flores. El zar celestial debe amar infinitamente al hombre para haberle creado un mundo tan bello. ¿Quién desearía morir si nunca hubiera conocido la pena...? Será que es así como ha de ser. Puede que no supiéramos lo que es el alma, si nuestros ojos nunca hubiesen derramado una lágrima.

Y Liza pensó: «¡Antes perdería yo el alma que a mi tierno amigo!».

Fieles a su promesa, Erast y Liza se encontraron todas las tardes (cuando la madre de Liza se retiraba a dormir), bien a orillas del río, bien en el bosque de abedules, pero con más frecuencia, bajo la sombra de unos robles centenarios, que crecían a unas ochenta *sazhenas* de la cabaña y que daban sombra a un limpio estanque, cavado en los tiempos más remotos. A veces, en aquel lugar, el silencioso astro, a través de las ramas

verdes, alumbraba el rubio cabello de Liza, con el que jugueteaban los céfiros y la mano de su amigo; a menudo, aquellos rayos iluminaban en los ojos de Liza una brillante lágrima de amor, que Erast secaba siempre con un beso. Los dos se abrazaban —pero la tímida Cintia no se les ocultaba tras la nube: sus abrazos eran puros e inocentes.

—Cuando tú —decía Liza a Erast— me dices: «¡Te amo!»; cuando me abrazas y me miras enternecido, me siento tan bien, que me olvido de mí misma, que me olvido de todo, excepto de ti, Erast. ¡Resulta extraño, amigo mío, que yo pudiera vivir tranquila y feliz en este mundo sin conocerte! Ahora me resulta incomprensible, porque pienso que sin ti, la vida no es vida, sino tristeza y tedio. Sin tus ojos, me resulta oscura la luna; sin tu voz, triste el ruiseñor; y sin tu aliento, ni el aire me agrada.

Erast estaba encantado con su pastorcilla —así la llamaba— y, viendo cuánto era amada por ella, era aún más afable consigo mismo. Todas las diversiones del mundo le parecían nimiedades frente a las satisfacciones con que aquella *apasionada amistad* de un alma pura alimentaba su corazón. Le desagradaba pensar en nada voluptuoso, con lo que antes tanto se embriagaban sus sentidos. «¡Viviré con Liza como si fuéramos hermanos —pensaba él—; no utilizaré en vano su amor y seré siempre feliz!». ¡Imprudente joven! ¿Realmente conoces tu corazón? ¿Podrías responder siempre de sus vaivenes? ¿Y la razón, será siempre dueña de tus sentimientos?

A Liza le gustaba que Erast visitara a menudo a su madre.

—La quiero —le decía ella—; le deseo todo lo mejor y creo que le agrada mucho verte.

La anciana siempre se alegraba de ver a Erast. Le gustaba hablar con él de su difunto esposo y contarle historias de su juventud, cómo conoció a su Iván, cuánto la quería y con qué paz y amor vivieron los dos. «¡No nos cansábamos de mirarnos —ni hasta el mismo día en que le sorprendió la muerte! ¡Murió en mis brazos!». Erast escuchaba a la anciana con sincero deleite. Le compraba el trabajo de Liza y siempre quería pagar por él diez veces más del precio establecido, pero la anciana jamás aceptaba ese dinero.

Transcurrieron así varias semanas. Un día por la tarde, Erast llevaba mucho rato esperando a Liza. Por fin llegó ella, pero tan triste, que el joven se asustó; tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¡Liza, Liza! ¿Qué te ocurre?

—¡Oh, Erast! ¡He estado llorando!

—¿Por qué? ¿Qué te ha ocurrido?

—Debo contártelo todo. Me ha pedido la mano el hijo de un campesino rico de la aldea vecina; y mi madre quiere que me case con él.

—¿Y tú, estás conforme?

—¡Qué cruel eres! ¿Cómo puedes preguntármelo? Me da lástima de mi madre; ella llora y dice que no deseo su tranquilidad y que sufrirá mucho antes de morir si no me casa en vida. ¡Oh! ¡Mi madre no sabe que tengo un amigo tan especial!

Erast besaba a Liza y le decía que su felicidad le era más preciada que nada en este mundo y que cuando falleciera su madre él se la llevaría consigo para vivir en un paraíso, en la aldea o en los espesos bosques.

—¡Sin embargo, no puedes ser mi marido! —le dijo Liza suspirando suavemente.

—¿Por qué no?

—Porque soy campesina.

—Me estás ofendiendo, Liza. Para tu amigo, lo más importante es el alma, el alma pura capaz de amar, y tú siempre estarás muy cerca de mi corazón.

Ella se arrojó en sus brazos y en aquel instante le estaba prescrito morir a la pureza. Erast se sentía más agitado que nunca — jamás le había parecido Liza más maravillosa ni sus besos más ardientes; ella nada sabía, ni nada sospechaba ni temía. La penumbra de la tarde alimentó el deseo y ninguna estrella ni rayo brillaron en el cielo para alumbrar la duda. Erast se estremeció; lo mismo le ocurrió a Liza que ignoraba lo que le estaba sucediendo... ¡Liza, Liza! ¿Dónde está tu ángel de la guarda? ¿Dónde, tu inocencia?

La confusión tardó un instante en pasar. Liza no comprendía sus sentimientos, se sorprendía e interrogaba. Erast permanecía en silencio — buscaba las palabras adecuadas sin encontrarlas.

—¡Tengo miedo —dijo Liza— por lo que nos ha ocurrido! Siento que me estoy muriendo y que mi alma... ¡No, no sé expresar lo que me pasa! ¿No dices nada, Erast? ¿Suspiras...? ¡Dios mío! ¿Qué ocurre?

Mientras tanto, brilló un rayo y se oyó un trueno. Liza se estremeció.

—¡Erast, Erast! —dijo ella—. ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo que el trueno pueda matarme igual que a una delincuente!

La tormenta retumbaba amenazante y de los nubarrones negros caía a cántaros el agua; parecía que la naturaleza se lamentase por la inocencia perdida de Liza. Erast intentó tranquilizarla, acompañándola hasta su cabaña. De sus ojos pendían las lágrimas, cuando se estaban despidiendo.

—¡Erast! ¡Dime que seremos tan felices como antes!

—¡Lo seremos, Liza, lo seremos!

—¡Qué Dios lo quiera! Me resulta imposible no creer en tus palabras: ¡yo te amo! Sólo que en mi interior... Pero ¡ya está bien! ¡Perdona! Mañana volveremos a vernos.

Sus encuentros continuaron; pero ¡cuanto había cambiado todo! Erast ya no podía conformarse únicamente con las caricias inocentes de Liza, con su mirada henchida de amor y el roce de sus manos, el beso y el abrazo casto. Cada vez deseaba más y más, resultándole ya imposible anhelar más — y aquel que conozca su corazón y haya reflexionado sobre sus más deliciosos atributos, estará de acuerdo conmigo en que la tentación más peligrosa para el amor es el cumplimiento de sus deseos. Liza dejó de ser para Erast aquel ángel puro que encendía su imaginación y extasiaba su alma. El amor platónico cedió su lugar a aquellos otros sentimientos de los que él ya no se enorgullecía y que tampoco eran nuevos para él. Por lo que toca a Liza, hay que decir que ella, entregándose a Erast por completo, vivía por y para él, y cual ángel se supeditaba a su voluntad encontrando su propia felicidad en la satisfacción de su amado. Liza veía que él había cambiado y a menudo decía: «¡Antes eras más alegre y los dos éramos más felices y vivíamos más tranquilos! ¡Antes no temía perder tu amor!». A veces, al despedirse, él le decía:

—Mañana, Liza, no podré verte: tengo un asunto importante que resolver — y siempre, cuando Erast pronunciaba estas palabras, Liza suspiraba.

Finalmente, pasaron cinco días seguidos sin verse, Liza estaba muy preocupada; al sexto, llegó Erast con cara triste y dijo:

—¡Querida Liza! Debo despedirme por algún tiempo. Sabes que estamos en guerra y que yo estoy de servicio; mi regimiento ha de partir.

Liza palideció y casi se desmaya.

Erast la acarició mientras le decía que siempre amaría a su dulce Liza y que, cuando regresara, confiaba en no separarse nunca de ella. La muchacha permaneció largo rato en silencio, y después, abandonándose a un amargo llanto, cogió su mano y mirándole llena de ternura, le preguntó:

—¿Y no puedes quedarte?

—Sí puedo —respondió él—, pero a costa de una gran deshonra para mí y una mancha para mi honestidad. Todos me despreciarían como a un cobarde y a un indigno hijo de la patria.

—¡Si es así —dijo Liza—, entonces ve, ve allá, donde Dios quiere que vayas! Pero te pueden matar.

—Morir por la patria, querida Liza, no es tan horrible.

—¡Me moriré si tú no estás en este mundo!

—¿Pero, por qué pensar en esas cosas? ¡Espero vivir, espero volver junto a ti, querida mía!

—¡Qué Dios lo quiera! ¡Que Dios te oiga! Cada día y a cada hora estaré rezando para que así sea. ¡Lástima que no sepa leer ni escribir! Así podrías informarme de lo que te sucediera, y yo también te escribiría sobre mis lágrimas!

—No, Liza, cuídate, cuídate para tu amigo. No deseo que llores en mi ausencia.

—¡Hombre cruel! ¡También pretendes privarme de este consuelo! ¡No! Sólo dejaría de llorar al despedirme de ti, cuando mi corazón estuviera ya exhausto.

—Piensa en el dulce instante en que volveremos a encontrarnos.

—¡Lo haré, lo haré, pensaré en eso! ¡Oh, que llegue cuanto antes! ¡Querido y dulce Erast! ¡Recuerda a tu pobre Liza, que te ama más que a sí misma!

Pero no puedo describir todo cuanto se dijeron ellos en aquel momento. Al día siguiente, habría de tener lugar el último encuentro.

Erast quiso despedirse de la madre de Liza, que no dejaba de llorar desde que conoció que el apuesto caballero debía partir para la guerra. Él insistió en que aceptaran algo de dinero, diciéndole:

—No quiero que en mi ausencia Liza venda su trabajo a otros, pues tal y como acordamos, éste me corresponde a mí.

La anciana se deshizo en alabanzas.

—¡Quiera Dios —dijo ella— que regrese sano y salvo y que yo pueda volver a verle una vez más en este mundo! Quizá, para entonces, mi Liza tenga ya un novio. ¡Cuántas gracias le daría yo a Dios si usted pudiera estar en su boda! ¡Y ha de saber, señor, que cuando Liza tenga hijos, usted será el padrino de ellos! ¡Oh! ¡Cuánto desearía vivir para verlo!

Liza estaba de pie junto a su madre sin atreverse a mirarla. El lector podrá imaginar lo que ella sentía en esos momentos.

¡Cuánto sufrió Liza cuando Erast la abrazó por última vez y, estrechándola contra su corazón, le dijo: «¡Adiós, Liza!». ¡Qué cuadro sobrecogedor! La aurora matutina, cual mar rosado, se extendía por el cielo de oriente. Erast estaba bajo las ramas de un alto roble, abrazando a su pobre, lánguida y triste amiga que, al despedirse de él, también se despedía de su alma. La naturaleza entera permanecía en silencio.

Liza sollozaba y Erast lloraba; al dejarla, ella hincó sus rodillas en tierra y, elevando los brazos al cielo, miraba a Erast, que se alejaba más y más, hasta que finalmente desapareció. El sol brilló y Liza, abandonada y pálida, quedó privada de todo sentimiento y memoria.

Recobró el sentido — y la luz del día le pareció triste y melancólica. Todas las bellezas de la naturaleza desaparecieron para ella junto al amado de su alma.

—¿Por qué me quedo en este desierto? —pensaba ella—. ¿Qué me impide volar en busca de mi dulce Erast? No temo la guerra; lo que temo es estar sin él. Quiero vivir y morir junto a él, o con mi propia muerte salvar su inapreciable vida. ¡Espera, espera, amado mío! ¡Voy junto a ti!

Ya estaba Liza dispuesta a salir en su busca, cuando se acordó que tenía una madre. Suspiró, y con la cabeza abatida, se encaminó lentamente hacia la cabaña. Desde aquel instante, los días para ella transcurrieron

llenos de pena, cosa que trataba de ocultar a su madre: ¡tanto más sufría su corazón por ello! Sólo sentía alivio al introducirse en la espesura del bosque para derramar allí lágrimas por su amado. A menudo, la triste tórtola unía su canto al gemido de Liza. A veces, aunque en raras ocasiones, un dorado rayo de esperanza y consuelo alumbraba la penumbra de sus penas. «¡Qué feliz seré cuando Erast regrese a mi lado! ¡Todo cambiará!». Al pensarlo, su mirada se volvía más clara, se refrescaban sus mejillas sonrosadas y Liza, como la mañana de mayo después de una noche de tormenta, volvía a sonreír. Así pasaron dos meses.

Un día, Liza tenía que ir a Moscú para comprar el agua de rosas con que su madre cuidaba sus ojos. En una de las anchas calles de la ciudad se cruzó con una espléndida carroza; en su interior, Liza vio a Erast.

—¡Oh! —exclamó ella, lanzándose hacia él, pero la carroza pasó de largo torciendo luego hasta introducirse en un patio interior. Erast salió de la carroza y se dirigía al porche de una casa enorme, cuando sintió el abrazo de Liza. Erast palideció, y después, sin responder a sus exclamaciones, cogiéndola de la mano y llevándosela a su despacho, cerró la puerta y dijo:

—¡Liza! La situación ha cambiado; me he casado; debes dejarme en paz y olvidarme, por tu propio bien. Te he amado y aún te amo, o mejor dicho, te deseo todo lo mejor. Aquí tienes cien rublos, tómalos —le dijo, y metió el dinero en su bolsillo—; permíteme que te dé un beso por última vez; y regresa a tu casa.

Antes de que Liza pudiera volver en sí, la condujo fuera del despacho, mientras decía al criado:

—Acompañe a esta joven hasta el patio.

Al llegar a este punto mi corazón se llena de dolor. No reconozco al hombre que hay en Erast, quiero maldecirle, pero mis labios no se inmutan, le miro, y una lágrima resbala por mi mejilla. ¿Por qué en lugar de una novela habría de escribir yo una historia tan triste?

Así es como Erast engañó a Liza, diciéndole que se iba a la guerra. Pero no fue exactamente así, pues aunque sí se había marchado, en lugar de enfrentarse al enemigo, se dedicó a jugar a las cartas, hasta perder todo lo que tenía. Pronto se restableció la paz y Erast regresó a Moscú, lleno

de deudas. El modo de arreglar su situación fue casarse con una rica viuda, ya entrada en años, que llevaba tiempo enamorada de él. Él dio su conformidad y se trasladó a vivir a la nueva casa, aunque suspirando sinceramente por Liza. Pero ¿acaso eso le disculpa?

Liza se encontró sola la calle, sintiéndose tan mal que ni la pluma es capaz de describirlo. «¡Me ha echado! ¡Ama a otra! ¡Me muero!»: eso fue lo que sintió y lo que pensó, pero aquellas ideas se vieron interrumpidas por un repentino desmayo. Una buena mujer que pasaba junto a su lado se paró a reanimar a Liza, que estaba caída en medio de la calle. La infeliz abrió los ojos, se levantó con ayuda de la mujer, agradeció su gesto y echó a andar sin saber adónde dirigirse. «¡No puedo vivir —pensaba Liza— no puedo! ¡Que me caiga el cielo encima! ¡Que me trague la tierra!... ¡Pero, no! Ni el cielo cae, ni la tierra se mueve; ¡ésa es mi desgracia!». Caminó hasta las afueras de la ciudad y se encontró sin saber cómo a orillas del estanque profundo y a la sombra de aquellos viejos robles que, unas semanas antes, habían sido testigos mudos de su entusiasmo. Los recuerdos estremecieron su alma; el rostro de Liza expresaba un terrible sufrimiento. Por un instante quedó sumida en sus pensamientos: miró alrededor y vio a la hija de un vecino, una muchacha de quince años que pasaba por allí; la llamó, sacó de su bolsillo diez imperiales y, entregándoselos, le dijo:

—Aniuta, querida amiga: lleva este dinero a mi madre, que no es robado; dile que Liza se siente culpable ante ella, que le ha ocultado su amor hacia un hombre cruel — hacia E... Pero ¿para qué ha de saber su nombre? Dile que él la ha traicionado; ruégale que ella me perdone, que Dios la ayudará, y bésale la mano, tal y como ahora beso yo la tuya, diciéndole que la pobre Liza te pidió que así lo hicieras — dile que yo...

En aquel instante Liza se arrojó al agua. Aniuta gritó y lloró, y como no podía salvarla corrió hacia la aldea; vino un tropel de gente y sacaron a Liza del agua; pero ya estaba muerta.

Así acabó la vida de aquella bella mujer. ¡Cuando nos veamos *allí*, en la otra vida, te conoceré, dulce Liza!

La enterraron cerca del estanque, bajo un sombrío roble, poniendo una cruz de madera junto a su tumba. A menudo, sumido en mis

pensamientos, me siento allí, apoyándome en el lugar donde yacen los restos de Liza; ante mis ojos se extiende el estanque y sobre mi cabeza puedo oír el susurro de las hojas.

La madre de Liza conoció la terrible muerte de su hija; del espanto, la sangre dejó de correr por sus venas y la anciana expiró. La cabaña quedó vacía. En ella silba ahora el viento y los campesinos más supersticiosos, al oír aquel aullido por las noches, dicen: «¡En ese lugar gime un muerto; gime la pobre Liza!».

Erast fue infeliz toda su vida. Al enterarse de la suerte de Liza, no pudo hallar consuelo, pues se consideraba culpable. Le conocí un año antes de que falleciera. Él mismo me contó esta historia y me acompañó hasta la tumba de Liza. Puede que ahora ya estén reconciliados.

NIKOLÁI KARAMZÍN

© de la traducción al castellano: Isabel Martínez, 2002

NOTA

1 *Sazhena*: medida rusa equivalente a 2,134 metros.

Han colaborado

JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS Catedrático de Historia del Arte de la Universidad Complutense (Madrid)

ANTONIO FONTÁN Editor de *Nueva Revista*

PABLO HISPÁN IGLESIAS DE USSEL Doctor en Historia. Coordinador de Programas de la Fundación Popular Iberoamericana (Madrid)

ALFONSO LÓPEZ PERONA Diplomático

RAFAEL LLANO Director de *Nueva Revista*

LOURDES MARTÍN SALGADO Doctora en Ciencias de la Comunicación. Máster en Administración Pública por la Universidad de Harvard. Directora de Gabinete de la Secretaría de Estado de Comunicación. Autora de *Marketing político: arte y ciencia de la persuasión en democracia* (Paidós, 2002)

ISABEL MARTÍNEZ Doctora en Filología Eslava. Traductora del ruso

AMELIA RIBADENEIRA Periodista de *El Comercio* (Quito, Ecuador). Becaria del I Programa Balboa para jóvenes periodistas, organizado por las fundaciones Diálogos y Carolina

MERCEDES RUIZ PAZ Licenciada en Pedagogía. Autora de *Los límites de la educación* (Unisón Ediciones, 2000)

FELIPE SANTOS Periodista

ADOLFO TORRECILLA Profesor de Literatura. Secretario de Información de la Federación de Enseñanza del sindicato USO. Crítico literario

ANNA YURIENEN Fotógrafa

NOTA EDITORIAL

María Andrés, jefa de Redacción de nuestra publicación desde el nº 71 (IX-X/2000) hasta el nº 82 (VII-VIII/2002), ganó por oposición el pasado 11 de julio una plaza de funcionaria en la Secretaría General del Parlamento Europeo, a la que se incorporará en los próximos meses. Días antes había empezado a trabajar como directora del área de Acción Exterior, en la Secretaría General para la UE de la presidencia del Gobierno de La Rioja, donde estará hasta que se incorpore a su destino en Luxemburgo. Su paso por la revista ha sido decisivo para la reorganización de nuestros contenidos, e inapreciable su iniciativa para que *Nueva Revista* estuviera en la red. Estamos persuadidos de que, quien ha desempeñado con tanta solvencia su trabajo con nosotros durante estos dos años, afrontará sus nuevas responsabilidades profesionales con igual éxito. En *Nueva Revista* esperamos seguir contando con su colaboración.

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓ

6 NÚMEROS AL AÑ

		ESPAÑA(*)	EUROPA	RESTO DEL MUNDO
UN AÑO:		☐ 36,06 euros	☐ 48,08 euros	☐ 72,12 euros
DOS AÑOS:		☐ 60,10 euros	☐ 84,14 euros	☐ 132,22 euros

(*) IVA incluido. El importe de las suscripciones para extranjero podrá hacerse efectivo mediante talón bancario con un equivalente en euros convertibles.

NOMBRE _____

EMPRESA _____ C. I. F. _____

DIRECCIÓN _____

C. POSTAL _____ POBLACIÓN _____

PROVINCIA _____ PAÍS _____ TELÉFONO _____

FORMULAS DE PAGO

☐ CHEQUE A NOMBRE DE DIPROEDISA, S.L., adjunto al boletín.

☐ TRANSFERENCIA a nombre de DIPROEDISA S.L. (Banco Popular, CCC Nº 0075-0437-13-0600282940)

☐ VISA N.º: _____ Fecha de caducidad: _____

☐ AMERICAN EXPRESS N.º: _____ Fecha de caducidad: _____

☐ DOMICILIACIÓN BANCARIA: Entidad: _____

Dirección: _____

Sucursal n.º: _____ Población: _____ C.P. _____

C.C. _____ / _____ / _____ / _____

ENTIDAD SUCURSAL D.C. NÚMERO DE CUENTA

F I R M A

Es imprescindible la firma en caso de tarjeta de crédito y domiciliación banca

www.nuevarevista.net

RESPUESTA COMERCIAL
AUTORIZACION N.º 9871
B. O. C. n.º 35 de fecha 4-5-90

TARJETA POSTAL

A franquear en destino

DIFUSIONES Y PROMOCIONES EDITORIALES, S.L.
(DIPROEDISA, S.L.)

APARTADO ESPECIAL F.D. Nº 1145
28080 MADRID

HAGA UN BUEN NEGOCIO.
SUSCRÍBASE AHORA Y SALDRÁ GANANDO.

* Promoción válida para las 250 primeras suscripciones.

4 volúmenes + 1 CD-ROM

Ahora, si se suscribe por un año a "La Gaceta de los Negocios" antes del 31 de diciembre de 2002, puede recibir gratuitamente, esta excepcional "Guía Práctica de las Sociedades Mercantiles", una publicación técnico-jurídica, editada por Lex Nova con la colaboración de la prestigiosa firma Ernst & Young abogados.

De esta forma, recibirá cada día su diario económico y de regalo esta práctica obra de cuatro volúmenes de hojas cambiables, con entregas de actualización periódicas, configurándose como un elemento eminentemente práctico y de consulta para la aplicación del derecho de sociedades.

Información y suscripciones:

902-19-62-69

suscripciones.mk@negocios.com

LA GACETA
DE LOS NEGOCIOS

Si quiere saber
por qué España
está de moda,
haga sus compras
en El Corte Inglés.
En El Corte Inglés
disfrutará del arte
de comprar. Desde
lo mejor en moda
y complementos
de las primeras firmas,
a los regalos y recuerdos
más especiales.
Con la garantía y las
atenciones del que es,
desde hace más de
sesenta años, el número
uno de los grandes
almacenes en España.
LAS MEJORES
TIENDAS,
EN UNA.
If you want
to know why Spain
is in fashion,
make your purchases
at El Corte Inglés.
In El Corte Inglés
you will enjoy the art
of shopping.
From the best in
fashion and accesories
from the top labels,
to special gifts.
With the guarantee
and service of what
has been, for over
sixty years,
the number one
department store
in Spain.
ALL THE
BEST STORES,
IN ONE.
El Corte Inglés
GRANDES ALMACENES
DEPARTMENT STORES